

A close-up photograph of a woman's face, focusing on her eyes and lips. Her eyes are closed, and her lips are painted a vibrant red. The lighting is soft, highlighting the texture of her skin and the color of her lips. The background is dark, making the subject stand out.

SANGRE IMPURA

LIBRO 2

MUÉRDEME
SALVAJE

Skye Roan

Muérdeme Salvaje
(Sangre impura 2)

Muérdeme Salvaje

Skye Roan

© Skye Roan [2024]
ISBN: 9798344346786

Obra protegida por registro de autor.

Todos los derechos reservados. Gracias por adquirir esta obra de manera legal. Los autores independientes necesitamos tu apoyo.

Déjate morder...

Índice

[Capítulo 1. Cortar por lo sano para llegar a otro momento](#)

[Capítulo 2. El bar más kirsch de San Francisco](#)

[Capítulo 3. Visita a una mujer sabia \(léase una bruja\)](#)

[Capítulo 4. De vampiros y sorpresas](#)

[Capítulo 5. Un cortejo real](#)

[Capítulo 6. En medio de una conspiración](#)

[Capítulo 7. Visita indeseada](#)

[Capítulo 8. Rancho Aullidos](#)

[Capítulo 9. Siempre en líos](#)

[Capítulo 10. De donde se van descubriendo cosas](#)

[Capítulo 11. Vuelta a San Francisco](#)

[Capítulo 12. Cuando piensas que todo va a ir bien, va alguien y lo j... lo fastidia](#)

[Capítulo 13. ¿Harta de complicaciones? A mí me sobran](#)

[Capítulo 14. Media vida concentrada](#)

[Capítulo 15. Cuando piensas que todo ha pasado y llegan los problemas de visita.](#)

[Capítulo 16. Todos juntos pero no revueltos](#)

[Capítulo 17. Cuando las hormonas campan a sus anchas](#)

[Capítulo 18. No dirías que es el final, ¿verdad?](#)

[Próximos libros de la colección](#)

[Muérdeme Profundo](#)

[PRÓXIMAMENTE](#)

Capítulo 1. Cortar por lo sano para llegar a otro momento

Anoche cogí las tijeras y corté mi melena. Paso la mano por la nuca, no encuentro casi nada. Por eso, he decidido marcharme sin decirles adiós a mis hermanas. Se horrorizarían al ver mi cabello, o mejor dicho, mi falta de él. Me pinto los labios de rojo, como siempre. Siento un gran placer en hacerlo, a saber por qué. Arranco, y en cuanto salgo de Eureka, pongo la música a todo volumen. Me gusta el country, como a tío Ben.

Mi tío fue asesinado por Wayne Wade, el alfa de la manada de la ciudad. Primero lo asesinó, nos obligó a someternos a su manada y después follamos y me marcó como suya. Menos mal que era reversible. Todavía no consigo entender las razones.

Intentó robarme los libros que guardaba Ben sobre las razas sobrenaturales, aquellos en los que se hablaba de secretos sobre licántropos, vampiros o hadas... y a saber cómo más me quiso manipular. Pensaba que estaba enamorada, y que él parecía sentir lo mismo por mí. Resultó más que romántico, él es un ejemplar enorme, de anchas espaldas y con una gran potencia sexual... aunque tampoco quiero pensar demasiado mal de él. En este momento está en la unidad de cuidados intensivos porque algo desconocido le abrió las tripas y lo envenenó. Casi muere. Encerré mis sentimientos por él en un cajón hasta que pase cierto tiempo y por lo que sea, me ha resultado fácil. ¿Me he vuelto fría? ¿O solo sobrevivo porque la otra opción sería demasiado horrible?

Puede ser porque se tirase a la perra esa, mejor dicho a la loba rubia de piernas largas cuando ya estábamos juntos. Vamos, que tiene todas las papeletas para que lo haya mandado a la mierda. Y para complicar nuestras vidas, resultó que mi hermana pequeña es medio hada o hada entera, ya no sé.

Ella se ríe cuando hablamos del tema, y sé que nos querría contar más cosas, pero se trata de «secretos de hada» y la respetamos. Birdie la mira con cierta, no sé si envidia, pero sé que le gustaría no sé... ser algo. Y eso que no les he dicho que cuando me cabreo en grado máximo se me ponen los ojos que parecen un pozo oscuro. ¿Para qué asustarlas?

Tomo el desvío hacia la ciudad. He conseguido un apartamento a dos manzanas de ese lugar, el Tropical. No parece un barrio demasiado malo, pero a saber. No sé cómo será Grace. ¿Se parecerá a mí o a mis hermanas? Desde que descubrimos que genéticamente no lo somos, hemos querido investigar más, pero el maldito doctor licántropo se niega a decírnoslo. Dice Mac que debe haber sido una orden del alfa, pero que Elaine, su tutora hada, hará lo posible por enterarse y me dirán lo que sea.

Creo que Wayne sabía más y no me lo dijo. Punto negativo para intentar olvidarle con más fuerza.

Me meto por las calles usando el móvil para orientarme. Por instinto, tuerzo por una avenida y el navegador me indica que dé la vuelta, así que lo apago. He llegado a la calle donde he alquilado la habitación con cocina y baño, un apartamento pequeño... porque no sé cuánto tiempo estaré aquí y porque necesitaba marcharme de la ciudad.

Cojo mis bolsas y bajo. El sitio parece tranquilo, un edificio de cuatro plantas, con escaleras de incendio y ladrillo oscuro. Debajo hay una tintorería y un restaurante oriental. Al lado, un supermercado. ¡Bien!

Entro en el lugar. Se llama Hotel Palm Beach, un nombre que sin duda le queda grande.

Una mujer que tendrá cerca de los setenta me mira con detenimiento. Es humana, menos mal.

—Soy Holly Rubens, alquilé una habitación.

—Ah, sí, la muchacha de Eureka. Toma, la cuarenta. Último piso y no hay ascensor. Pero seguro que estás en forma. No se admiten animales ni follones.

—Seguro.

Cojo la llave, las bolsas y me dirijo a las escaleras. Una chica de unos quince años me saluda. Ella sí es algo, por el olor, una *licos*, pero como ya no huelo a Wayne Wade, pasa de mí.

Llego al piso cuarto y veo que la habitación está al final del pasillo. Espero que al menos esté limpia. Entro y, bien, no es grande, es algo más pequeño que el salón de tío Ben, pero hay una gran cama, una cocina y una puerta que espero sea el baño. Dejo todo y veo que la nevera funciona y sí, está razonablemente limpio. Mi ventana da a la escalera de incendios, así que podré salir a fumar, si me apetece.

Recojo todo y salgo. En San Francisco hace frío todavía y me abrigo. Tengo que comprar algo de comer y agua. Entro en el supermercado y salgo cargada con dos bolsas, pero una de ellas, que he llenado hasta arriba, se desfonda y se cae todo al suelo. Los juramentos se escuchan por toda la calle.

Alguien se acerca y se echa a reír.

—Pareces una camionera. ¿Lo eres?

—Graciosilla.

Me giro y veo una mujer de unos treinta y muchos, rubia y con los ojos muy azules. Diría que podría ser un hada, pero no estoy segura. Ahora que sé que hay tantos seres sobrenaturales, a saber.

—¿Te ayudo? Tengo una bolsa libre.

Ella parece salir del supermercado y me alcanza la bolsa. Me agacho y recojo todo. Un bote de manteca de cacahuete se ha roto y lo tiro a la basura. Camino hacia el hostel y cuando me paro en la puerta, ella se pone a mi lado.

—Eh... gracias —digo incómoda por ver que no se va.

—No, si yo también vivo aquí. Tengo la habitación treinta y ocho, por si... te interesa. Me llamo Lisa.

—Yo, Holly.

—Te aconsejo que lleves tus propias bolsas al supermercado. Y que no salgas de noche, es peligroso.

—Gracias de nuevo. Pero justamente quería ir a un lugar que me han recomendado, igual lo conoces.

—Sí, bueno, no te negaré que me gusta salir de noche —dice riéndose como si fuera un buen chiste.

—Se llama Tropical.

Ella se para y me mira, entrecerrando los ojos. Luego me huele y vuelve a mirarme de arriba abajo.

—No sé si eres tonta o una gran ignorante. Es un sitio peligroso.

—Ya, imagino que habrá vampiros.

Ella mira a ambos lados.

—Eres humana. ¿Cómo sabes?

—He vivido toda mi existencia rodeada de licántropos y me da que tú de humana tienes poco.

—Ah, eres una de esas —dice con desprecio y sigue caminando. La paro con el brazo y ella

se vuelve. Un ligero ahusamiento de sus ojos le produce un parpadeo molesto.

—No sé a qué te refieres con una de esas, pero seguramente no lo sea. Busco a mi hermana desaparecida y tengo sospechas de que está allí.

—Pues si está allí, o la han convertido o es una...

—¿Una qué?

—Una de esas. Una mujer que se deja... por sobrenaturales, hacer cosas, ya sabes.

—Como follar o que le sorban la sangre.

—O ambas. ¿Cuántos años tiene? Tú pareces joven.

—Ella tiene dieciocho.

—Deberías volver al pueblo de donde has salido, Holly, hazme caso, es un buen consejo.

Sigue caminando y no la paro. Está claro que el sitio no tiene nada de bueno, así que ya puedo llevarme lo que sea. Y conforme me acerco a la puerta del hostel, la veo esperando en las escaleras.

—Maldita sea, niña. Te acompañaré. No puedo dejarte sola, eres demasiado...

—¿Pueblerina?

—Algo así. No iba a decir eso, pero hueles bien. A los vampiros les vas a encantar.

—¿Y tú qué puedes hacer? Si me atacan, digo.

—Seguramente salir corriendo. Mi sangre no suele interesarles, pero nunca se sabe lo que puede hacer un vampiro cabreado. Esta noche a las siete. Ponte sexy, si es que tienes algo. Allí no se entra si no vas mostrando carne.

—Gracias, Lisa.

—No sé. Creo que no te estoy haciendo ningún favor.

Sube las escaleras muy ágil, quiero decir más de lo normal, y yo llego al cuarto piso, recojo la compra y miro la hora. Mis hermanas habrán terminado la hora del menú diario y estarán comiendo. Las llamo.

—Café Rubens —dice Birdie con su dulce voz. Ella es la mediana de nosotras, y es demasiado buena para la vida complicada que estamos teniendo de unos meses a esta fecha.

—Hola, cariño, ¿qué tal estáis? —No soy dada a expresar mis sentimientos, excepto con mis hermanas, a las que adoro, aunque por lo visto no lo sean genéticamente.

—¡Holly! ¡Mac, es Holly! Pongo el manos libres, acabamos de recoger la cocina y estábamos comiendo una ensalada. ¿Qué tal el viaje?

—Hola, Holls —dice mi hermana pequeña, la recientemente descubierta hada.

—Hola. Estoy ya instalada en la habitación. Es pequeña, pero todo muy limpio. La zona tampoco está mal. ¿Cómo estáis vosotras?

—Todo bien desde anoche —dice riéndose Mac. Su risa es cada vez más agradable. Suena como campanitas y nos hace sentirnos felices. Cosas de hadas.

—¿Alguna novedad?

—Si con novedad te refieres al estado de salud de Wayne, sigue igual. Jace se acercó a tomar una cerveza y nos lo comentó. Estaba sorprendido de que te hubieras marchado.

—¿Le dijisteis dónde?

—¿Por qué no? No es un secreto.

—Ya, bueno. Vale. Esta noche iré a ese sitio de la postal. He conocido a una mujer muy agradable que vive en este bloque. Se llama Lisa y es... algo.

—¿Licántropo?

—Yo diría que no. Es otra cosa. A saber. Me cayó bien. Es directa y posiblemente si me ocurriera algo, saldría pitando, pero al menos no iré sola.

—Oye, que no te ocurra nada —dice Birdie seria.

—Holls sabe defenderse —la tranquiliza Mac.

—Y tengo todas esas cosas en mi bolso. Cosas que hacen pupa a vampiros. No os preocupéis. De verdad. Lo que no sé es cómo reconoceré a Grace si es que está ahí.

—Tal vez se parezca a alguna de nosotras —comenta Birdie.

—Si se parece tanto como yo a vosotras, lo tengo claro.

—Quizá ella te reconozca a ti. No por nada recibiste la postal —comenta Mac—. Creo que quiere que la encuentres. Tal vez esté en peligro. Elaine dice que hay hadas en San Francisco y que puede avisarlas para que te ayuden. No suelen meterse en asuntos de otros, pero siendo mi hermana, lo considerarían. Y tal vez Grace sea otra hada.

Oigo suspirar a Birdie y acabo despidiéndome. Estoy deseando darme una ducha y lavarme el pelo... o bueno, lo que me queda. Tal vez debería ponerme una peluca. A los hombres les resulta más atractivo ver una buena melena, aunque sin duda a los vampiros tener el cuello a mano puede que les excite más.

He comprado un tinte en el supermercado de color rubio muy claro. Contrastará con mi piel ligeramente oscura y creo que disimulará el pésimo corte de pelo. Me lo aplico, mientras picoteo una ensalada envasada y un bollo. No tengo muchas ganas de más. Cuando salgo de la ducha, me sorprende. Los pómulos parecen más marcados y aunque tengo algún trasquilón, en conjunto, no queda mal. Me he depilado bien porque aunque hace frío, mi vestido es de tirantes.

Me lavo los dientes y me maquillo, con mis labios rojos y una buena capa de máscara de pestañas. Soy una mujer grande, aunque no llego al metro setenta y siete, pero mi cuerpo es como un reloj de arena. Hombros anchos, pecho abundante y caderas anchas. Por suerte, no suelo acumular barriga y tampoco tengo celulitis, al menos de momento.

Mi vestido es color bronce dorado y sé que me queda bien aunque puede que sea algo exagerado. Me pongo botas negras de tacón y un buen abrigo que era de mi madre. Es vintage, y no sé cómo podía tenerlo, porque parece de marca de lujo francesa, pero me queda bien. Mamá era tan alta como yo.

Bajo las escaleras, con mi bolso pequeño bien agarrado. Llevo dentro un frasquito que parece de perfume pero lleva mi «matavampiros número 5», mi pintalabios rojo y algo de dinero. He dejado la llave del apartamento escondida detrás de un cuadro del pasillo y tampoco llevo el móvil. Eso sí, en mi ropa interior llevo una pequeña daga con ese producto del tío Ben.

Cuando bajo la escalera, llevo el abrigo en la mano y Lisa se sorprende. Sonríe al verla. Ella lleva un sofisticado recogido y un vestido azul celeste con flecos y de tirantes que tiene muy poca tela. No parece que vaya a tener frío, porque no lleva abrigo.

—Vaya, Holly, estás espectacular. No me lo esperaba, la verdad.

—Eres demasiado sincera. Tú estás tan bonita como antes.

Ella tiene a bien sonrojarse y me tiende la mano. Salimos del hotel a la avenida y caminamos. Hace un frío de narices y me arrebujó en mi abrigo. Ella parece caminar por Miami en pleno verano.

—¿Qué eres, Lisa?

—Mmmm está claro que estás en el rollo, pero no sé, no te conozco tanto como para decírtelo. ¿Y si me traicionas?

—¿Y por qué iba a hacerlo? A menos de que fueras una mala persona, y no me lo pareces.

—Es una buena razón —dice ella. Suspira y me mira a los ojos—, soy una cambiante, un metamorfo. Puedo convertirme en otras cosas.

—¿Cómo qué?

—Básicamente animales. Si me concentro y consigo algo de tejido o sangre de alguien, podría convertirme por minutos en esa persona, pero acabo agotada y no me gusta. Prefiero ser un felino, o una serpiente, a veces incluso he conseguido convertirme en caballo. Es relajante trotar por el campo.

—Ajá, ya veo.

—Tú también eres especial, te dije que tu sangre huele muy bien, aunque al principio me pareció que olías a lobo.

—Sí, ya —digo mientras seguimos caminando. Ella espera a que le cuente y acabo por confesar—. Un licántropo me marco.

Se echa a reír y no puede parar, hasta que me abochorna.

—Ese licántropo iba despistado. No se puede marcar una humana, o sea, no es que no se deba, es que no se puede, es algo físico. Por eso me confirmas que eres algo más.

—Creo que él no lo sabía cuando me estaba follando. Y sí, lo soy, pero no tengo ni idea.

—Conozco a una persona en la ciudad que tal vez pueda ayudarte. ¿Te gustaría conocerla?

—¿Otra cambiante?

—Oh, no, los cambiantes somos gente sencilla. En mi caso, estuve ayudándola durante muchos años, por eso sé tantas cosas —dice sonriendo como si me contase un secreto—, ella es una bruja.

—No, por Dios —casi grito—. ¿Existen las brujas?

Ella vuelve a reírse y me señala con el dedo la puerta del local. Estamos llegando.

—Por supuesto. Desde tiempos inmemoriales. De hecho, ellas fueron las causantes de que existamos todos, todos los sobrenaturales, por supuesto. Pero se cuidan mucho de decirlo. Porque si alguien supiera que ellas nos crearon, imaginaría que saben cómo destruirnos y por tanto....

—Ya veo. Peligro. Entonces, ¿por qué me cuentas esto? ¿No debería ser secreto?

—Porque me recuerdas a ella, a Ariadna. Quizá seas una bruja.

Se adelanta hasta la puerta del bar, donde dos enormes licántropos barbudos la saludan con adoración. Yo la sigo, maldiciendo mi suerte, y a la vez, haciéndome mil preguntas.

Entramos al Tropical sin problema. Dos mujeres hermosas y follables, ¿quién no las dejaría pasar?

Capítulo 2. El bar más kirsch de San Francisco

San Francisco puede ser una ciudad muy sofisticada y no dudo de que South Beach o Marina district tengan establecimientos así. Y lo sé porque lo leí en Internet, pero lo que es este sitio, no lo parece.

Al entrar, accedemos por un pasillo pintado de negro, con entradas oscuras donde hay gente no sé si oculta o escondida, que al final no deja de ser lo mismo. Pero Lisa camina con decisión hasta el final y entonces, me encuentro ante una explosión de luces y colores. Todo el techo está cubierto por bombillas que simulan estrellas y en las paredes hay una profusión de palmeras hechas con neones verdes y pelícanos rosas. Me da la sensación de encontrarme en la serie de los noventa *Corrupción en Miami*, que veía con tío Ben.

Al bajar la mirada, veo la barra con dos atractivos camareros y una chica que ha debido perder parte de su ropa, porque apenas le cubre los pezones. Ella sonríe y guiña el ojo a todos los presentes. Ellos van sin camiseta, aunque imagino que llevarán pantalones.

Lisa me toma de la mano porque estoy aturrida. Una bola de espejos gira en el centro y produce molestos reflejos que la gente que baila parece ignorar. Se mueven casi desnudos, frotándose con avaricia, ellos, ellas, todos mezclados. Alrededor de la pista hay banquetas y mesas de gente tomando copas o dándose el lote y al fondo, donde casi no hay luz,... a saber.

Lisa me lleva a la barra y pide dos botellines de cerveza que el camarero, que solo lleva un ¿taparrabos?, muestra su redondo y musculoso culo, sonríe y los abre delante de nosotras.

—¿Has visto? A veces solo vengo por el especta-culo —dice riéndose. Pero veo que no pierde de vista tampoco a las redondas y artificiales protuberancias de la camarera.

Me apoyo en la barra del bar, pareciendo segura y con la cerveza en la mano. No sé por qué, pero desde que me corté el pelo, es como si fuera otra. Barro el local con la mirada y encuentro vampiros y licántropos. No juntos, pero sin molestarse. Es curioso, como poco.

—¿Por qué aquí todos se relacionan tan tranquilos? —digo susurrando en su oído.

—Es como una tregua. Aquí no vale hacer trampas. Está prohibido, y es uno de los pocos locales donde podemos ser nosotros mismos.

—Hay humanos.

—Sí. Algunos no saben nada y otros... supongo que son como tú. O parecidos. Tienen algo especial. Están por decirlo así, en el rollo. La mayoría de nosotros solo queremos vivir en paz.

—Joder, pues no será por lo que me han intentado asesinar últimamente —digo y ella me mira de reojo.

—Deberías ser más discreta. Hay muchos oídos aquí. Bien, ¿ves a tu hermana?

Me remuevo inquieta.

—En realidad, no la conozco. Me enteré de que existía hace semanas, pero no tenía ni idea de dónde buscarla, hasta que alguien me envió una postal con este sitio.

—Oh, suena a cebo. Te atrajeron.

—Sí, contaba con esa posibilidad. No soy tan estúpida.

—Aunque te sigues fiando de mí.

—Supongo. Suelo tener buen ojo para las personas. He trabajado toda la vida en un bar.

—Ah, claro, eso lo explica todo —dice moviendo la cabeza como si estuviera diciendo tonterías.

—¿Holly? —dice una suave sombra que se acerca a mí. Un vampiro.

—Hola, Remy.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Por qué no estás en... casa y qué haces con Lisa?

—Estoy ampliando horizontes, qué quieres que te diga.

Lisa se echa a reír y Remy me toma del brazo y me lleva aparte, a un lugar oscuro y alejado. Me habla al oído y sé que no es por algo íntimo sino para que se enteren los menos posibles.

—Este sitio es peligroso, está lleno de cualquier criatura que puedas imaginar en tus pesadillas. La marca de Wayne se ha diluido —dice olfateándome.

—Lo sé, yo renuncié a ella.

—Joder, no me obligues a sacarte de aquí como a un saco de patatas. Apreciaba mucho a Ben.

—Estoy buscando a una persona y no me iré hasta que la encuentre.

—¿A quién? Conozco a la mayoría de gente aquí. ¿Es sobrenatural?

—Es mi hermana.

—No, tus hermanas estaban en el restaurante hoy.

—Otra hermana. Una pequeña que no conozco. Se llama Grace.

—No me suena. ¿Es tan rara como tú o tus hermanas?

—Ni idea.

—¿Y cómo pensabas encontrarla?

—En realidad, ella me citó, así que suponía que se acercaría a mí si me dejaba ver.

—Entonces es que ella te conoce. Y tú a ella no.

—Eso creo. Así que déjame estar en la barra y que se me vea.

—Solo que llamas demasiado la atención. ¿Dónde está tu melena que te tapa tu cuello? Los vampiros amamos el pelo corto.

—Me da igual. Quiero encontrar a mi hermana y vendré cada noche hasta que ella se presente a mí. Puede que hoy no haya venido, así que volveré mañana.

—Wayne me matará si te dejo aquí. En su defecto, Jace.

—Ya no soy de su manada, te recuerdo.

—Eso da igual. Te van a proteger para siempre, por la deuda con Ben.

Me quedo pensativa y dejo al vampiro allí parado, para volver con Lisa, que anda coqueteando con la camarera. Ya lo sabía yo.

—¿De qué conoces a Remy?

—Cosas del pueblo. ¿Has avanzado con la camarera?

—No mucho. Creo que le gustas más tú.

—Pues a mí no. Mis gustos van por otro lado, si no te molesta.

—Para nada. Cada uno folla con quien quiere. ¿Lo has hecho con un vampiro? Si no te muerden es alucinante, mejor que un vibrador.

—O sea que pruebas una cosa y otra.

—La verdad es que pruebo todo lo que puedo. Te probaría a ti también, aunque sé que de momento no te intereso. Si te gustan los vampiros, conozco a alguno que no nos va a morder, incluso a licántropos. Son incansables, tanto ellos como ellas.

—Ahora mismo no busco sexo, Lisa. Quiero encontrar a mi hermana.

Se queda callada mientras entran una docena de personas entre vampiros y humanos. Algunos de los vampiros se quedan quietos y luego se inclinan.

—Oh, oh, mierda.

—¿Qué? —digo siguiendo su mirada. Dentro del grupo, hay alguien que destaca de todos. Mide más de uno noventa, es rubio, con el cabello corto y tiene los ojos claros. Solo lleva una americana, con el pecho descubierto. Musculoso, sin ser como los licántropos, exuda sexo por

cada poro de su piel. Y, por supuesto, es un vampiro.

—Joder, no lo mires —dice Lisa tomándome del brazo y haciendo que baje la cabeza con un tirón.

Pero siempre es tarde para no meterme en líos. El tipo hace un gesto que veo de reajo y los acólitos se apartan. Se acerca a la barra y se pone a nuestro lado.

—Lisa, qué bueno verte —dice con un extraño acento, diría que francés.

—Majestad, un honor que nos saludéis.

—¿Quién es tu amiga? Noté el olor nada más entrar.

Lo miro, pensando en si es que huelo demasiado mal, pero al ver sus pupilas ligeramente dilatadas, parece que no.

—Se llama Holly, está de visita en la ciudad y la he traído a conocer el ambiente. Está en el rollo.

—Ya veo —dice acercándose a mí demasiado, para pasar su mejilla suave como el culito de un bebé por mi cara. Diría yo que tengo más vello facial que él. Inspira en mi oreja y se atreve a meter la lengua en ella. Me aparto, sorprendida y a la vez, ligeramente excitada.

—Interesante. Me llamo Eugene, pero suelen llamarme majestad, porque soy el rey de la Corte Negra. ¿La conoces?

—Sí. He oído hablar de ella.

Lisa me da la mano para infundirme ánimos. Solo he visto a Remy de cerca y bueno, a todos esos vampiros que me cargué cuando nos atacaron en el bar de Eureka, mi pueblo.

Su piel resplandece ligeramente, aunque diría que lleva maquillaje y tiene tres piercing en la oreja y, por lo que deja ver su chaqueta, en los pezones.

Se aparta de mí y abre su brazo para que pasemos delante. Lisa me empuja y caminamos hacia un reservado. La miro, porque no quiero ir, pero ella niega levemente con la cabeza. Mierda.

Uno de sus empleados abre la puerta a unas escaleras y accedemos a un espacio VIP, donde las luces son menos molestas, con sillones mullidos y una camarera detrás de la barra, algo más vestida. Nos invita a sentarnos y ambas lo hacemos. Él se deja caer sobre un sillón, dejando ver el calzoncillo que sale de sus pantalones. Uno de esos de marca. Él podría anunciarlos con ese six pack del que presume.

Dos vampiros se ponen en un lado y una chica, que parecía tan feliz, ahora está enfurruñada y sentada en un sofá aparte. Otra que parece que no tenga ni un metro de ropa en su curvilíneo cuerpo.

—Lisa, Holly, es bueno ver caras nuevas, aunque a ti he tenido el gusto de follarte, querida —dice mirando a Lisa. Ella inclina la cabeza como si le hubiera hecho el gran favor del mundo —, pero tú, no sé, tienes algo distinto. Y ese cuello tan largo. No sé cómo no han saltado varios de mis colegas a por ti.

—Acabamos de llegar —digo y él sonríe.

—Me alegro. ¿Tienes algún problema con los vampiros?

—Si no me muerden, no —digo levantando la barbilla. Lisa me aprieta la mano y los demás se quedan tiesos. El rey se echa a reír.

—Me gusta. ¿Te has acostado alguna vez con uno? Porque la experiencia es muy diferente.

—No me gusta hablar de mi vida sexual.

Lisa me da un empujón.

—Tranquila, Lisa. Veo que esta mujer no está acostumbrada a nosotros, es, para mí, una virgen. Una virgen interesante.

—No soy virgen —protesto y se vuelve a reír.

—Deseo follarte, Holly y te aseguro que será memorable. Y no te morderé a menos de que tú me lo pidas, aunque te aseguro que cuando mordemos, el orgasmo es mil veces superior. Alguna vez se han desmayado de placer.

—Entiéndame, Majestad —digo con mucha suavidad—, es un hombre muy atractivo, creo que jamás he visto a alguien como usted, pero no suelo acostarme con alguien que apenas conozco. Y, además, salgo con alguien.

Lisa retiene la respiración e incluso la chica enfurruñada aspira aire y no lo suelta. Creo que la he cagado. Miro al rey y él está pensativo.

—Estas muchachas del sur —dice como si abroncase a un bebé—. Está bien. Vas a venir a mi casa y me vas a conocer durante tres días. Y luego te follaré hasta que te desmayes.

Se levanta y se va, llevándose a todos los que le rodean, incluyendo la chica de negro que me sonrío de forma maliciosa. Lisa se echa las manos a la cabeza.

—¿Pero qué has hecho, Holly?

—Joder, ¿es que es obligatorio follarse con ese tipo?

—Sí, te hubiera llevado dentro, hubieras disfrutado y listo. Ahora te va a obligar a ir a vivir a su mansión y te va a follar de mil maneras distintas. Si te suelta, tendrás suerte.

—Entonces me iré de la ciudad.

—Tiene tu olor y es el cazador más antiguo que conozco. Es una putada, pero si sale bien, lo mismo sacas algún Ferrari de regalo. A veces es generoso. Otras veces, un asesino. No te fíes de su aspecto educado.

—¿Y qué puedo hacer?

—Nada. Relajarte y disfrutar.

Salimos de la zona VIP y veo que el grupo está en un rincón. Una tía salta sobre el rey mientras los demás lo están mirando. Joder, encima es un puto exhibicionista. Me guiña el ojo y el olor a sexo hace que la gente deje de bailar y se ponga a frotar sus cuerpos de forma salvaje.

—Joder, vámonos o acabaremos en una orgía sin final. No es la primera vez que lo hace.

Nos dirigimos a la entrada y noto la humedad entre las piernas. No sé qué es, pero estoy muy excitada. Alguien me coge de la cintura, es un lico con la polla fuera y además de gran tamaño. Casi estoy tentada, pero Lisa me arranca del tipo que se busca otro agujero donde meterla.

Salimos a la puerta, respirando el aire frío de la noche.

—Mi abrigo. Era de mi madre —digo intentando volver.

—Le enviaré un mensaje a la camarera para que te lo guarde. Vámonos ya, porque estoy muy mojada y huelo que tú también.

—¿Qué ha pasado?

—El tipo es capaz de producir ese fenómeno que pone a todo el mundo cachondo. Lo ha hecho por ti, para saber si te hacían efecto, supongo. Acabarán follando todos con todos. Una vez me pilló dentro. He de decir que lo pasé bien al principio, pero luego los vampiros se pusieron frenéticos y me mordieron por todo el cuerpo. Casi la palmo.

—Vale, gracias.

—A cambio, ¿quieres follarte conmigo?

—O sea, no te ofendas...

Se echa a reír y caminamos hacia el hotel.

—Era broma. Sé que no te van las tías. Pero es porque no lo has probado. Podría enseñarte un par de trucos muy buenos.

—Tal vez... otro día.

Entramos en el hotel y subo a mi habitación. Cierro todo, incluidas cortinas y me lavo la cara. Hoy, desde luego, ha sido extraño. No me creo que aunque sea el rey me obligue a estar tres días en su casa. Sería un secuestro. Acabo por meterme en la ducha y huelo todavía ese lo que sea. Mis manos se deslizan por el cuerpo, me apoyo en la pared y me acaricio, pensando en Wayne, pero al final, cuando llega el orgasmo, solo aparece el cuerpo del puto vampiro.

Capítulo 3. Visita a una mujer sabia (léase una bruja)

Me levanto por la mañana con telarañas en la cabeza, desnuda sobre la cama y realmente caliente. Esas feromonas reales son la leche, así que me voy a la ducha y hago el mismo procedimiento de la noche, pero no acabo de quedarme bien. Me falta algo. Supongo que algo grande y duro dentro de mí.

Me visto con unos vaqueros y un jersey y salgo de la habitación. Necesito un café de bar. Lisa está hablando con la señora de la recepción y al verme, me guiña el ojo. Está sin maquillar, pero eso no quita un ápice de su belleza natural.

—¿Un café?

—Sí, gracias.

Vamos hacia una cafetería dos calles más allá, dirección norte. Una camarera ojerosa nos sirve dos cafés y dos pedazos de tarta de zanahoria. Me recuerda a la de Birdie. Se me escapa un pequeño suspiro.

—¿A quién echas de menos? Acabas de llegar.

—Nunca me he separado de mis hermanas. Somos... huérfanas y por eso estamos muy unidas.

—Lo siento. Pero están bien, ¿no?

—Sí, les envié un mensaje antes y están bien.

—Ayer te calentaste bien con Eugene, ¿verdad? Es un vampiro de procedencia francesa. Se estableció en Nueva Orleans, diría yo que incluso antes de que la fundaran. Es muy viejo. Por eso es capaz de hacer hipnosis colectivas o lo que sea que haga y poner a todos calientes.

—No quiero que me ponga así. No de forma artificial.

—Piensa que acabarás acostándote con él. Es algo inevitable. Solo que puedes hacerlo más fácil si no vas de tengo novio y no quiero follar con un vampiro. Le da igual, solo quiere sexo y nada más. Son realmente caprichosos. Pero él no te tomaría a la fuerza. No sé, tiene su ética.

—No sé qué decirte. Los vampiros que he conocido son asesinos.

—Ah, pero él también. A saber a cuántos habrá asesinado, aunque ahora, que se sepa, no lo hace.

—No como la Corte Roja.

—Calla, ni la nombres. La reina Elisabeth, y no es su verdadero nombre, está obsesionada con él.

—Y con más gente. He oído que están atacando a algunas personas.

—No sé dónde lo habrás oído, pero creo que no es cierto.

—Lo he visto también, Lisa. Atacaron a licántropos. Estaba... cerca.

—¿Quién eres, Holly? De verdad, digo.

—Una chica de pueblo —contesto encogiéndome de hombros. Ella me mira fijamente y acaba aceptando.

—Vamos, te llevaré a ver a Ariadna. Ella sabe todo lo que pasa en la ciudad y puede darte algo para que no te afecte tanto Eugene.

—Debería estar buscando a mi hermana.

—Si no sabes por dónde empezar. Vamos, puede que Ari sepa algo. Está cerca.

La miro y no sé si fiarme. Tantos secretos... Me resulta tan sospechosa como cualquier otro.

—Nunca he conocido a una bruja. Ni siquiera sabía que existían.

—Pues sé respetuosa. Esta bruja es de lo más normal, no como otras que se creen las dueñas del mundo, pero es mejor no provocarla, créeme.

—¿Por qué no sé nada? Nadie me había comentado y con los licántropos tengo relación.

—La mayoría no saben de ellas, solo los alfas —Otro punto negativo para Wayne—, pero las evitan. Y ellas viven en grandes ciudades. Eso de la típica hechicera de los cuentos que vive en el centro de un bosque escondida, puras mentiras. Aman las urbes, el tráfico, y cuanto más grande es una ciudad, más brujas encuentras.

—¿Y también se organizan en aquelarres, como en las películas?

—Algo así —dice pagando el desayuno y tomándome de la mano. Es agradable, así que salimos hacia la calle juntas—. En realidad es una jerarquía muy escalonada. Hay un consejo de cinco brujas a nivel mundial, que son las que parten el pastel y se dividen en cinco zonas. Cada una tiene veinte a su cargo que a su vez tienen grupos de mujeres para iniciarlas. No creas que cualquiera puede, debe tener algo y no sé qué. Entre ellas hay razas de todo tipo, desde humanas a vampiras o licántropas, cambiantes... no sé cuántas razas conoces.

—Creo que no a todas.

Se ríe y me mira.

—Todas excepto hadas. Son sus enemigas naturales. Se odian a muerte.

—¿Por qué?

—Se supone que es porque nacieron de una misma semilla, bla, bla, una luz, otra oscuridad, aunque diría que las hadas son más perversas que las brujas. Dicen que son capaces de poner la polla dura a toda una ciudad de hombres, entre otras cosas bastante peores.

Asiento sin decir nada. Lo he visto. Tal vez tenga que avisar a Mac.

—O sea que eres *team* brujas.

—Suelo ser neutral. Verás, soy traductora y hasta hace pocos meses trabajaba para Ari. Ella me daba viejos tomos y yo los traducía. Algo pasa en mi cabeza que soy capaz de descifrarlos.

—¿Y ahora no trabajas con ella por...?

—Asuntos sentimentales. Me... acosté con su novia, pero ya lo hemos arreglado. Ahora hacemos algún trío de vez en cuando. Lo mismo puedes unirme —se ríe—, es broma. Aunque sigues oliendo bien. El mes que viene vuelve a contratarme, así que todo arreglado.

—Ya veo.

Llegamos a unas modernas oficinas y las puertas se abren de forma automática. Una mujer de cierta edad nos mira por encima de las gafas y sonríe a Lisa.

—Venimos a ver a Ariadna. ¿Crees que podrá atendernos? Le traigo una sorpresa.

Me mira y olisquea. Joder con el puto olor. Llama por teléfono y no escuchamos, al menos yo, lo que dice.

—Podéis subir. Adiós, guapetonas.

No sé si ha sido una insinuación o algo típico de mamá. Lisa sonríe y le guiña el ojo y me dirige a un ascensor con cristales. Cuando nos subimos y aprieta la planta trece, el ascensor da un pequeño saltito y comienza a subir.

—Mira, Holly, qué preciosidad.

Me asomo por la cristalera redondeada y veo el patio interior. Tiene varias ¿fuentes? No, fuentes no, son putas piscinas con cascadas y yo diría que he visto algún tipo de... ¿sirena? Hay una vegetación impresionante y pájaros tropicales que vuelan hasta el techo, de cristal

transparente y que deja entrar la luz natural. Veo que un pájaro intenta atravesarlo y cae, atontado, hasta la superficie del agua. Algo lo atrapa y lo lleva al fondo. Me da un escalofrío.

—Sí, vaya. Has visto algo espeluznante. Las náyades suelen alimentarse de animales vivos. Son algo salvajes. Mejor no te acerques o quizá acabes sumergida.

—Pensé que eran muchachas que protegían el agua, creo recordar que leí algo...

—Sí, en teoría. Pero al final, acabaron con cola de pez y bastante mal carácter. Las tienen aquí para obtener escamas de sus colas y otras sustancias que producen para sus hechizos. La verdad es que es un intercambio justo, cada vez quedan menos porque el agua de los ríos y mares es realmente asquerosa, llena de microplásticos. Las brujas las preservan. Debajo del edificio construyeron un hábitat para ellas, con una cueva que se extiende desde el estanque a un lago subterráneo. Allí viven muchas más. Yo diría que un centenar, pero no sé. Jamás me atrevería a bajar allí.

Miro los otros pisos, veo varias mujeres caminando con papeles, charlando de forma normal, como si fuera un edificio de oficinas. Solo que son brujas, supongo. Todas. Me gusta.

El ascensor se para con un ligero vaivén y las puertas se abren. Lisa sale y voy detrás. La planta donde hemos parado es diferente. Hay una gran recepción, llena de vegetación que da a una zona acristalada donde no hay mesas, sino cojines en el suelo. El incienso hace que el ambiente del interior esté ligeramente turbio y el olor a lavanda y otras hierbas llega hasta el ascensor. Varias mujeres, al menos ocho, están sentadas, charlando y tomando té.

Lisa se acerca a la puerta y se descalza, me indica que haga lo mismo. Entramos en el espacio enmoquetado. El olor dulzón me inunda. Ella saluda con una inclinación de cabeza a las mujeres que le responden igual. Aunque hay ventanales, están cubiertos con cortinas traslucidas y eso es porque hay dos vampiras según veo por su palidez. Seguimos caminando hasta un lugar donde hay más cojines y una mujer de aspecto singular. Tendrá entre cuarenta y cincuenta, aunque bien podría tener más, el cabello largo y ondulado, extendido por su cuerpo como si fuera una sábana de lo espeso que es. Lleva un vestido violeta, cuajado de pequeñas piedras de colores y su nariz aguileña está situada entre sus ojos oscuros y profundos y una boca de labios finos. Yo diría que no es guapa al uso, pero su atractivo reside más allá. Es... magnética. Sonríe a Lisa y una joven rubia, de formas rotundas, se levanta para dejarnos sitio.

Lisa se inclina y luego se sienta con las piernas cruzadas. La imito. La mujer, Ariadna, me mira con curiosidad.

—Me dijeron que me traías un presente, y lo cierto es que has conseguido sorprenderme.

Me remuevo inquieta, ya estamos con los regalos.

Miro sus manos tatuadas dedo a dedo con símbolos extraños que ni conozco. Lleva también algunos anillos de oro y piedras preciosas, incluso en sus pies.

Supongo que puedo observarla tal y como ella está haciendo conmigo.

—¿Cómo te llamas?

—Holly.

—¿Holly qué más?

—Holly Rubens.

—Oh. Vaya.

Su rostro se contrae y se incorpora para mirarme bien.

—¿Tu madre es Claire Rubens?

Mi piel se eriza pensando en que la conocía.

—Bueno, no sé si es mi madre real, la verdad. Pero sí la que me crio durante mis primeros siete años de vida. Hasta que murió.

—Caramba —dice y cierra los ojos. Me vuelvo a Lisa, que pone un dedo sobre sus labios. Al cabo de varios minutos, ya estoy impaciente y ella abre los ojos. Niega con la cabeza.

—Tu madre no está muerta, al menos, no del todo.

—¿Y eso qué significa? Porque creo que o se está muerta o no se está.

—Supongo que no has tenido la formación adecuada y por eso eres tan ignorante. Claro, seguramente porque creciste con un licántropo. Ben Wade. ¿me equivoco?

—Sí, era un Wade.

—Pero me refiero a que era hermano del alfa, el anterior al muchacho de ahora.

—Pensé que era un primo lejano —susurro. Yo... no lo sabía. —¿Y mi madre?

—Tu madre será difícil de encontrar, por su estado, pero he notado una energía familiar.

—¡Mi hermana! Grace. He venido porque estoy buscándola.

—Ya. Sí, creo que sé quién es. Pero... ¿de verdad quieres encontrarla?

—Ella me escribió para que viniera a San Francisco.

—Si es quien creo que es... no sé si fue ella quien te escribió. Quizá haya sido otra persona.

—¿Mi madre?

—No, tu madre imposible. Ella está entre la vida y la muerte, no puede hacer cosas materiales.

—No entiendo nada —digo removiéndome—. ¿No puede hablar más claro? Por favor.

Ella mira a Lisa que se encoje de hombros.

—Puede que no te guste todo lo que averigües aquí, Holly Rubens. A veces hay que dejar el pasado atrás.

—El rey se ha encaprichado de ella. Necesitaría algún tipo de preparado para no ser encandilada.

—Dichoso Eugene, está más salido que un perro.

—Mi madre, mi hermana.

—Tienes más problemas ahora que esos. Has de sobrevivir al sexo con el rey. Es muy... persistente. Dime que no eres virgen.

—Es virgen de vampiros.

—Vaya. Ellos pueden hechizarte de una manera por la que solo quieras follar todo el tiempo, pero te destrozaría, a veces se ponen... intensos. Tienes que calmarlos y por lo bien que huele tu sangre, no sé decirte.

—Podemos hacer que huela mal, aunque sea por unos días.

—Lo notaré. No es estúpido. Pero sí podemos hacer que no huela tan bien. Eso sí.

—Por favor —le pido.

—Puedo ayudarte, pero nunca hago nada gratis, a pesar de que me gusta ayudar a las mujeres, a todas las que puedo.

—No tengo mucho dinero, pero podría conseguir más.

Lisa me mira y niega casi de forma imperceptible.

—No. El pago no es con dinero. Si te ayudo a sobrevivir al rey, me deberás un favor. Si te ayudo a encontrar a tu hermana, otro y un tercero si es a tu madre, aunque con eso, debería cobrarte al menos cinco.

—¿Qué tipo de favor?

Ella es agradable y si tengo que... follar con ella, lo haré, si es por encontrar a mi familia.

—Oh, no es de tipo sexual, aunque tienes un cuerpo deseable. Es cualquier cosa que necesite mientras vivas. Por ejemplo, llévame a tal sitio o... mata a tal persona.

—Yo no soy una asesina, no podría hacer eso...

—Y, sin embargo, lo has hecho. Lo sé. Veo tus manos manchadas de sangre.

Las miro y no veo nada.

—¿Y si ella es una bruja oculta? —dice Lisa—. En tal caso, sería parte de la comunidad. — Se vuelve hacia mí—, a las personas que son de la comunidad no se les cobra favores.

—Podría ser. Su sangre tiene cierta melodía. Ven aquí y ponte de rodillas delante de mí.

Miro a Lisa y ella asiente. Nunca me he puesto de rodillas delante de nadie, es algo que me parece demasiado servil, y como soy tan alta, acabo sentándome en mis talones. Ella me observa de cerca y cierra los ojos. Sin dudarlo, su mano se coloca en mi frente, entre las cejas. Siento el calor que emite, parecido al de Wayne, pero más focalizado. Acabo cerrando los ojos y como en las películas, se produce un fundido a negro y me caigo de lado, sobre la moqueta. Lo último que escucho es un grito de Lisa.

Estoy echada en el suelo. Un paño frío me calma el ardor de la frente y alguien está canturreando y pasándome una varita de incienso por todo el cuerpo.

—No estoy muerta —digo y Lisa suelta una risita.

—Están purificándote, niña —dice y vuelvo a cerrar los ojos. Me siento agotada.

—¿Qué ha pasado?

—Calla, muchacha —dice Ariadna mientras sigue canturreando. No sé si me están haciendo un hechizo. Tengo que salir, pero al intentar moverme, estoy como paralizada.

Vuelvo a abrir los ojos y miro con miedo a Lisa, que me sonríe y acaricia mi brazo para tranquilizarme, pero no, no estoy tranquila.

—Ya está —dice la bruja y de repente, es como si me soltaran y puedo moverme. Me levanto con rapidez y el mareo me sobreviene hasta que Lisa me coge y me echa sobre su pecho, frotándome el brazo para entrar en calor.

—¿Qué ha pasado?

—Te has muerto.

—¿Qué?

—Lo siento, no lo sabía —dice Ariadna—. O sea, no te has muerto del todo, porque quité la mano a tiempo, pero mi energía es mala para ti. Te produce una reacción adversa. Pensé que podría abrirte el tercer ojo para ver si eras una bruja, pero casi te mato. De verdad que lo siento.

—¿Por qué? —acierto a decir. Todavía no tengo fuerzas para levantarme y Lisa me sujeta.

—Mmmm, no sé —dice Ariadna que se aparta un poco de mi lado. Sé que miente.

—Sí lo sabes —digo, ahora con más fuerza. Lisa me aprieta el brazo.

—Está bien, no te enfades. —¿He olido miedo?—. Eres algo... algo ancestral, algo primitivo, lo tienes ahí dentro.

—¿Algo como qué?

—Supongo que habrás leído sobre mitología y diosas.

—No mucho, la verdad.

—Bien, pues ese tipo de seres existieron en realidad. La mayoría eran nuestras antecesoras, Kali, Nut, Hel, Amaterasu... suelen ser casi la misma bruja pero en diferentes culturas. Te podría decir que existieron cinco brujas primigenias, y por eso nuestras matriarcas son cinco. Las que te he nombrado y, por supuesto, Lilith.

—Me suena, ¿no se dice que fue la primera esposa de Adán?

—Así es. Pero él la rechazó porque era poderosa, capaz de hablar con los demonios o cualquier criatura nocturna. Ellas... las cinco... suelen estar en un estado digamos catatónico, en otro plano, reposando, hasta que sienten la necesidad de nacer en alguna mujer, sean ellas o sus

descendientes. Ella se emparejó con el ángel caído Samael y, aunque los tratados oficiales no recogen que tuviera hijas, las tuvo. Más de cien. Tú fuiste creada para recibir a la hija de Lilith, Nebol. He visto ese nombre en tu mente.

—Vale, vale, espera... yo...¿tengo alguien dentro?

—No —dice con una sonrisa tensa—, tú eres Nebol en parte, solo que no lo sabes. La mayoría de las veces, las reencarnaciones solo se despiertan cuando están en peligro de muerte o alguien, por accidente, las toca. Yo lo he hecho, aunque no sé si es bueno o malo para ti.

—No puedo creerlo —digo incorporándome y alejándome de las dos.

—Por ser hija de Lilith podrías, con el entrenamiento adecuado, invocar a las criaturas de la noche. De hecho, es la razón por la que les hueles tan bien. Notan esa fuerza en ti y probablemente tengas algún tipo de protector. Ella nunca dejaría a una hija indefensa. Tal vez algún fantasma, quizá animales, o un espectro. No he visto nada por aquí así que supongo que siente que estás a salvo.

Lisa se pone pálida y me mira y luego alrededor.

—¿Por qué? —pregunto aguantándome las lágrimas.

—Cuando ellas envían a alguien es porque... porque se avecina algún tipo de desastre y bueno, te toca arreglarlo, chica —dice la bruja que todavía me mira con cierto temor—. ¿No te has visto diferente en las últimas semanas? ¿Tal vez los ojos te han cambiado? Suele ser la primera señal.

Escondo la cara en las rodillas y las abrazo. Claro que sí, mis ojos se volvieron negros, y si miro en mi interior, siento una especie de remolino oscuro, algo que tiene fuerza, poder.

—Ya veo que sí. Esto no hace más que confirmarlo. Te ayudaré en lo que necesites, mi señora Nebol. Estoy a tu servicio.

Levanto la vista y veo que ella ha inclinado la cabeza. Lisa me mira atónita y luego a ella. Acaba inclinándose.

—Venga ya. No siento nada especial.

—Nebol está débil de momento. Por eso quizá no has tenido más que alguna señal. ¿Quizá en ocasiones te has sentido más fuerte físicamente de lo que podrías ser? ¿O has presentado algo? Aunque puede que, al haberte matado, de alguna manera, las sensaciones te atrapen a partir de ahora.

—¿Qué me va a pasar?

—Oh, querida, eres un ser poderoso. Nada te pasará. Las criaturas de la noche, básicamente todas excepto las hadas estarían a tu servicio, si consiguieras todo tu poder. Podrías decirme que me tirase por la ventana y lo haría. Por supuesto, los vampiros o los licántropos te adorarán. Ellos, más que todos, son criaturas hijas de Lilith. Pero tú estás sobre ellos.

—Y se avecinan enfrentamientos —dice Lisa—, se huele en el ambiente.

—¿Por eso mi sangre...?

—Sí, les fascinas porque eres como el néctar de los dioses, por compararlo con algo. Creo que Nebol no ha despertado del todo en ti y puede que sea algo paulatino, para no matar tu cuerpo mortal. Cuando lo haga, por la diosa que quiero verlo —acaba diciendo emocionada.

—O tal vez no ocurra —contesto casi esperanzada.

—Ha empezado ya. Solo que todavía no dominas todas tus... opciones. De momento, te ayudaré a deshacerte del vampiro, sin precio, por supuesto. Eres... mi superior. Y también todo lo demás.

Lisa da un pequeño aplauso y yo respiro aliviada. No sé si seré lo que dicen ser, pero al menos, ella me va a ayudar.

Capítulo 4. De vampiros y sorpresas

—No creo que te puedas librar de ir a la mansión del rey —dice Lisa mientras caminamos hacia el hotel—, pero con la infusión que te ha dado Ari, creo que no le interesarás tanto. A ver, follar con un vampiro es memorable, yo de ti no me lo perdería. Eugene es un buen amante.

—Es que no es mi prioridad.

—Lo sé... también puedes rendirte el primer día y así se lo harás más fácil. Probablemente se canse de ti antes, y sí, ahora no hueles tan bien —contesta olfateándome—. Esto te durará unos cuatro días, ha dicho Ari.

—¿De verdad crees eso de Nebol?

—Absolutamente. Pensaba empezar a tratarte como a una diosa, que es lo que eres, pero creo que te resultaría incómodo, así que he decidido seguir como antes.

—Es decir, como a una chica de pueblo.

Ella se echa a reír y asiente. Pasamos al lado de un puesto de perritos calientes en una plaza y pide dos.

—Te van a encantar. Son deliciosos.

Aunque hace frío, nos sentamos en un banco, cerca del parque. En las sombras, siento cierto movimiento, que se me escapa de la vista. Tal vez sea eso que dicen que soy, aunque casi me siento igual. Puede que más fuerte por dentro si es que eso es posible. He enviado un mensaje a mis hermanas para ver qué tal están, pero no les he contado nada. No quiero preocuparlas.

—¿Así que dice que son enemigas de las hadas? —pregunto pensando en Mac.

—Todas las diosas que te ha nombrado Ari son hijas de la oscuridad, la mayoría controlan a los difuntos, las almas errantes, el inframundo... esas cosas y las hadas son luz, el sol, el día, los pajaritos... digamos que la madre creadora tuvo en principio dos hijas. Luz y Oscuridad y de ahí salieron hadas y brujas. Luz dejó de traer hijas al mundo y es por eso por lo que cada vez hay menos seres luminosos. Según leí en un antiguo tratado, ella estaba decepcionada de la humanidad, y comentaba que no se merecían la belleza y los dones que ella aportaba, por eso la oscuridad fue tomando terreno. Las brujas descendientes empezaron a experimentar y crearon los seres sobrenaturales. Luz se horrorizó y creó las hadas, para compensar, pero al final tuvieron que esconderse. Nadie sabe cuántas hay o dónde están. Pero te aseguro que yo no me fiaría de ninguna. Su único papel en el mundo es acabar con todos nosotros.

—No puedo creerlo, ellas son... amables.

—O sea que ya conoces a alguna —dice Lisa y me muerdo el labio—. No te fíes. De verdad. Tú eres oscuridad en grado uno. Si cualquier hada te descubre, su instinto le hará querer asesinarte y tal como estás ahora, no sé si podrás defenderte. Eres como un bebé en estos temas.

—¿Y cómo puedo... mejorar?

—Te diría que la oscuridad se alimenta de oscuridad, de hacer cosas... malas, como asesinar, tomar sangre de vampiro, morder a un licántropo, no sé, esas cosas.

—¡No! No voy a asesinar a alguien...

—¿A alguien más? Sé que fue en defensa propia, pero lo hiciste. Quizá eso fue un empujón para ir despertando.

Tiro el perrito caliente a la papelera porque ya me es imposible comer más.

—Yo me prestaría a que me asesinases, pero me gusta demasiado esta vida —dice sonriendo con la boca. En sus ojos relampaguea un poco de temor.

—No te voy a asesinar, Lisa. A nadie, a menos de que... tenga que defenderme.

—Bien. Entonces vamos a prepararte. Te ponemos sexy, te tiras al rey y acabamos con esto. Ari seguro que está buscando a tu hermana. La presintió, tiene su rastro álmico y ahora que eres... su diosa, te ayudará en todo lo posible.

Bufo, pero la acompaño a casa. Me doy una larga ducha, y Lisa recorta mi cabello de una forma algo más artística. Lo llevo demasiado corto.

—No me importaría que me creciera un poquito más. A veces me siento como desnuda — digo sentada delante del espejo envuelta en una toalla. Ella quita las manos de mi cabeza con rapidez, soltando un gemido.

Abro los ojos y me miro asombrada. Sigue siendo corto, pero al menos ha crecido tres centímetros. Lisa respira agitada y temblando, sigue arreglándome el corte. Yo la miro a través del espejo con la boca abierta.

—¿Cómo...?

Ella se encoge de hombros y vuelve a sonreír aunque sus manos tiemblan ligeramente. Durante un momento, sigue callada y luego suspira.

—Tal vez yo sea tu guardiana, Holly. O sea, puede que no sea casualidad que esté aquí, o que sea una criatura de la noche. Y me sentiré muy bien si tengo que protegerte hasta que te desarrolles. Es un honor.

Veo que de verdad lo piensa y solo logro asentir. Luego, baja a su apartamento para traer algo de ropa. Ella tiene mucha, sexy y cara. Me siento encima de la cama y miro las sombras, parece que me susurran. Muevo la cabeza. No es que sienta miedo, pero no me resulta cómodo.

Acabo poniéndome mi ropa interior más sensual, que consiste en un tanga negro y un sujetador, también negro con encaje. Un regalo de mis hermanas cuando empecé a salir con mi primer tipo.

Lisa entra sin llamar y me mira, aprobándome.

—He traído también ropa interior, aunque tú tienes más pecho que yo y seguramente las lleves apretadas, está bien porque así se verán más abundantes y deseables. Uf, eres... preciosa. Me... excito y lo siento, porque quiero ayudarte, pero si soy sincera, te deseo.

—Está bien, Lisa, no te sientas incómoda por ello. Déjame ver qué traes.

—Algo de ropa sexy, o todo. Un camisón cortito, varios vestidos y pantalones que dejarán ver tu precioso culo, para que los lleves sin ropa interior.

—Pero es que si llevo esto...

—Se te follará de buenas a primeras. Y te dejará libre. ¿No es lo que querías?

—Supongo...

—He traído una maletita pequeña donde meter todo. Que piense que vas para tres días. Y bueno, si tienes que... cargártelo, algo que seguramente podrías, hazlo, aunque también te digo que no está mal para ser vampiro y rey. Quiero decir que si puedes no matarlo, mejor. Las otras opciones son peores.

—Lo tendré en cuenta —digo volviéndome para recoger la ropa en la maleta. Alguna empiezo a probármela, cuando veo que Lisa se va —¿Dónde vas?

—Uf, me voy a la ducha a tocarme, porque necesito estar serena e imagino que tú no vas a querer que te...

—Eh, vale. Ve.

Es cierto que con la tontería yo también estoy algo excitada, pero muevo la cabeza y me pruebo varias cosas, que acaban en la maleta. También mi bolsa de aseo. Me siento como una prostituta de lujo y no me gusta. Aunque el deseo me recorre y creo que me apetece ver qué puede ofrecerme ese vampiro. Si es tan bueno como Wayne, tampoco pasará nada.

Lisa vuelve, vestida y relajada y yo también estoy preparada. Me dice que el ayudante del rey le ha enviado un mensaje y salimos a la calle principal, donde una limusina me va a recoger.

—Tienes mi teléfono, avísame si no estás bien, llamaré a Ari y entramos con todas nuestras fuerzas, pase lo que pase.

—Gracias, es bueno sentirse respaldada.

—Lo vas a pasar bien. Verás que el tipo es más o menos legal.

—Veremos.

Una limusina color negro con los cristales tintados se para y un chófer humano uniformado sale para abrir la puerta. Lisa me abraza y se despide. De todas formas, también llevo mis otras opciones que traje de Eureka, por si acaso. El tipo guarda mi maleta atrás y se inclina.

Me subo, insegura y me recibe una mujer bonita, con gafas, que me mira de arriba abajo evaluándome. Aprueba mi vestuario sensual y abre una botella de champagne.

—El rey te espera y me ha dicho que te trate con suma amabilidad. Quiere cortejarte.

Elevo los ojos al cielo, pero acepto la copa. Ella debe de estar acostumbrada, supongo.

—Me llamo Tyler y estaré a tu servicio los días que permanezcas en la corte. Cualquier cosa que necesites y esto no tiene límites, pídemelo. Yo te traeré lo que sea.

—¿Sueles hacer esto a menudo?

—No tanto como puedas pensar. El rey no suele encapricharse de alguien tanto como para concederle tantos... favores. Supongo que ha visto algo en ti. La verdad es que eres deseable y atractiva, quizá algo alta y fuerte, pero es un cambio agradable para las mujeres o los hombres que suelo llevarle. Y si... me deseas, también estoy a tu disposición —dice abriendo las piernas para que vea que no lleva ropa interior.

—Gracias, Tyler. Lo tendré en cuenta —digo para no ofenderla. Me tomo de un trago la copa y ella la rellena.

El coche se desliza con suavidad por las empinadas cuestas de la ciudad hasta una colina donde hay una enorme casa de columnas blancas y ventanas negras. Todas tienen alguna malla de ocultación, imagino que también por la luz. Los jardines son bellísimos, pero cuando salgo del coche, me asombro por la seguridad. Enormes tipos de diferentes razas acompañados de perros revisan el perímetro, los coches y después de pasar uno de esos palitos del aeropuerto por si llevo armas, y suerte que dejé la navajita finalmente en la habitación, pasamos dentro. El vestíbulo está basado sin duda en un palacio a saber de qué estilo, ya que eso no es mi fuerte. Pero el suelo, de baldosas de mármol blancas y negras o las escaleras blancas y elegantes que suben al primer piso, exudan dinero y poder.

Varias puertas están abiertas y algunos vampiros caminan ocupados en sus asuntos. La actividad acaba de empezar y todos van deprisa, a veces solo consigo ver una ráfaga.

Tyler me indica que la acompañe al piso superior, donde abre unas puertas francesas y me da paso a la habitación más grande que jamás he visto, soñado o imaginado.

Tiene una cama redonda en el centro, con amplios ventanales con cortinas que dos personas empiezan a abrir, ahora que ha anochecido. Da a un precioso jardín con un laberinto y una piscina, donde se están bañando desnudos y sí, una pareja lo está haciendo dentro. Incómodo.

Hay una enorme bañera para cuatro personas como poco y una puerta que debe dar al excusado.

Al otro lado, han colocado una cocinita con nevera y microondas. Tyler la señala.

—Tienes de todo por si quieres comer, pero si te apetece algo, por muy exótico que sea, te lo conseguiré. Te vamos a preparar un baño con sales perfumadas y luego te darán un masaje. Después el rey te espera para cenar. Ya sabes que él no come, pero ha ordenado una cena

exquisita. Y lo siguiente es que te ofrezca un paseo a la luz de la luna.

—¿Eso es el programa?

—Sí, pero por supuesto, puedes variarlo. Aunque te diré que al rey le gusta poco los cambios, aunque parezca extraño. Eso sí, puedes follar con él en cualquier momento. Ese tipo de situaciones le encantan. Y te diré más. Si lo sorprendes, lo tendrás en el bote. La última mujer con la que estuvo vive ahora en un apartamento de lujo. Con eso te digo todo.

—Agradezco tus consejos, Tyler. Sabes que no estoy aquí por dinero sino porque no puedo rechazar su invitación.

—Él jamás te forzaría aunque ya sabes que tiene ciertos dones con su.. aroma.

—Lo sé. Gracias. Pareces una buena persona.

Ella asiente y sale para que me dé el baño. El agua ya burbujea en el jacuzzi y estoy sola. La empleada ha dejado una botella de champagne en una cubitera y una copa. También hay dulces alrededor de la bañera.

Me desnudo y me meto. El agua huele delicioso y me recuesto. Bueno, tampoco está siendo demasiado sacrificado. Tomo algo que parece una gominola y una explosión de sabor me recorre la boca, y no puedo evitar gemir. Tomo otro de un cuenco diferente. Este sabe más a menta y se ha convertido en mi favorito. El champagne está frío y las pequeñas burbujas no me molestan. Si mis hermanas vieran este lujo, alucinarían.

Disfruto con otro dulce con sabor a chocolate. Y una puerta panelada se abre, dejando entrar al rey, que lleva una bata de seda abierta y puedo ver su excitación.

—No he podido evitarlo, querida muchacha. Tu expresión al tomar el dulce era simplemente, éxtasis. Me he puesto durísimo.

—No... está en el programa —digo algo cohibida mientras él se quita la bata y se mete, con su enorme polla, en la bañera.

—A la mierda el programa. Prueba estos dulces, quiero verte comerlos.

—Me engordaré.

Se echa a reír y me ofrece un cuenco con gominolas de color violeta, con puntitos blancos de azúcar. Está bien. Tal vez si acabamos, me deje salir.

Tomo una y deja el bol. La chupo, sacando la lengua para disfrutar del sabor dulce y él traga saliva, sin dejar de mirar mi boca. Luego le doy un mordisco y la saboreo, sin querer, sale de mi un ronco gemido que hace que sus colmillos se alarguen. Me sorprende, pero no hago movimientos bruscos. Termino de comer el dulce y él me ofrece otro cuenco. Este lleva fruta naranja, creo que melocotones, en un jugo transparente. Tomo uno y el almíbar chorrea por mi mano. Lo muerdo y él se acerca un poco. El líquido se escurre por mi comisura y cae sobre mi pecho. Es tan rápido que ni lo siento. Su lengua recorre mi barbilla, baja por mi cuello, rozando sus colmillos por mi piel ya erizada y se apodera de uno de mis pezones, chupándolo con atención. Mi cuerpo da un salto, ya caliente como una estufa. Él se aparta, sonriendo.

Lo miro, pensando en que no me desea, pero al mirar hacia abajo, veo que sí y mucho. Muchísimo.

—¿Puedes probar este? Es un bombón relleno de chocolate fundido.

—Claro. Son mis favoritos.

Me acerca el bol. Es grande, del tamaño de una nuez, por lo que debo morderlo y vuelvo a sentir esa expresión de sabor exquisito que me sorprende. El chocolate se desliza de nuevo por mis comisuras, esta vez lo hago a posta y él me mira con los ojos llenos de lujuria.

Se acerca como un depredador a su presa y dejo el bombón en un lado, mirándolo fijamente. Sus brazos fibrosos y delineados se ponen uno a cada lado de mi cuerpo, pasa mis piernas

alrededor suyo y él encoge las suyas, acercándose tanto que siento su polla en mi ombligo, rozándolo de una forma tan sensual que parece que tenga vida.

Vuelve a pasar la lengua por mi rostro y perfila mis labios con sus colmillos haciendo que casi tenga un orgasmo. Sonríe, notando mi olor, supongo. Mis pezones hace rato que están pidiendo guerra y él pone su mano en una de mis tetas, abarcándola toda y eso que es grande. Me da un masaje suave, apretando y soltándolo y echo la cabeza hacia atrás, disfrutando. Entonces él se aparta y lo miro molesta. Se echa a reír.

—¿Pensabas que iba a follarte el primer día? No, querida. Te prometí un cortejo y lo cumpliré.

Sale de la bañera con su bandera bien alzada y se pone la bata. Se va hacia la puerta secreta y me mira.

—Puedes desahogarte, pero me gustaría que esperases. Valdrá la pena.

Frustrada, salgo de la bañera mostrándole mi cuerpo y lo que se ha perdido. Él parece dudar, pero luego, con media sonrisa, sale y se va.

—Maldito cabrón.

Escucho una risa en el interior de la pared y no puedo evitar sonreír. Si quiere jugar, jugaremos.

Capítulo 5. Un cortejo real

Tyler entra sin llamar cuando estoy echada en la cama, cubierta con un albornoz. Estoy algo frustrada y sí, he tenido la tentación de tocarme para darle por saco, pero al final, he aceptado el juego. Ella olisquea y sonrío.

—Sé que has traído vestidos muy bonitos, pero el rey quiere regalarte varios. Puedes elegir.

Da una palmada y una mujer entra con un perchero en los que hay al menos diez o doce, a cual más bonito. Me levanto para admirarlos. Jamás tuve algo tan delicado.

—Por supuesto, podrás llevártelos todos. Si me... permites un consejo....

—Claro. Dime.

—Empieza por el dorado. Es ideal para tu tono de piel. Y muy sensual. Está encantado. El primer encuentro lo ha dejado muy satisfecho.

—Supongo que habrá... necesitado, o sea...

—No, qué va. Se ha ido directamente a la biblioteca, aunque sin duda estaba muy excitado. Creo que estás resultando incluso mejor de lo que él pensaba.

—Gracias, supongo.

—El rey es muy... a veces... le van bien estas cosas, ¿sabes? Yo llevo años a su servicio y lo aprecio, porque es justo, aunque tuvo sus momentos oscuros, como todos los vampiros, supongo.

—Supongo.

Tomo el vestido dorado y ella escoge también ropa interior, que se limita a un escaso tanga de oro, tan estrecho que es como si no llevase nada.

Lo miro, dándole vueltas en la mano y ella se encoge de hombros.

—Siempre he pensado que son más incómodos que sexys, pero a lo que estés acostumbrada. O puedes ir sin nada, claro. El vestido no es transparente del todo.

—Mejor sin nada entonces.

—Perfecto. ¿Puedo ayudarte a vestirte?

—Eh... no sé. Nunca me ayudaron.

—Es mi trabajo, puede que piense que no te agrado...

—Entonces adelante, Tyler. Me agradas.

—Y tú a mí. Eres una persona agradable, normal, no como otras que pensaban que eran ya reinas. O estrellas de cine.

Me quito el albornoz y me quedo desnuda ante ella. En realidad, pocas veces he estado así ni siquiera delante de mis hermanas y ella toma el vestido dorado que se ata por detrás, como si fuera un delantal, pero con un intrincado nudo que empieza desde la nuca. El escote llega hasta el ombligo y mis pechos apenas se cubren. Ella me coloca bien el escote, rozándome y mis pezones responden a su suave roce. Sonríe y me coloca la parte de atrás. Creo que se ve el comienzo de mi culo. Ya me da igual. La falda cae hasta mis pies y lleva dos considerables rajas que llegan hasta mis caderas, mostrando el lateral de las piernas al caminar.

Saca unas sandalias doradas de una caja y me pide los pies, para atármelas. Me siento un poco cohibida, pero ella extiende las tiras hasta la pantorrilla y las acaricia, cuando ata el cierre. No, si al final voy a tener que probar algo distinto.

Después, me invita a sentarme para maquillarme. Echa algo de espuma en sus manos y arregla mi cabello. Luego, me da crema en la cara y saca un estuche de todo tipo de *make up* de una marca muy cara, eso seguro.

—Tus labios quedan muy bien en rojo. No voy a ponerte demasiado maquillada, solo algo de sombra dorada y máscara de pestañas. Creo que estarás mejor así. ¿Llevas perfume? Mira mi neceser y saca el spray con la mezcla venenosa, así que le paro las manos.

—Mejor el olor natural, ¿no crees?

—Tienes razón. ¿Por qué enmascarar a alguien que huele tan bien? Espera, me he pasado de carmín.

Se acerca a mí y sin que pueda esperarlo, pasa su lengua por mis labios, retirándome el exceso. Lo saborea en su boca y sé que me he humedecido.

—Si te apetece, en algún momento otra cosa, sabes que yo estaré encantada.

Toma mi mano y la pasa por debajo de su falda, hasta tocar su humedad. Luego la lleva a su boca y chupa mi dedo con una sensualidad que me ataca.

—De... acuerdo. Gracias.

—Estás más que lista. Vas a triunfar esta noche. Habrá más invitados, todas las noches los hay, pero tú serás la principal. Cuida con las mujeres, que siempre están deseando llevarse al rey a la cama. Otros querrán follarte, pero recuerda que estás para él. O sea, no pasaría nada si te fueses con otro, nadie te castigaría, pero seguramente no le agradaría.

—Gracias por el aviso.

Salimos de la habitación y bajo las escaleras despacio porque el tacón es alto y no estoy acostumbrada. La falda se abre y muestra las piernas. Veo abajo algún lico y más hombres que no me pierden de vista. Espero no tropezarme.

Las mujeres que hay están muy maquilladas y visten muy sexys, con muy poca ropa. Ellos llevan camisas abiertas y pantalones oscuros. Algunos, demasiado sueltos, porque veo pendular lo que les cuelga. Sonríó levemente mientras Tyler me acompaña, delante de todos ellos, hasta la mesa. Eugene está hablando, delante de la chimenea con dos vampiros más. Se vuelven y él me mira. Sus ojos se abren un poco más y, como lleva un pantalón bastante suelto, noto cierto movimiento. Luego mira a Tyler y asiente.

Algunos de ellos olisquean. Joder, con el puto olor. El rey se acerca y me trae una copa de champagne.

—No te ofrezco dulces porque creo que harías que todos se empalmasen.

Aguanto una risa y tomo la copa. Él me lleva hasta la ventana, desde donde se ve el jardín.

—¿No es precioso? Me encantará invitarte a dar un paseo.

—¿Con estas sandalias y por un jardín? No sé yo.

Se echa a reír y me besa la mano.

—Eres bastante única. No te preocupes, solucionaremos lo de las sandalias. ¿Cenamos?

Me acompaña hasta la sala contigua donde hay una mesa puesta como para unas veinte personas. Detrás de cada silla hay un empleado o empleada, que nos la retiran. Yo estoy a la derecha del rey y Tyler a mi lado. El resto se van distribuyendo. Cuando él se sienta, todos lo hacemos.

Enseguida traen los platos. El primero es una especie de crema verde con un montoncito de caviar negro en el medio. Miro al rey. Él tiene también una crema, pero roja y más líquida. Hace un gesto y todos comienzan a comer. Él me mira y tomo la cuchara.

La combinación de verduras y el caviar que explota en mi boca me hace cerrar los ojos. El vampiro que está enfrente de mí alarga ligeramente los colmillos.

—Es todo un espectáculo verte comer —dice el rey acariciando el dorso de mi mano—, los estás poniendo a todos durísimos.

—No puedo evitarlo. Antes no disfrutaba tanto de la comida. O es que lo que hay aquí es

especial.

—Puedo enviarte comida cada día de tu vida, si así lo deseas. Aunque sería una pena no verte disfrutar de ella.

Termino la crema y después traen un plato de ostras. No es lo que más me gusta y las miro con cierta repulsión.

—¿No te gustan? —pregunta Tyler.

—Bueno, las probé una vez y eso de comer... algo vivo, no sé.

—Haz un esfuerzo. Come una, con limón.

Cojo el medio limón y ella toma mi mano para dirigirme y echar solo unas gotitas, lo justo para que las ostras palpiten. Me armo de valor y tras ver cómo las toma Tyler, cojo una de ellas. Me la meto en la boca y siento su vida, así que la trago casi sin masticar. Mi acompañante se ríe y el rey hace un gesto y me retiran el plato. Se lo agradezco con una leve sonrisa.

—No todos tienen el estómago para comer algo vivo —dice el vampiro de enfrente, un hombre de unos cuarenta y muy atractivo, de cabello oscuro y bigote fino. No me gusta.

—Cierto. Prefiero la comida muerta y cocinada.

El rey me mira y se echa a reír, lo que hace que ese tipo suelte una pequeña sonrisa. Debe de ser un mandamás, porque Tyler me aprieta el muslo por un momento, a modo de advertencia.

Después de dos platos, deliciosos y cocinados, llega el postre. Son pequeñas tartas en miniatura, iguales que las grandes, pero del tamaño de una cucharita. Al traerlas, lo hacen bajo una cúpula plateada y al quitarla, algunos exclaman extasiados.

—Es un postre que no suele pedir el rey. Es en tu honor.

Miro al rey y le doy las gracias.

—¿Por cuál empiezo?

—A tu elección, querida.

Miro las seis tartitas con deseo. Empiezo por una dorada y como me da igual lo que piensen de mí, la cojo con la mano y me la meto entera a la boca. Está deliciosa. Chupo mis dedos y escucho jadear al rey. A estas alturas, imagino que no solo sus colmillos se habrán alargado.

Tomo otra, sin dejar de mirarle y sacó la lengua para atraparla. Esta vez sabe a fresas. Vuelvo a lamer mi dedo y él sonríe.

—Me castigas, muchacha perversa —susurra, aunque sin duda, los vampiros habrán escuchado.

La siguiente es de chocolate, pero al tomar el primer bocado, una gota se escapa. El rey se inclina hacia mí y yo me acerco. Sé lo que quiere. Pasa la lengua por ella y sus colmillos rozan mi rostro.

—Deberíamos ir a pasear porque esto se va a desmandar pronto.

Miro alrededor. Algunos hombres se han sacado su verga y andan moviéndosela de arriba abajo. Al fondo de la mesa, una mujer está sobre un hombre botando. Ni me había dado cuenta.

El rey se levanta y me ofrece su mano. Miro a Tyler que me guiña el ojo. Salimos a la terraza y me estremezco. Aunque él no tenga frío, yo sí. Hace un gesto y un empleado me acerca un abrigo de pelo natural. No soy partidaria de ello, pero ahora mismo estoy helada.

—En el laberinto se está mejor, ya verás. Tengo aguas termales.

Compruebo que el camino es más o menos liso, sin piedras ni nada que pueda incomodarme al caminar. Aun así, él me toma del brazo. El jardín está muy bien cuidado. Parece mentira que en plena ciudad exista un paraíso así.

—¿Llevas mucho tiempo en San Francisco?

—Demasiado. Cientos de años. Pero a veces encuentro alicientes, como tú.

Lo miro y admiro su cuerpo bajo la chaqueta de traje, sin camisa. Se vuelve hacia mí.

—Eres una mujer extraña. No he sabido identificar a qué... raza perteneces.

—Ni yo misma lo sé, majestad.

—Llámame Eugene, por favor. ¿No te ha probado ningún vampiro, quiero decir tu sangre? Solemos detectar los genes. Yo soy bueno en ello.

—No. Y la verdad, me da miedo que me muerdas. ¿Y si me... drenas?

—Oh, no te preocupes. No soy un vampiro joven, te confesaré que tengo más de dos mil años —dice como si fuera un secreto bien guardado—, no suelo dejar llevarme por impulsos de sangre. Sí de los sexuales, de eso no me privo.

Entramos en una zona más cálida. Las fuentes emiten un suave vapor y él abre la puerta de una cúpula de cristal, con una piscina redonda, hamacas para dos o tres personas y por supuesto, champagne y dulces.

También hay muchas flores, dispuestas con gusto y sin recargar.

—He preparado esto para ti, Holly. Pensé que te gustaría.

—Es lo más bonito que nadie ha hecho por mí —confieso. Me invita a sentarme en una hamaca y él lo hace a mis pies.

—¿Me permites descalzarte? Podríamos... bañarnos, si no tienes frío.

—No, la verdad, estoy empezando a tener calor.

Él sonríe y de una forma muy sensual, empieza a desatarme el nudo de las sandalias. Masajea mis piernas para retomar la circulación y también los dedos de mis pies. Me acomodo en la hamaca, disfrutando. No imaginé que pudiera ser tan tierno.

Se quita la americana y puedo observar de nuevo esa espalda perfecta, con músculos definidos. Es ancho de hombros y no tiene nada de vello. Su cintura se estrecha hasta su culo bien formado, uno de los mejores que jamás he visto. Paso la mano por su omoplato mientras él está jugando con mis pies. Noto una cicatriz. Es extraño.

—¿Y esto?

Se encoge de hombros.

—Cuando las cicatrices son anteriores a la conversión, suelen quedarse. Fui un esclavo en tiempos de los vikingos, me azotaban a menudo.

—Lo siento mucho —digo sin poder evitarlo. Él se vuelve y me mira, curioso.

—Es la primera vez que alguien me dice algo así.

Me coge tan rápido para sentarme en sus muslos que me mareo. Acaricia mi espalda y empieza a desabrochar los lazos.

—Te arrancaría el vestido y la ropa interior, pero sé que te gusta.

—No llevo ropa interior —digo mirándolo a los ojos. Su lengua acaricia los colmillos y ahora es su mano derecha la que investiga el interior de mi falda, buscando si es verdad o no. Abre los ojos, sorprendido y sonríe.

—Niña traviesa —Acaba arrancándome el vestido y me toma en brazos. Con la otra mano se deshace de sus pantalones, dejándolos hechos jirones—. No te preocupes, te compraré otro, pero no sé si el cortejo acabará pronto.

Me echo a reír, porque sí, he de reconocer que estoy muy caliente. Casi como el agua.

Me deposita con dulzura en un asiento de la piscina, de forma que solo está fuera parte de mi pecho y coge una pastilla de jabón. Se pone a mi lado y empieza a deslizarla por mis hombros, por mis brazos. Luego me mira y la pasa por mi pecho. Haciendo que este brinque y se endurezca. Baja el jabón por mi vientre, ya debajo del agua y llega hasta ahí abajo, donde frota la dura pastilla contra mi clítoris. Me arqueo y gimo, ocasión que aprovecha para atrapar mi boca.

Nunca he besado a un vampiro, pero desde luego, su lengua me hace cosas que jamás había sentido y sus colmillos rozan mis labios sensibles hasta hacerme jadear.

Baja por la barbilla, se entretiene un poco con mis pechos y deja de frotarme con el jabón, algo que me hace protestar. Él suelta una risita y sigue bajando por el vientre, ya debajo del agua.

—¡Te vas a ahogar! —digo y al escuchar reírse, recuerdo que ya está muerto.

Alcanza mi humedad y su lengua hace maravillas. Me recorre todo el interior, juega a penetrarme con ella, ayudándose de sus manos, masajea mi punto más sensible y empiezo a arquearme, mientras él aumenta su ritmo. El orgasmo me sorprende hasta a mí. Me dejo llevar, mientras él lame con avaricia todo lo que sale de mí. Cuando acabo, me dejo caer, algo laxa y él sale del agua, relamiéndose.

—Eres tan deliciosa que estaría degustándolo todo el día. No sé por qué.

Yo no le voy a decir nada, desde luego. Me saca del agua y me deposita en la hamaca. Enciende una estufa para que esté caliente aunque estoy segura de que mi temperatura ha subido unos grados.

Se echa a mi lado con su polla bien enhiesta. La miro dudosa. Wayne iba bien armado, pero este vampiro es impresionante.

—Tranquila, te cabrá —dice—, tienes una vagina ancha y larga. Mi dedo no llegó hasta el final.

—¿Quieres... comprobarlo?

—No sé. Tal vez otro día.

—Entonces, déjame probarla.

Me pongo de rodillas, y él me mira sorprendido. Deslizo mis labios por su erección. Está fría, como corresponde a un vampiro, pero bien dura. Él se deja llevar, sin perderme de vista. Muevo arriba y abajo, mientras mi lengua se desliza por la suavidad de su piel. Siento que vuelvo a ponerme húmeda y él olisquea. Sonríe. Aumento la velocidad, aprieto todo lo que puedo y lo veo gemir. Siempre he tenido mucha fuerza y me mira sorprendido. Se arquea, sus colmillos todavía se hacen mayores y entonces alcanza el orgasmo en mi boca, dejándome un sabor dulce, diferente. Lo chupo todo y él sigue durante varios minutos corriéndose, retorciéndose de placer, hasta que suspira.

Me toma en brazos y me besa, relamiéndose toda su eyaculación y dejándome sin palabras.

—Caramba —dice haciendo que me eche sobre él. Si le palpitara el corazón, seguro que iría a mil por hora.

Me coloca detrás de su polla, que vuelve a estar bien dura y empieza a frotarme contra ella, como si fuera un consolador.

—¿Por qué no la metes ya? —digo desesperada. Él se ríe y niega—¡Joder!

Muevo mis caderas, masturbándome con su dureza y yo me arqueo y me humedezco de nuevo hasta que estallo. Él lo hace, menos potente, pero también eyacula en su estómago.

—Por el primer día es suficiente.

Me aparta y me da la mano para meternos en la piscina y limpiarnos. Luego, me acerca un albornoz y él sale desnudo, por el jardín, conmigo en brazos. Vemos dos invitados en el laberinto, sin pantalones. El uno le está comiendo la polla al otro y al ver al rey, el primero se corre en su boca. El rey sonríe. Todavía vemos alguna pareja más y a una mujer, abierta de piernas, con dos hombres comiéndoselo.

—¿Siempre acaban así tus fiestas?

—No siempre. A veces follamos todos con todos. ¿Te gustaría?

—Nunca he... hecho eso.

—Si te apetece, lo probaremos, pero solo con los que tú elijas.

—Puede ser. Aunque vine para estar contigo.

—Y lo estarás. Estoy deseando metértela hasta el fondo, querida.

Mi vagina se contrae de placer y él sonríe. Me lleva hasta mi habitación y me deja en la cama, otra vez excitada. Lllaman a la puerta y entra Tyler.

—¿Todo bien? ¿Necesitas algo?

—Sí todo bien.

—Sigues excitada. En la mesita tienes consoladores. Creo que el rey no te ha penetrado, ¿es así?

—Sí. ¿Por qué?

—Te está cortejando. Pero si quieres, te ayudo.

En este momento ya me da todo igual. Ella me abre la bata y recorre mis pechos con su lengüecilla juguetona. Luego se levanta y toma un gran consolador, comparable al rey.

—Es un molde de la suya —dice ella pasándole la lengua—. Te servirá para acostumbrarte. Puedes llevártela. Suele regalarlas.

Se coloca encima de mí, acariciándome con el consolador. Joder, no sé qué me pasa, pero solo quiero hacerlo. Ella llega hasta mi clitoris y lo masajea, pero luego me atrapa con su boca y me hace volar. Va metiendo la polla despacito, moviéndola de delante atrás y aunque es cierto que es enorme, me voy adaptando. Su boca trabaja bien y aumenta el ritmo de las embestidas. No es como si alguien te follara, pero se parece mucho. Siento que me va a llegar el orgasmo y ella parece notarlo, porque aumenta el ritmo. Me muevo de forma salvaje y siento que ella se está corriendo también. La saca y empieza a explorar mi parte trasera. Doy un pequeño bote, pero es cuidadosa, y sigue lamiendo mi humedad. Poco a poco, la va introduciendo, despacito.

—¿Qué...?

—Al rey le encanta también. Solo estoy probando.

—Joder...

Pero no me quejo. Doblo las piernas y ella tiene mayor acceso. No la mete toda, pero consigue que vuelva a tener un orgasmo.

—Excelente —dice sacándola y dejándola a un lado.

Se marcha mirando de reojo a la pared, sin poder evitarlo. Sonrío. Es posible que haya estado espiando. Y si es así, seguramente se habrá tenido que tocar. Así, espantada y satisfecha, cierro los ojos. De ser una camarera de pueblo con escasas relaciones, acabo de tener la mejor noche de mi vida. Es algo que no podré contar a mis hermanas, desde luego. Cierro los ojos y me quedo dormida. Pero las pesadillas, que no saben de placer, me alcanzan.

Capítulo 6. En medio de una conspiración

Consigo abrir los ojos al medio día, cuando el sol está fuerte. Estoy tapada y me duele mucho la cabeza. Me siento un poco mal por la noche de ayer. Creo que no fui yo misma del todo. Es decir, soy más o menos abierta sexualmente, pero no tanto. De alguna forma, sé que borraron mis inhibiciones. Y eso me cabrea.

¿No se supone que lo que me dio la bruja me iba a ayudar? Me doy una ducha y llaman a la puerta. No contesto.

—Soy Tyler, ¿puedo pasar?

—No. Espera —digo enfadada. Utilizo el baño después de la ducha y me pongo unos pantalones y un jersey, con ropa interior normal, desde luego.

Me voy a la puerta y la abro. Ella lleva un carrito con comida y el rostro culpable. Me aparto para que pase. Tengo hambre.

Lo deja al lado de la mesa y me siento. Hay dulce y salado. Huevos revueltos, tostadas y también varias tartas a elegir. Me sirve el café y tomo un buen trago, aunque queuma.

—¿Estás... molesta?

La miro y sus ojos pálidos parecen atormentados, pero sí.

—Lo estoy. Me habéis manipulado.

—Solo fue un poco de... ayuda. Disfrutaste.

—Sí. Pero no me gusta sentirme engañada y... forzada.

—No fuerza, solo estimula. No es como una droga hipnótica de esas.

No le contesto y me limito a desayunar. Ella se queda de pie, callada. Supongo que sabe cómo hacerlo.

Tomo varios dulces y vuelve a servirme café.

—Supongo que el rey estará durmiendo.

—Sí, durante el día descansa.

—¿Y qué hay si me quiero ir ya?

Ella se sobresalta y se encoge de hombros.

—Podrías hacerlo, desde luego. Eres libre. Aunque a él le disgustaría.

Me levanto, sin saber qué hacer y salgo de la habitación, llevándome el móvil. Tal vez pueda preguntarle a Lisa.

Me tropiezo con alguien, antes de bajar las escaleras y él me toma de los brazos.

—No puedo creer que estés aquí —dice Bill. Bill Carter, el tipo que me dijo que no me fiera de los licos.

—¿Y tú qué haces? ¿Eres de su corte?

—No, soy un invitado. Como tú. Pero a ti te quiere para follar.

—Déjame en paz —digo bajando las escaleras. Me sigue.

—¿Dónde está esa chica que conocí en Eureka? Has cambiado —comenta como si le debiera algo.

—¿Pero a ti qué te importa? —repito un poco más alto y un sirviente nos mira. Sigo bajando y cojo un abrigo de los que hay en una percha para salir al jardín. El sol es pálido, pero no hace aire y se está bien. Envío un mensaje a Lisa, pero no puedo continuar porque Bill se sienta a mi lado, en las escaleras.

—Escucha, este no es un lugar fácil. Es muy peligroso.

—No jodas, pensé que estar rodeada de vampiros era como ir a una guardería.

—No te lo estás tomando en serio. Te avisé de los licántropos y tenía razón y ahora te aviso de los vampiros. En cuanto prueben tu sangre...

—¿Por qué me avisas? ¿Quién eres? —pregunto volviéndome con fiereza hacia él.

—Solo trato de protegerte —contesta rozando mi rostro. Me aparto, enfadada. No es que él me desagrade, es guapo, con un atractivo diría que algo anticuado, pero que me dejen en paz de una puta vez.

—No me ha quedado otra que venir. Y espero largarme hoy mismo.

—¿Pero te la ha... metido? Ya sabes.

—No —digo sonrojada.

—Entonces no dejará que te vayas. Los vampiros no son como los *licos* que marcan a sus mujeres, pero de alguna forma, quiere que seas suya. Vi cómo te miraba y te digo una cosa, que se haya encaprichado de una humana no les gusta a los ministros, como el que tenías enfrente.

—¿Estabas en la cena? No te vi.

—Al final de la mesa. Me oculté para que no me vieras. De verdad, Holly, no sé cómo te metes en tantos líos. Además, has cambiado. Te veo distinta, más... oscura.

Me sobresalto y lo miro de reojo, cuando Lisa me responde con un audio. Me levanto y me alejo de Bill.

Hola, niñita, veo que sigues viva. Bien, este es mi consejo. Si no has llegado a follar con el rey, no deberías irte porque posiblemente siga insistiendo y eso le pondrá de mal humor. Aguanta un día, creo que, por lo que me has contado y sé que hay más de lo que dices, lo tienes a punto de caramelo.

Me han manipulado, contesto.

De nuevo está grabando un audio.

A ver, hasta cierto punto era inevitable. Tenían que bajar tus barreras de alguna forma. Pero seguro que has estado consciente de todo lo que has hecho. Solo es como un punto para animarte a ello. Estoy más que convencida de que no tendrás un sexo así en tu vida. Y estás viva, no te han hecho ningún daño. En un día te lo tiras, él se queda tan contento y tú te irás con buenos regalos. Y... escucha, mantén los oídos abiertos, tal vez puedas cumplir esa misión que te dijo Ari. Por cierto, borra mis audios. Mándame otro mensaje esta noche. Besitos.

De acuerdo.

Borro todo y miro hacia atrás. Bill ya no está y Tyler se encuentra de pie, en las escaleras, esperando.

—¿Tienes un cigarrillo?

Sonríe un poquito, contenta de ser útil. Vuelve dentro y enseguida sale con la marca que suelo fumar. No sé ni cómo lo han averiguado. Me da el paquete y un mechero y se retira. Si es que me siento avergonzada de mirarle a la cara, por todo lo que pasó ayer.

Miro hacia el laberinto y veo la cúpula transparente. Joder, sí, disfruté mucho y era consciente. No recuerdo sentirme mal o mareada. Pero me fastidia.

Alguien del servicio me trae café y le doy las gracias. Es bueno, fuerte y oscuro.

—Lo siento si te he ofendido —dice Tyler acercándose despacio, cuando ya me he acabado el café—, pero para mí fue maravilloso.

Bufo, sin mirarla.

—Cumplías órdenes.

—El rey no obliga, solo sugiere.

—Lo dudo. Mira, para mí es difícil ni siquiera mirarte —digo sin volverme—, me siento mal. Yo no soy como fui ayer.

—Sé que... no. Pero como te he dicho, solo ha sido un desinhibidor. Es una sustancia sacada de la misma sangre del rey, que esparcimos para que la cena sea más divertida. No a todos les afecta, solo si de verdad tienen ganas de... ya sabes.

—O sea, ¿me quieres decir que es porque estaba caliente? —digo volviéndome enfadada. Noto que mis ojos quieren cambiar y me giro bruscamente.

—El rey es realmente atento y atractivo.

—Déjame sola, por favor.

Vuelvo a sentarme en las escaleras, con el café y enciendo otro cigarro. Escucho sus pasos alejarse. Puede que haya sido dura o poco amable, pero es que estoy desconcertada. No sé qué pensar de mí misma.

Dejo la taza y bajo las escaleras. No me apetece entrar en el laberinto porque volveré a recordar todo lo de ayer, así que me dirijo hacia un lado, donde hay parterres de rosas plantadas e incluso un pequeño bosque. Es increíble, en plena ciudad, encontrar un paraíso así.

Me apetece adentrarme en él y como veo que hay un sendero, lo sigo. Llevo mis botas y no tengo frío por el abrigo de piel. Hay una construcción, como una cabaña de madera. Seguro que es tan bonita como la cúpula. La rodeo por detrás, he visto un manzano y, antes de estirar la mano y coger una, oigo voces enfadadas. Prefiero que no me vean, así que me escondo tras una celosía con madreselva.

Las voces se acercan, una de ellas es gutural y diría que es un licántropo. La otra, apenas la escucho.

—Entonces, ¿esta noche? ¿Y también nos cargamos a la humana?

Alguien le contesta y el tipo ríe.

—Sí, yo también me la tiraré antes de destriparla. La reina se disgustará, porque según ella, lo amaba, pero cuando tenga las dos cortes a su disposición, ya se le pasará.

Me pongo las manos en la boca, para no decir nada y los escucho alejarse. Me asomo y veo a los dos hombres. El licántropo es grande y fornido y el otro es más delgado, pero no lo reconozco. Está tapado por unas ramas. Espero un tiempo prudencial y me echo a correr alejándome de allí. Las ramas me arañan la cara hasta que logro salir de la espesura. El edificio está lejos y tengo que llegar antes que esos dos, para avisar a Eugene. No es que sea mi rey, pero es mejor que otros, seguro.

Tyler me ve entrar y se preocupa.

—¿Qué te ha pasado?

—¿Puedo ver al rey?

—Está descansando, pero ¿qué ocurre?

—Solo se lo diré a él. Te juro que es importante.

Entramos y yo miro hacia atrás. Diría que del grupo de personas que están hablando en el jardín, hay uno que me mira fijamente, pero me meto dentro y Tyler me toma de la mano.

Los aposentos del rey están en la habitación más amplia de la casa. Hay dos camas redondas y otras cosas que ni me fijo. Él está dormido, desnudo y estirado en una de ellas. Dos guardias vampiros nos paran.

—Tiene que hablar con su majestad. Es importante.

Ellos se miran y dudan. Pero Eugene se despierta, olisqueando.

—¿Traéis el desayuno?

—No, majestad. Es Holly, parece asustada.

Se levanta con rapidez y me mira. Nota mis arañazos y pasa la lengua por ellos, degustando mi sangre y ronroneando por ello. Lo bueno es que se curan rápido. Tyler me quita el abrigo y él me hace sentarme.

—Creo que... había dos personas conspirando... —digo en voz baja.

Hace un gesto y hace que salgan los dos guardias.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Salí a pasear, por el bosque, y los escuché.

—Suelen conspirar contra mí a menudo. Cuéntame.

Le comento todo y así como Tyler parece aterrorizada, él está tan tranquilo.

—¿Podrías reconocerlos?

—No lo sé. Solo vi de espaldas al *licos*. El otro no lo parecía, aunque era alto también.

—Tyler, abre el panel.

Ella se acerca a un armario y lo abre, dejando ver al menos quince pantallas de vídeo. Se pone un batín y manipula el teclado.

—¿Ha sido ahora, no?

—Sí, yo diría que hace unos diez minutos.

—Veamos.

Me veo a mí misma entrando en el bosque. Bill parece seguirme. Pero también entran varios hombres, paseando.

—¿Quién es ese? —dice el rey señalando a Bill.

—William Carter, lo trajo Belinda.

—Lo conozco, Eugene, no creo que haya sido él. Fue una sorpresa verlo aquí, la verdad.

—Ya. ¿Y ese?

Veo a un licántropo fornido y con el pelo largo. Sí, creo que es él.

—Yo diría que sí, pero...

—Es el único *licos* tan alto que ha venido estos días. Si te parece que es él, es que lo es. Tyler.

Ella se va, no le hace falta saber más.

—¿Qué le va a pasar?

—Bueno, averiguaremos quién más está implicado y serán castigados. Han sido muy maleducados contigo.

—A ti es a quien querían matar —digo escandalizada. Él se encoge de hombros.

—¿Crees que no he sufrido atentados a lo largo de mis más de doscientos años de reinado? Muchos. Y aquí estoy. Gracias a personas como tú. Puedes pedirme lo que quieras.

—¿Podría irme...? sin consecuencias quiero decir.

—¿No te gustó la velada de anoche? Porque creo que gozaste de lo lindo.

—Sí, lo hice. Pero no era yo. Incluso con Tyler. Sé que lo viste.

—Oh, sí, tuve que llamar a dos muchachas para follármelas una tras otra, no se me bajaba. Fue excitante.

—Ya, bueno. Pues yo hoy no me siento bien.

—Los remordimientos de los humanos. Tenéis una vida ridículamente corta y la perdéis con absurdos prejuicios. Sí, puedes irte, aunque te penará no haber follado conmigo.

Parece disgustado así que me retiro a mi habitación. Me quedo sentada, sin saber que hacer. Voy hacia la ventana porque hay cierto lío. El licántropo se ha transformado y los humanos no pueden con él. Claro, hoy hace sol y los vampiros no pueden salir. Es un gran lobo oscuro con

enormes colmillos. Veo con incredulidad que el rey camina por la terraza. Su piel humea, pero lleva una lanza y se va a enfrentar al lobo. Por Dios, si va a morir.

Se agacha, como un guerrero y el lobo lo rodea, sin perderse de vista. Pensé que los vampiros se quemaban, tal vez él sea capaz de resistir algo más. El lobo ataca, directamente a su cuello y Eugene se mueve tan rápido que no lo veo hasta que está sentado sobre un lobo muerto, atravesado con la lanza en el cuello.

El lobo empieza a convertirse y Tyler corre hacia el rey, llevando una capa que le pone, incluida la capucha. El rey se vuelve hacia todos los que le están mirando. Es cierto que su mirada impone, o mejor, aterroriza. Y se mete, despacio, al interior.

Estoy temblando, no esperaba... esto. Al rato llega Tyler con una enorme maleta y empieza a meter todos los vestidos, abrigos y zapatos que tenía a mi disposición. Está callada y seria.

—¿El rey está bien?

—Un poco chamuscado, pero se recuperará pronto. Un coche te llevará donde le digas.

—Lo siento, supongo.

—No. Lo has salvado. Eso es lo más importante —dice ella emocionada.

Termina de recoger todo y yo meto mi neceser con mis cosas de aseo en él.

—No está mi colonia. ¿Sabes algo? —digo preocupada.

—Ni idea. Tal vez la robó alguien del servicio. No valdría mucho. Encargaré media docena de frascos. ¿De qué marca era?

—No importa. Vámonos.

Me voy preocupada. Espero que quien la haya cogido no la use, porque si es un vampiro... pero seguramente será alguna de las humanas que recogían la habitación. No quiero preocuparme. Solo salir de aquí.

Metan las maletas en un sub oscuro y Tyler se acerca a mí. No sé si quiere darme un abrazo. Yo tampoco me siento cómoda.

—Lo siento y gracias —dice y se marcha. Me subo al coche y le doy la dirección. Me voy con dos enormes maletas de ropa y con la sensación de que no será la última vez que los veo.

Capítulo 7. Visita indeseada

El chófer humano descarga las dos maletas y se ofrece a subirlas, pero no quiero que entre en mi humilde alojamiento, seguro que hasta él vive en un sitio mejor. Entro, arrastrando las dos y miro hacia las escaleras con fastidio. Me toca subir cuatro pisos arrastrándolas.

Alguien se acerca a mí por detrás y me giro, echando mano a mi bolsillo, aunque no llevo la navaja, claro. Él levanta las manos.

—¿Qué haces aquí?

—Si me dejas, ayudarte a subir las maletas. Parecen pesadas —contesta Bill.

—O tal vez darme una explicación.

—Puede —dice. Se encoge de hombros y coge las maletas, una con cada mano, como si estuvieran vacías. Empieza a subir y cuando reacciono, ya ha llegado al primer piso. Menos mal que no me puse tacones.

En minutos alcanzamos el piso cuarto y abro la puerta con la llave. Se vuelve hacia mí y deja las maletas en la puerta.

—¿Me dejarías pasar? Solo quiero hablar.

—Pasa.

Entro la primera y arrastro las maletas. Ni siquiera me van a caber todas las cosas en los armarios, así que las dejo dentro y las llevaré directamente a Eureka. Mis hermanas van a quedarse con la boca abierta.

Voy hacia la cocina y enchufo la cafetera, es una de las cosas que me encantó cuando entré. Escucho ruido y Lisa se asoma a la puerta, se queda mirando a Bill y luego frunce el ceño.

—¿Qué haces aquí, Bill?

—Joder, ¿os conocéis?

Ella se vuelve, sorprendida de verme y desvía la vista.

—Algo. De vista —dice ella.

—Poco —dice él.

—Mierda. Os podéis largar los dos. No estoy de humor para más mentiras.

—Yo quería hablar contigo y he venido antes.

Lisa lo mira enfadado y como si quisiera advertirle. Él se encoge de hombros y ella se marcha, taconeando con fuerza por el pasillo y las escaleras. Todavía llevo las dos tazas en la mano y Bill se acerca a tomar una. Se sienta en una de las sillas dando vueltas a la taza. La paro.

—No es un cóctel, vas a marearlo.

Él deja salir una leve sonrisa y me siento, agotada, delante de él. Esperando.

—Así que... salvaste al rey, eh... Podrías haberle pedido millones de dólares. Es algo muy importante, Holly. Pero tiene muchos espías y quien fuera, se habrá enterado de que tú los descubriste y te has puesto en peligro. Tal vez quieran venganza, sean los licántropos o quien los manda.

—Había otro hablando con él.

—¿Lo viste? —dice estirándose.

—No. Ni lo vi ni lo escuché.

Tomo un sorbo de café sin mirarlo. Él podría encajar en esa persona. ¿Y si ha venido a matarme? Me enfrentaré a él. Es obvio que tiene una fuerza extra, pero ahora que soy... otra cosa, tal vez pueda defenderme.

—¿Por qué has venido, Bill?

—Quería saber si estabas bien. Ayudarte a subir las maletas —dice estirando la comisura de los labios. Ese gesto me resulta familiar.

—Eso es pura mierda y lo sabes. Dime la verdad o vete. Estoy harta de conspiraciones, verdades a medias y tonterías varias.

—Está bien, si es lo que quieres, te lo diré. En tu vida anterior fuimos pareja. Amantes o como quieras decirlo.

Lo miro con los ojos abiertos y no es que él no sea atractivo, aunque es cierto que no es tan grande o exuda sexo. Pero no puedo evitar soltar una carcajada.

—De las cosas más absurdas que se te podían ocurrir, creo que esta se lleva la palma.

—Es cierto —dice ofendido—, aunque tu aspecto no era exactamente el mismo. Quiero protegerte.

Aprieta la taza nervioso y miro sus manos bien cuidadas, fuertes y de dedos largos. Vuelvo a mirarle a los ojos.

—Llevo años buscándote, Holly. Muchos. Esperando que volvieras a nacer.

—¿Y tú qué eres entonces? Desde luego un vampiro no.

—¡No!, por supuesto que no. Pero no puedo decírtelo.

—Vete a la mierda entonces. Lárgate. Yo no te recuerdo y si esperas que me someta o cualquier estupidez de esas, lo llevas claro.

—Si te besara, tal vez recordaría.

—Ni te acerques. ¿Y de qué conoces a Lisa? Ella es una cambiante.

—No puedo decírtelo.

Me levanto y abro la puerta.

—Vete. Si es que pensabas que con esto me quedaría tan contenta, es que no me conoces en absoluto.

Se levanta estirándose y sonrío un poco.

—En realidad, sí te conozco y sabía que esto sería difícil. Siempre has sido una mujer testaruda —Se pone delante de mí, muy cerca, de forma que puedo sentir su respiración—, y que conste que conozco muy bien cada centímetro de tu cuerpo, porque lo he adorado, besado, lamido y follado demasiadas veces.

Se va, dejándome revuelta y algo inquieta, por no decir excitada. Es como si me prometiera que iba a volver a hacerlo. Cierro la puerta con fuerza y me acabo el café. Al poco rato, no habrá pasado ni diez minutos, llaman a la puerta.

—Abre, Holly, soy yo, Lisa.

—No tengo ganas.

—Entonces entraré sin que me abras. Tengo noticias.

Debajo de la puerta hay una rendija tan estrecha que nadie diría que cabría algo, pero sí lo hace. Una serpiente naranja y negra y sé que son venenosas, se desliza. Me levanto, voy a la cocina y cojo un cuchillo, pero la serpiente, una vez pasa, se convierte en una Lisa desnuda, sonriendo, que abre la puerta, mostrándome su hermoso culo, coge su ropa y la vuelve a cerrar.

Todavía con el cuchillo en la mano, veo como se viste, despacio, mostrándome bien su cuerpo, como si eso pudiera asombrarme más que verla convertirse de serpiente a humana.

Coge una taza limpia, se pone un café y se sienta en la mesa, retirando la de Bill.

—Deberías dejar el cuchillo no te vayas a cortar —dice con media sonrisa.

Lo hago. Me pongo otro café y me siento enfrente. Estoy agotada.

—¿Qué te ha dicho Bill?

—Tonterías.

—Él... lo conocí hace tiempo, unos veinte años. Tiene el mismo aspecto que ahora.

—Se conservará bien.

—No, Holly. Él es siempre así. Pero hice un juramento y no puedo hablar del tema. O me quemaré viva. Cosas de secretos y maldiciones.

—¿Pero qué es?

Ella niega efusivamente con la cabeza y coge temblorosa la taza.

—Al menos, ¿crees que me hará daño?

—De eso sí te puedo afirmar que no. Él te buscaba, pero de verdad que no puedo decir nada. Solo... me sorprendí.

—Pues de maravilla. Ya no sé qué pensar de nadie.

—Es que todo es complicado, hay demasiadas cosas en juego.

—Como sé que no me vas a contar nada, ¿sabes algo de Ariadna y de mi hermana o mi madre?

—La fui a ver ayer —dice aliviada porque haya cambiado de tema—, insistió en que tu madre está en ese plano entre la vida y la muerte. Pienso que quizá sea un fantasma o algo, ¿sabes? O sea, es posible que te ronde o a tus hermanas porque te proteja. Lo siento.

—Siempre he creído que estaba muerta. Tuve un poco de esperanza, pero no sé. Es como si lo supiera.

—Tal vez sea así. En ti hay... cosas que desconocemos, ya sabes. Ni siquiera Ari sabe el alcance de tu reencarnación o de tu fortaleza. O si vas a despertar del todo.

Suspiro, tomando un sorbo. Poco me importa ser no sé qué o la hija de no se quién. Solo quiero encontrar a mi hermana y largarme de una vez.

—¿Y de Grace?

—Cree haber encontrado una pista álmica de ella. Un rastro, pero no te va a gustar —bufo, cabreada—, ella está... está con la manada de *licos* de la zona.

—¿Es una de ellas? ¿Un licántropo? ¿Cómo puede ser? Los licántropos nacen de otros y seguro que mi madre no lo era.

—¿Seguro? Eras pequeña cuando murió.

Me quedo mirándola con sospecha. No recuerdo si se lo he contado.

—En todo caso, no podrás sacarla de allí. Si pertenece a la manada, es imposible.

—Yo renuncié al alfa, es posible.

—Bueno tú técnicamente no eres un lico. Si ella lo es, será complicado.

—Entonces, ¿por qué me envió una postal para que viniera y a ese lugar?

—Tal vez ella suela frecuentarlo y quería conocerte, ver cómo eras y esas cosas, pero luego surgió lo del rey... no sé. Parece que llames a las complicaciones.

—O las complicaciones me llaman a mí. ¿Cómo puedo encontrarla?

—¿En serio? ¿Vas a ir a la manada? No puedes —dice con los ojos muy abiertos y haciendo aspavientos.

—Verás como sí puedo. ¿Quieres algo más? —contesto levantándome.

Ella lo hace también, muy digna y lleva la taza al fregadero, donde la limpia. Luego, me mira, moviendo la cabeza y se marcha.

Ahora solo tengo que averiguar dónde se reúne la manada de San Francisco y, claro, no es como ver a un *lico* por la calle y preguntarle, ¿dónde tienes tu guarida? Algo que conseguiría que me llevase a un rincón y me abriese las tripas con su garra. Los *licos* son muy territoriales y celosos de su lugar. No son como Wayne. Suspiro y llamo a mis hermanas, al menos, quiero saber que están bien.

—Café Rubens, ¿en qué puedo servirle? —contesta Mac con su dulce voz.

—Hola, cariño —digo. La oigo gritar a Birdie para que vaya.

—Holls, ¿estás bien? Estábamos preocupadas.

—Estoy bien. ¿Está Birdie escuchando?

—Sí, sí —dicen las dos a la vez.

—Creo que mamá definitivamente no está viva. Fui a una especie de... bruja, como una médium. Y aunque no creamos en estas cosas, ella sí es especial.

—Ah... bueno siempre pensamos que había fallecido —suspira Birdie.

—Sí. Tuve una ligera esperanza, pero bueno... En cuanto a Grace, según parece es algo así como un licántropo.

—¿Un qué? ¿En serio? —casi grita Mac. Pero no es de esos gritos buenos por los que te alegras por una buena noticia. Es algo con un tinte histérico.

—Voy a intentar averiguar dónde viven en San Francisco y acercarme. No sé.

—Espera, que le pregunto a Jace, está aquí tomando café.

—No...

Ni me da tiempo que Mac ya se ha ido con el teléfono y la escucho hablar.

—Oye, Jace, estoy hablando con Holls, dice que quiere localizar a la manada de San Francisco y que dónde puede hacerlo.

—Es peligroso acercarse a una manada sin ser invitado —dice él—. ¿Para qué quiere hacerlo?

—Nuestra supuesta cuarta hermana está con ellos. Vamos, hombre, nos debéis una.

—No es por eso, Mac. Es porque es peligroso. No debería acercarse a ellos. O sea, el alfa es legal, pero algunos de los suyos andan metidos en líos. Wayne me comentó algo.

—¿Cómo se llama el alfa? Tal vez pueda decir que va de tu parte.

Suspiro desde el otro lado del teléfono. Mac se ha vuelto muy decidida.

—No estoy cómodo con ello. Podría enviar a alguien a que ayudase a tu hermana.

Niego con la cabeza y como si me hubiera visto, Mac le dice que no.

—No, ella se arregla. Solo es una visita. ¿Es que los licos no reciben a gente?

—Sí, por supuesto. No somos asesinos —protesta él. Imagino su cara ofendida—. Está bien. Hay un rancho cerca de las colinas de Twin Peaks, su coto de caza y esparcimiento. El rancho se llama Aullidos.

—Qué nombre tan poco original —dice Mac riéndose.

—No te burles, niña —dice Jace molesto—. Que no vaya de noche y que pregunte por Jackson Wolf. Es mi primo y de él sí que me fío.

Las carcajadas de Mac seguro que cabrean a Jace y se habrá marchado del bar. Es tremenda.

—Lo has oído, ¿no?

—Sí, la verdad que son poco originales.

—Bueno, en serio, ten cuidado. No todos son como Wayne o su hermano, aunque se pique.

—¿Cómo está?

—Dice que avanza poco a poco, pero tiene para meses. Al menos está expulsando el veneno. No morirá, Holls.

—Me alegro por él. Tampoco es que merezca la muerte... a pesar de todo.

—Es un buen tío. Tal vez si algún día despierta pueda explicarlo —dice Birdie.

—En fin, chicas, me voy de excursión. No hay como tener contactos.

—Ten cuidado, de verdad. Lleva tus armas y sprays.

—Alguien me robó el spray cuando... bueno no tiene importancia.

—¿Cuándo qué?

Maldita sea, se me ha escapado. No quería contarles lo del vampiro o... lo otro. Sin duda, nada de Bill.

—Suéltalo, Holls, que te conocemos.

—Os contaré todo cuando vuelva, ahora no me siento con ganas. Os llamo por la noche. Besos.

—Pero...

Cuelgo antes de que puedan convencerme. Me pongo mis vaqueros, un jersey grueso de color marrón y las botas. Si voy a un rancho, mejor bien preparada. Cojo una cazadora y un gorro. Desde que me rapé el pelo siento escalofríos en la cabeza.

Salgo de la casa y veo que Lisa está en las escaleras de su piso, mirándome. Ni la saludo. Me acerco al coche y lo pongo en marcha. No está nevando, pero el cielo está plumizo y gris y hace mucho frío, más que ayer. Bien, vamos a ver a otros putos licántropos.

Capítulo 8. Rancho Aullidos

Pongo en el navegador del móvil el lugar y enseguida salen fotografías. Tipos grandes, fornidos y barbudos con camisas de cuadros y sombreros de vaqueros. Muevo la cabeza por no echarme a reír. Es que no podría ser más típico. Al menos Wayne no parecía un vaquero de los años sesenta.

Intento quitármelo de la cabeza. He de reconocer que mi corazón está dividido. Pensaba que estaba enamorada, tal vez sí. Pero luego ha resultado que ha hecho tantas cosas que me han dolido hasta lo más profundo, que... ¿cómo podría amarle? Por eso envolví todos mis sentimientos en un paquete y lo enterré muy dentro de mí.

Arranco y pongo el «cómo llegar», para que me vaya orientando. Me dirijo hacia la calle Geary y luego tomo varias, hasta que me encuentro en el Boulevard Twin Peaks. Puedo ver las onduladas colinas llenas de vegetación. Las edificaciones que se sitúan en Forest Hill, que es por donde me lleva el navegador, no tienen nada que ver con un rancho. Pero al final de una calle, veo un camino con un cartel donde se ve bien escrito «Rancho Aullidos», por lo que me meto por ahí. Está asfaltado y es ancho, como para que pasen camiones. Hay vallas de madera altas y algunos caballos pastan libremente alrededor del camino. Veo un jinete que cabalga paralelo y le saludo con la mano. No le debo parecer peligrosa, así que sigue su camino. A los minutos por el camino empinado, llego a una construcción estilo rancho rústico, la neblina oculta parte del exterior y noto la altura. El terreno sigue mucho más allá, pero entre el bosque de eucaliptos y la bruma apenas se ve.

Sí que hay unos establos bastante grandes, donde varios hombres están trabajando. Aparco en un lugar donde hay una camioneta, del estilo de la que suele llevar Wayne. Me bajo y observo la casa. Aunque es de piedra y madera, con vigas a la vista, no parece estar mal conservada. Se ve que tiene muchos años de antigüedad y los enormes ventanales que dejan ver el interior son nuevos. La madera no está tan oscura y desgastada.

Un amplio porche rodea la casa y hay unas sillas con mesita. No para este tiempo desde luego, con el frío y la humedad que hace.

Cierro la puerta del coche, haciendo ruido, para que me escuchen bien, aunque sin duda saben que he llegado. Camino, por el suelo de gravilla, hasta la entrada y antes de que suba la mano para llamar a la puerta, esta se abre.

Un hombre joven, aunque alto y de hombros anchos, me mira curioso.

—Hola. Me llamo Holly Rubens. ¿Podría hablar con Jackson Wolf?

—¿Quién coño eres tú? —dice el chico, un recién ascendido de adolescente. No tendrá más de dieciocho.

—Mark, no seas maleducado —dice un hombre impresionante acercándose por la terraza. Lleva la camisa un poco abierta, lo que me deja ver su pecho plano y velludo, sus hombros fuertes y anchos. Su rostro, barbudo, sonríe tenso. Lleva sombrero de tejano sobre su cabello castaño y tiene los ojos verdosos. Guapo a rabiar.

—Buenos días, busco a Jackson Wolf —repito porque me tiene atrapada.

—Y aquí lo tienes. ¿Puedo ofrecerte un café caliente? Pareces helada.

—Gracias, señor Wolf.

—Jackson. ¿Y tú eres?

—Holly Rubens —digo y él frunce el ceño y luego me olisquea.

—Pasa.

El chico maleducado se aparta casi con devoción y veo el parecido. Su hermano. Veo que Jackson deja una silla de montar en el porche que llevaba con una mano y entra en la casa tras de mí.

Es un sitio agradable, con la chimenea encendida, paredes de madera y muebles rústicos. Una alfombra desgastada delante de la chimenea y bajo un sofá de cuero envejecido dan la sensación de que el tiempo se detuvo hace cuarenta años, pero el ambiente es cálido y acogedor.

—Mark, haznos unos cafés calientes y trae las galletas de tía Enma.

El chico gruñe un poco, como humano, pero obedece.

—Siéntate, por favor —dice indicándome el sofá. Él se coloca en un sillón lateral, grande y que parece hecho a su medida—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Sabes quien soy —afirmo. Él asiente.

—Sí. La chica que marcó mi primo Wayne y que luego renunció. Supongo que... tus razones tendrías. No eres humana del todo.

—No lo soy. Y no te voy a explicar qué pasó. Tampoco es que me importe mucho lo que pienses de mí. —Él da un respingo y pienso que he sido maleducada—. Entiéndeme. Sé que automáticamente te posicionas con tu... primo, por lo que te diga lo que te diga, no va a hacerte cambiar de opinión.

—Eso es verdad. Pero sé que siguen debiéndoo algo. Así que te atenderé.

—Gracias, Jackson.

Su hermano vuelve con una cafetera, dos tazas sin plato y un bol con galletas que llevan pepitas de chocolate. Mi estómago ruge emocionado. Él sonríe. Sirve el café en las tazas y me ofrece a que coja una. La tomo y la rodeo con ambas manos, sintiendo el calor. Cierro los ojos, porque no me he quitado la cazadora y sigo helada.

—En tu pueblo no hace tanto frío, ¿no es así? —dice él mirándome fijamente.

—Es que aquí hay mucha humedad. Pero ya he entrado en calor.

Dejo la taza y me quito la cazadora y el gorro. Él se me queda mirando, sin decir nada.

—Puedo entender por qué a Wayne le gustabas tanto. Lástima que no seas una de nosotros.

—Gracias, supongo —digo nerviosa—. Verás, creo que mi hermana está aquí.

—¿Tu hermana? No entiendo. Aquí solo vive parte de la manada, unas veinte personas, pero son todas licántropos.

—Creo que mi hermana lo es.

—Eso no puede ser, no genéticamente, ¿sabes? No podéis compartir mismos padres siendo que tú no eres loba.

—Ya lo sé —digo con paciencia—, en realidad, no parece que ninguna de mis hermanas compartamos sangre, pero ella me escribió. Por eso vine a San Francisco.

—¿Cuántos años debería tener? —pregunta todavía incrédulo.

—Unos dieciocho. Quizá diecinueve.

—De esa edad solo está mi hermana Linda y una muchacha que llegó hace unos diez años, Caroline, tal vez sea ella.

—¿Podría... verlas?

—¿A las dos? Es absurdo. Le diré a Caroline que venga.

—Mark, llámala —dice con su voz ronca. El chico se va deprisa y vuelve con dos chicas que vienen de la mano. Al instante, sé que es ella.

Me levanto y voy hacia la muchacha. Ella sonríe, abre los brazos y yo me lanzo a ellos.

—¿De verdad eres tú? —digo emocionada. El alfa se levanta y nos mira.

—Linda, ¿qué significa esto?

Lo miro y ella suspira. La otra muchacha, la tal Caroline, se marcha dándole un apretón de manos a mi hermana. A Grace. A Linda. No entiendo nada.

—¿Nos sentamos? —dice ella tomándome de la mano. Se pone a mi lado en el sofá y Jackson la mira como si tuviera cuernos de vaca. Ella vuelve a darme un abrazo.

—¿Cómo puede ser? —pregunta Jackson mirándonos alternativamente. Es cierto que no me parezco nada a ella, porque es más como Birdie, de cabello castaño claro, ojos azul oscuro y el rostro suave y delicado. Parece mentira que por las noches trote a cuatro patas. Y no es porque la vea débil, al abrazarla la encontré fibrosa. Es algo más baja que yo y mucho más delgada.

—Es extraño, lo sé. Todo es por la madre de Holly.

—Como que la madre de Holly, ¿acaso no es la tuya?

—Sí y no. Nuestra madre licántropa murió hace unos meses, enfermedad natural, que fue cuando papá se retiró y dejó a Jackson al cargo de la manada. Él estaba muy triste. Mamá quería decirme algo antes de morir, para que supiera mi verdadero origen.

—Que es...

Se echa a reír.

—Decía que Claire Rubens era la mujer más impaciente y testaruda que había conocido, pero también inteligente y muy bella. Te pareces a ella.

—Pero si creo que no soy hija suya... me dijeron que...

—Siento que no sepas mucho de tu madre. Era muy amiga de la mía. Tanto que... la ayudó cuando mi madre deseó tener una niña. Después de cinco hijos, quería a toda costa una niña y tu madre, que era genetista, lo hizo posible.

—Entonces no es que seamos hermanas.

—En parte sí. Mi madre no podía engendrar hembras. Un defecto genético en sus óvulos. No me digas cómo, porque a esas explicaciones no llego. Quizá era algo mágico. Ni idea. Entonces... bueno, ella prestó parte de su ADN para poder manipular uno de sus óvulos, junto al espermatozoides de papá y crear un embrión viable.

Me quedo atónica. Sí, sé que mi madre era médico, pero esto me suena a.. película de serie B.

—Linda, ¿estás segura? —pregunta Jackson mirándola apurado.

—Mamá lo confesó unos días antes de morir. Quería que encontrase a mis hermanas, siempre eché de menos tener una hermana. Pero no quería que viniera directamente aquí, así que te envié una postal con el club al que suelo ir algunas noches.

—Ese club cutre —protesta Jackson. Ella se encoge de hombros.

—Pensé que era una buena forma de encontrarnos, y te vi cuando llegaste. Te pareces mucho a tu madre, tengo fotos de ella.

—Si es imposible, yo creo que no soy su hija. Mis hermanas y yo no somos genéticamente hermanas, ¿sabes?

—Tal vez sean ellas las que no son hijas de tu madre, Holly —dijo Linda. O Grace. Me quedo quieta, pensando y ella me toma de la mano—. Dame un momento.

Se va, deprisa y miro a Jackson que está tan pálido como yo, aunque ambos somos de piel olivácea.

—Yo no sabía nada de esto —dice con un punto de rabia.

Linda vuelve y trae varias fotografías. En ella veo a dos mujeres jóvenes, mi madre y entiendo que la suya. Y sí, me parezco. Un gusanillo de felicidad me recorre el cuerpo. Veo otras fotos y encuentro a Bill en una de ellas. Tal cual está y eso que mi madre podría tener unos dieciocho años.

—Eran amigas desde el colegio. Mi madre estudió para ser maestra y la tuya medicina, pero siguieron en contacto.

—¿Y este? —digo señalando a Bill.

—Ni idea, no los conozco a todos.

—Sigue contando, hermana —dice Jackson serio.

—El caso es que implantaron el embrión modificado en el vientre de mamá y fui viable. Tu madre siempre me llamaba Grace, mamá Linda. Me llamo Linda Grace, por supuesto. Fue mi madrina. El caso es que cuando tenía unos siete años, apareció por aquí, tenía muy mal aspecto, me dijo mamá. Yo apenas la recuerdo. Ella le dio dinero y lo que necesitó y volvió a irse. Mamá le preguntó que por qué había abandonado a sus hijas, pero ella dijo que se había marchado hacía años y que estarían mejor sin su presencia. Ya no volvió.

Me recuesto contra el sofá y ella no me suelta la mano.

—Cuando llegó aquí, si dices que tenías siete años, yo tenía... unos doce. Estuvo todo ese tiempo haciéndonos creer que había muerto.

—Creo que era para protegeros, pero no sé de qué o de quién. Mamá decía que jamás la había visto tan asustada y ella era una mujer valiente sin duda. Como tú. Porque presentarte en un rancho de licántropos, tiene mérito.

La miro y quiero sonreír, pero no puedo. Jackson me pone la taza de café en la mano y lo agradezco con una pequeña sonrisa. Tomo un sorbo, aunque está templado.

—No me esperaba esto —consigo decir—. Y... ¿por qué me has hecho venir? O sea, podrías habernos visitado en Eureka.

—Jackson no me deja salir. Estoy castigada por... algunas cosas. Me escapaba al Tropical alguna noche desde que te envié la postal, y rezaba por encontrarte, pero luego, el rey vampiro se encaprichó de ti. Y no sabía qué hacer. Lo siento mucho.

—Eugene —dice Jackson tomándome de los brazos y casi tirando la taza al suelo—. ¿Te hizo daño? Mató a uno de los míos en una fiesta. Acabaré por cargármelo, aunque dijera que le atacó.

Me pongo pálida. ¿Está Jackson en la conspiración?

—No, no me hizo... daño. Y yo vi cómo ese lobo atacaba. Lo acorralaron y el mismo rey salió a la luz del día para luchar con él.

—¿Me confirmas que fue un combate justo?

—Sí, de verdad que sí. De hecho, el rey estaba humeando, y bueno, lo mató.

—Sabes que Herman siempre se metía en problemas —dice Linda—, y de todas formas, ¿qué hacía en su nido? Nosotros nunca vamos allí.

—No tengo ni idea —dice Jackson molesto—. Os dejo que habléis como... hermanas.

Se levanta enfadado y se lleva a Marc. Imagino que pedirá explicaciones al grupo. Eso me hace pensar que tal vez él no sepa nada. Sería muy malo llevarlos a una guerra.

—Háblame de mis otras hermanas.

—Bueno, ya no sé si somos o no hermanas. Pero sí nos hemos criado como tales. Se llaman Birdie y Mackenzie. ¿Por qué me mandaste solo la postal a mí?

—Encargué a una persona que fuera a dejarla en tu balcón. Y solo recordaba tu nombre, la verdad. Además, eres la mayor.

—¿A quién?

—Uno de los que suelen trabajar en el rancho fue a Eureka, algo de una reparación de maquinaria. A veces lo hacen y sé que le gusto, así que fue fácil.

—Ya veo.

Recuerdo a los dos barbudos, uno fue muy maleducado, pero el otro parecía normal. Empiezo a contarle lo que ha sido nuestra vida, sobre tío Ben, sobre su muerte, aunque no le digo que fue Wayne. Hablo del carácter de mis hermanas y yo diría que por sus risas, se parece más a Mac que a Birdie. Disfrutamos de un rato hasta que se hace la hora de comer. Mark, que al parecer es un par de años menor, nos avisa.

—Ha dicho Jackson que mejor comáis en la salita de mamá las dos solas. Os han llevado allí la comida.

—Gracias, hermanito.

Él me mira serio y se marcha. Linda Grace me da la mano y vamos a una sala, donde han dejado una ensalada y un guiso que huele de maravilla. Me lleva al baño donde hago mis cosas y me lavo las manos y luego nos sentamos.

—Tu hermano parece muy serio.

—¿Mark? Es un poco creído, se transformó hace solo un par de años y como ha salido grande, se piensa que es lo más. Cosas de adolescentes.

—No —digo riéndome—, me refiero a Jackson.

—Es guapo, ¿verdad? Está soltero.

—¡Linda! No estoy por la labor.

—Y sin embargo él te ha mirado con ojitos. Lo sé.

—Por favor, estoy un poco harta de tíos que quieren dominarme y que haga lo que ellos desean.

—Mi hermano no es así. A ver, es el alfa y por tanto mandón. Pero es un hombre bueno. Aunque no todos lo respetan. Resulta que el hermano de mi padre tiene dos hijos, nuestros primos, que son mayores y creían que uno de ellos sería elegido. Pero mi padre lo tenía muy claro.

—¿Tienen que ver con ese tipo que murió en la fiesta?

—Sí, es uno de su... grupo. No son agradables, al contrario, son violentos, pero se deben a su alfa.

—Mira, Linda, al principio no estaba segura, pero si me dices que tu hermano no es parte de ellos... te diré que el que murió quería asesinar al rey de los vampiros y estoy segura de que a mí también, después de... violarme.

—¡Pero eso es horrible!

—Lo escuché por casualidad y solo avisé al rey para que se protegiera.

—¿Estás con él? —pregunta sorprendida.

—¡No! Él me... usó, bueno, no fue del todo sin consentimiento, pero ya sabes, eso que hace con sus hormonas.

—Ah, sí. Estuve cuando las lanzó. Salí pitando. Deberíamos decírselo a Jackson para que tome medidas.

—Es complicado de probar.

—Pero yo me lo creo. Sé que no mientes, lo huelo. Digamos que tu madre, que tenía algo de especial... me pasó alguna habilidad.

—¿Cómo cuál?

—Ella tenía sangre de bruja. Siento que te estés enterando de todo por mí. Tú también debes de serlo. Hay magia rezumando por tu piel. Tal vez por eso los sobrenaturales se sienten atraídos por ti. Lo que no sé es por qué no es tan claro. O sea, he visto a otras brujas y no son como tú. A ellas se les nota.

—Creo que hay un pozo profundo en mí al que no puedo llegar —digo suspirando—.

¿Crees que debo contárselo a Jackson?

—Sin duda. Si la facción de mi primo quiere la guerra, nos arrastraría a todos y muchos morirían. Si se corta de raíz, no ocurrirá. Tal vez hayas salvado a la ciudad, Holly. ¡Bien por ti!

Se va de la habitación, momento en el que aprovecho para terminar ese guiso tan delicioso y beber un buen vaso de agua. La niebla parece lamer el suelo y no se ve mucho más allá del bosque. Sin embargo, noto la amenaza de alguna forma y mi vello se ha puesto de punta.

Jackson llega y un hombre maduro retira los platos. Se sienta con nosotras, pero esperamos a que traigan unos cafés. Linda cierra la puerta de la habitación.

—¿Qué es eso que tienes que decirme? —pregunta él con la voz ronca. Sus ojos desconfían y lo entiendo. Soy una extraña que le va a decir que su primo está conspirando.

Le explico todo lo que sé y él no dice nada. Sin embargo, aprieta la taza y siento que va a partirla en pedazos. Linda se la quita de la mano y la toma. Él, por un momento, cuando le explico lo que querían... hacernos, torna sus ojos en amarillo. Luego, empieza a respirar más pausado.

—Esas acusaciones son muy graves, Holly, pero huelo la verdad en ti.

—Yo también —dice Linda—, creo que deberías convocar al consejo esta noche. Ella puede contarle y ver qué ocurre.

—Ah, no, no quiero meterme en cosas de licántropos.

—Ya estás metida. Te quedarás esta noche aquí y hablarás. Linda, ponla si quieres en tu habitación.

Sale, en una ráfaga de hormonas alteradas y Linda me da la mano, para animarme.

—¿Ves? Tenías que venir.

—Y me he metido en un lío de cojones —protesto. Ella se echa a reír.

—Ay... ojalá Jackson me deje ir a visitaros y pasar un tiempo con vosotras.

—Tío Ben te dejó una parte del restaurante —comento dudosa.

—No es que no la quiera, pero ¿para qué? Te firmaré un papel como que renuncio a mi herencia. A cambio de que pueda visitaros cuando me permita Jackson. Es muy protector.

—Claro, Linda. No tienes ni qué pensar que no. Pero no me siento cómoda hablando en... vuestra reunión.

—Eres un testigo, tienes que relatar cómo ocurrió y olerán la verdad en ti. De otro modo, Jackson no podrá acusarlos.

—No me van a creer.

—Por favor, es necesario.

Me levanto, echando de menos fumar un cigarrillo, pero recuerdo que Tyler me dio un paquete. Se lo enseño y me abre una puerta, para que salga al porche. Estoy sola, hace frío pero hay una silla con una mantita. Me enciendo uno y miro hacia el bosque. Dos tipos salen de él, con unas hachas. Uno es alto y delgado y el otro es más bajo y fornido. Me miran y se acercan despacio, quizá sorprendidos.

A tres metros de mí, se detienen y olisquean. El tipo delgado empieza a temblar y sé lo que sucede a continuación, que se convertirá en un puto lobo y que me comerá, como a caperucita.

Capítulo 9. Siempre en líos

El lobo salta hacia mí y, aunque como hombre es delgado, como lobo es ágil y grande. Me levanto, echándome hacia atrás, tropiezo con la manta y casi me caigo, si no fuera por alguien que me sostiene. Miro a Jackson que ya tiene los ojos completamente amarillos.

—Métete dentro —dice con esa voz ronca de alfa.

Me empuja hasta la puerta, pero me quedo ahí, paralizada. Dos lobos jóvenes salen de otra puerta, y me horrorizo. Oh, no, Mark y Linda.

El tipo fornido que acompaña al primer lobo se convierte y es mucho más grande que él.

Jackson salta y sus ropas se destrozan, dejándome ver su hermoso culo que al instante es algo negro y peludo, con rabo. Como lobo es enorme y suspiro aliviada al ver que es mayor que los otros dos. Para eso es el alfa. Pero los pequeños no lo son. ¿Es que no hay nadie más?

Jackson-lobo gruñe de forma aterradora, pero parece que no les importa. Los dos lobos más jóvenes se ponen a su lado y gruñen. Diría que el más pequeño es Linda.

El lobo delgado ataca a Jackson mientras el grande malo me ha mirado enseñándome los dientes. Mark-lobo se pone delante de él y el malo se lanza a su cuello pero Linda-lobo se sube encima y le muerde en la oreja, tirándola a varios metros. Corro hacia mi hermana, pero ella sacude la cabeza y vuelve al ataque. He de decir que es muy valiente. Pero yo me he quedado a mitad y entonces veo a otro lobo gruñir desde el bosque. Viene a toda velocidad y es grande, negro y furioso. Estoy más que jodida.

No puedo correr hacia la casa, pero veo un cobertizo abierto y se me ocurre que igual la puerta aguante, así que me meto y la cierro. Está lleno de aperos de granja, así que miro alrededor y encuentro una horca rota a la que le falta el palito del centro. La cojo con firmeza y espero. El lobo del bosque llega a la casa y se tira contra la puerta, pero la he atrancado. Podría hacerme lo mío encima. Estoy aterrada, pero sigo sujetando la horca como si no hubiera un mañana y es que tal vez no lo haya.

El lobo entra, atravesando la ventana y se golpea contra la pieza metálica de una excavadora. Queda un poco atontado y aprovecho para abrir la puerta y salir con mi horca.

Fuera, las cosas no van nada bien. Linda está desnuda y ensangrentada en un lado y el lobo delgado que combatía con Jackson también y ahora se enfrenta, herido al otro más grande. Mark está lamiendo la herida de su hermana y él parece no estar muy bien, aunque sigue como lobo.

El que me amenazaba a mí sale y se vuelve hacia el combate. Parece dudar de si matarme o ayudar a su amigo. Seguramente piense que soy una presa fácil, así que se lanza a por mí. Retrocedo, me caigo de culo y la horca se eleva, de forma, que, cuando el lobo salta a destrozar mi garganta se la clava en el pecho hasta el mango. La sangre me salpica y el tipo tiene la decencia de caer, ya en forma humana, a mi lado.

Jackson-lobo se ha vuelto, momento en el que el lobo grande aprovecha para morderle el cuello. El aullido me saca de mis casillas y a partir de entonces, yo qué sé que pasa.

Mis ojos se vuelven negros y me lanzo como una imbécil por la bestia más aterradora que he visto jamás. Él levanta la vista, deja el cuello de Jackson y me mira. Extiendo las manos, no sé por qué, y una onda de choque lo golpea, haciéndolo estallar en pedazos, que me cubren, otra vez, de sangre y vísceras.

Caigo de rodillas y me acerco gateando a Jackson, que está desnudo y ensangrentado. Pero vivo. Se sujeta el cuello y me mira con ¿miedo? ¿alivio?

Llega una camioneta con tres tipos y me vuelvo, no sé si preparada para volver a luchar o lo

que sea, pero ellos parecen de los buenos. Me apartan con suavidad y recogen a su alfa, a mi hermana y Mark, que cojea, se mete dentro, desnudo, dejándome sentada en el suelo, cubierta de sangre y con un buen dolor de cabeza.

Capítulo 10. De donde se van descubriendo cosas

El agua caliente hace que toda la mierda de restos humano-lobos caiga a la bañera. La última vez que me pasó algo similar fueron vampiros y Wayne se metió a la ducha, para ayudarme a limpiar. Y acabamos como acabamos.

Esta vez no ocurre, en parte porque mi cráneo tiene poco que agarrar, el cabello corto no esconde nada. Salgo de la ducha y me seco con una enorme toalla algo áspera. Cuando entro en la habitación de invitados, me han dejado un pantalón de deporte y una sudadera, con calcetines y deportivas. Sin ropa interior. Tal vez no tengan de mi talla. Supongo que bastante han hecho, empezando por no matarme. Menos mal que Mark se lo impidió. Bien por él.

Me visto y salgo al pasillo. Hay por lo menos cuatro lobos rondando por ahí y en el comedor unos diez más. Me miran recelosos y lo entiendo. No sé si han llegado a ver que hice explotar a un lobo. Aunque no tengo ni puta idea de cómo.

Voy a ver a mi hermana, la primera. Tiene una grave herida en el costado, pero está despierta y me tiende la mano, aunque creo que no les hace gracia que me acerque.

—Mark me ha contado. Es... impresionante.

—¿Cómo estás?

—Bah, son cuatro días de recuperación. Anda, ve a ver a Jackson y me dices cómo se encuentra. Estos no quieren contármelo.

—Puede que no me dejen entrar en su habitación, Linda.

—Sí. Seguro que te nombra miembro de la manada. Le has salvado la vida. A los tres.

Escucho algunos sonidos de sorpresa y noto que me miran de otra forma.

—Voy a intentarlo, niña cabezota.

Ella se ríe un poquito y luego en su rostro hay un gesto de dolor. Alzo los ojos. Sí, igual que Mac.

Salgo de la habitación. La de Jackson está dos puertas más allá. Los lobos hablan entre ellos, y me dejan pasar.

Tiene el cuello vendado y también parte del pecho. Está mal que lo piense, pero es realmente apetecible. Abre los ojos y olisquea. Logra sonreír y hace un gesto para que nos dejen solos.

—Me manda tu hermana para saber cómo estás.

—Mal —dice con una terrible voz. Puede que le haya afectado a las cuerdas vocales—, pero sobreviviré. Me habían dicho que se lo han comentado.

—Me da que es algo lianta —digo. Él hace un gesto y me pide que me siente a su lado, en la cama.

—Gracias, no sé cómo lo hiciste pero... acabaste con dos licántropos y bueno, es todo un mérito para ser... tú.

—¿Gracias? Creía que me iba a comer el tipo del cobertizo y fue casualidad que se lanzara cuando me caí de culo y se levantó la horca. Y lo otro... ni puta idea. ¿Eran de esa facción mala?

—Leí que el tipo delgado, Frank, te reconoció de la fiesta. Ató cabos. Él no es uno de mis primos, pero anda con él. Los tres eran de su cuadrilla, lo que me da derecho a abjurar de él y que se largue de la manada.

Me toma la mano y acaricia el dorso, mirándome con intensidad. Oh, no. No. No. Es demasiado guapo, pero no. Bajo la cabeza, pero no suelto su mano.

—Mañana me iré, ahora que sé que mi hermana está bien. Tal vez pueda venir a vernos,

pasar unos meses con nosotras, cuando se recupere. Me gustaría que le dieras permiso.

—No es que la tenga prisionera —dice tosiendo. Le acerco el agua y como no puede levantarse, me pongo de rodillas, le tomo de la cabeza y le ayudo a beber.

—Dios, cómo me gustaría besarte. No me extraña que Wayne te marcara. Tienes algo que...

—Oh, por favor. O sea, tienes un buen revolcón, Jackson, pero me voy a ir.

Dejo el vaso en la mesa y me siento unos centímetros más alejada de él. Sonríe.

—¿Así que tengo un buen revolcón? ¿Sabes que me recupero muy pronto, sobre todo si tengo sexo?

—Por favor, vale —pero sé que me ha excitado. Y él lo sabe. Lo huele. Joder con los putos lobos.

—¿Qué pasa con Linda?

—Mamá me dijo que era muy especial, que la vigilara de cerca. Que no saliera mucho del rancho, pero ella tiene un carácter particular. Os escuché. Entiendo ahora por qué.

—Cotilla —digo sin enfadarme.

—Es mi hermana, Holly. Mi deber es protegerla.

—Está bien, lo entiendo. Los alfa sois... haríais cualquier cosa por la manada.

—Está bien que lo entiendas. Me gustaría decirte que puedes unirte... me gustaría que...

—No, me iré mañana. Esta noche estoy muy cansada, pero a primera hora me voy a casa. Tengo que atender mis cosas, mi restaurante...

—Quizá vaya a verte.

—Tú verás, Jackson, aunque bueno, no sé qué pensará Wayne. Si es que alguna vez se pone bien.

—¿Sigues con él?

—No, para nada. Sabes que renuncié a su marca y a su manada. Hizo cosas que... no puedo soportar.

—¿Te forzó? —dice serio.

—No, no de esas cosas. Otras. No puedo contártelas.

—Está bien, descansa.

—Y tú.

—Puedes darme un beso para que me cure antes. Solo uno —dice mirándome travieso.

Si dijera que no lo deseo, mentiría como una bellaca, así que me vuelvo a sentar más cerca y me agacho hacia su rostro. Es realmente bello, más fino que Wayne. Y sus labios, aunque lleva abundante barba, son carnosos y delicados. Acerco mi cabeza, solo quiero darle un roce, un beso sin lengua, pero él agarra mi cabeza con su mano buena y me atrae, para atrapar mis labios, deslizar su lengua dentro de ellos y ponerme más húmeda que la niebla que nos rodea.

Su mano, ya segura de que no me escapo de su boca, baja por mi sudadera y se mete dentro, para agarrarme un pecho, que acaricia con suavidad, jugando con mi pezón erecto. Jadeo en su boca y él gruñe ronco, profundizando en el beso, hasta que la cordura vuelve a mi cabeza y me aparto. Él sonríe mientras bajo la sábana se ha formado una bonita tienda de campaña.

—¡Estás malherido! —grito señalando su erección. Él sonríe y tiene la decencia de doblar las rodillas.

—Me encuentro mucho mejor ahora. Eres como una medicina.

—Me voy a dormir.

—Sueña conmigo. Te oiré suspirar cuando te toques esta noche.

—No pienso hacerlo, lobo... estúpido. Eres... como todos.

Pasa su mano por detrás de la cabeza, mostrándome esos músculos bien formados de su brazo y el pectoral que se hincha. Me doy media vuelta y salgo mientras se le escapa una risita.

Ya no hay nadie en el pasillo, así que me voy a la cama. Me han dejado un vaso de leche y galletas. Miro el móvil. Lisa me ha enviado un mensaje.

¿Estás bien? He oído que ha habido jaleo.

Estoy bien. Siempre te enteras de todo, por lo que veo. Mañana me vuelvo para mi casa.

Por favor, Ariadna quiere hablar contigo.

¿Sabes qué? Paso de todo. Ni siquiera quiero verte. Olvida que me has conocido.

Qué dramática.

Sé que una media sonrisa habrá alcanzado su boca.

Que te den, Lisa. Adiós.

Tienes mi teléfono. Llámame cuando empiecen a pasarte cosas extrañas.

No contesto. Dejo el móvil boca abajo y me siento para tomarme la leche y las galletas. Me sientan bien. No sé por qué en casos así me entra más hambre. Voy al baño, me lavo los dientes con un cepillo nuevo que me han dejado y me acuesto. Como no tengo camisón, lo hago desnuda. Todavía voy caliente por ese perro, pero no le voy a dar el gusto de escucharme suspirar o de oler mi... humedad.

Me giro en la cama y doy dos o tres vueltas. Joder, es que el beso ha sido.. ha sido... muy caliente.

Estoy dormida cuando alguien posa una mano sobre mis labios, para luego atraparlos.

Me aparto.

—Jackson ¿qué coño haces? Estás malherido.

—No dejes de pensar en follarte, Holly, aunque esté feo. Y sé que tú me deseas.

—Pero que has estado a punto de morir, joder.

—Estoy mejor.

Lo miro y como está desnudo, veo que sí está muy bien.

—Déjame hacerte el amor, no somos parientes ni nada. Y no te voy a marcar. Solo disfrutemos.

Casi me tiene convencida y siento la palpitación de mis partes bajas. Joder, no se puede estar tan bueno. Se mete en la cama y comprueba con un suspiro y un gruñido bajo que estoy desnuda, así que aprovecha para deslizar su mano por mi cuerpo, haciendo que vea estrellitas.

—Al menos échate, me pondré encima, así no haces esfuerzos —digo mirando su apósito.

—Encantado. Me gustan las mujeres que llevan la iniciativa.

Bufo, pero él se acomoda en el medio de la cama y yo me siento a horcajadas en su vientre plano, sintiendo su erección en mi culo, que golpea, llamando a la puerta.

Lo beso y joder, si sabe besar el tipo. Su lengua recorre mi interior, mientras acaricia mis pechos con gran dedicación y su enorme mano. Luego, me sube un poco y baja mi torso para tenerlos a mano.

Mordisquea mi pezón, lo que me hace gemir de placer. Y se dedica por un rato a ellos, pero yo me bajo, para ponerme encima de su polla, frotándome para darme placer. Él gruñe un poquito, me levanta y la saca hacia arriba, sobre su abdomen plano. Así es más cómodo. Me levanto un poco, mientras me toma de las caderas.

—Joder, la voy a meter ya —digo sofocada. Él asiente. Tiene tantas ganas como yo.

Me incorporo un poco, porque la tiene grande de narices y luego me siento sobre ella. Mi vagina aplaude al recibir esa grandeza dura y tiesa. Creo que jamás volveré a hacer el amor con ningún humano normal. Me dejo caer y él comienza a poner los ojos amarillos, los cierra y le tomo de la barbilla, para besarle.

—No eres el primer lobo, no te cortes.

Empiezo a mover mis caderas, aceptando su extensión y él me ayuda, subiéndome y bajando un poco. Se desliza por mi humedad como un tornillo engrasado y gimo, mientras siento que el orgasmo me va a llegar. Me dejo llevar y él aguanta, todavía. Entonces, me saca y me pone a cuatro patas, al parecer, la postura del perrito es la que más le gusta a los lobos.

Me vuelve a meter su polla y ¡Dios!, casi aplaudo. Se mueve deprisa, medio echado sobre mí, tocándome por todas partes, hasta que no puedo aguantar más, y me dejo llevar con un orgasmo, largo y húmedo. Él acaba también dentro de mí y se retira. Se echa a mi lado, sonriendo.

—Eres una delicia, Holly, te lo juro que me he tenido que retener para no marcarte. Joder, entiendo a Wayne, de verdad.

Me echo sobre su pecho y veo que su herida sangra.

—Joder, Jackson, se te ha abierto.

Se echa la mano y se quita el apósito. Lleva una terrible marca de un mordisco que me da escalofríos. Algunos puntos sangran, pero no parece nada grave.

—Te dije que el sexo nos recupera.

—Voy a por una toalla para limpiarte.

Me levanto, voy al baño y tomo la toalla de manos, no se me ocurre otra cosa. La humedezco y limpio su cuello con mucho cuidado. Es cierto, solo ha saltado un punto, pero parece estar bien.

—¿Puedo dormir contigo?

—No sé qué pensará nuestra... hermana.

—A esas horas ya sabrá lo que ha pasado. No hay mucha privacidad aquí. Es tarde.

—Supongo que es tu casa y puedes hacer lo que quieras.

Voy al baño, para lavarme un poco y me acuesto junto a él. Es cálido y en la casa hace frío. Me duermo apoyada en su pecho y no me despierto hasta que noto que alguien está lamiendo mis partes más bajas.

El lobo está buceando entre mis piernas.

—Oye...

—Estabas gimiendo —dice levantando la cabeza y asomándola por debajo de la sábana—, supuse que por mí.

—Déjame ver tu herida.

Se gira y veo los puntos que están casi bien. Me mira travieso y vuelve a su trabajo, que hace que me arquee, maldita sea.

Luego sube hasta colocarse sobre mí, sin aplastarme y viene a darme un beso. Dudo.

—Deja mostrarte lo bien que sabes —dice besándome y un sabor dulce, especiado y delicado entra en mi boca. Él se pone frenético y se introduce en mí de golpe, lo que me lleva a un orgasmo directo. Lo veo apartar la cara, que está temblando.

—No, no —digo, pero no puedo moverme. Sé qué va a pasar.

Me mira y con gran fuerza de voluntad, saca su polla y se corre a mi lado, dejando que una espesa cantidad de semen manche la sábana.

—Joder... mierda... lo siento.

—Casi me... marcas, ¿verdad?

Se pone de lado y tapa con la sábana su semilla de alfa.

—Ya te lo he dicho. No sé qué tienes.

Se levanta, avergonzado y me voy para la ducha. Cuando salgo, ni está ni él, ni las sábanas.

Capítulo 11. Vuelta a San Francisco

El desayuno es muy abundante, como corresponde a seres enormes, que se transforman en lobos gigantes. Mark y Linda ya se encuentran recuperados y comen sin mirarme mal. Hay otros dos lobos que también desayunan en silencio hasta que llega Jackson. Se sienta a mi lado y me mira, nervioso. Yo sigo con mi tostada y el café.

Los dos lobos se van y sus hermanos también. Él se sirve un café solo y coge un bollo.

—¿Cómo llevas la herida?

Está sentado al otro lado y no logro verla. Se vuelve y con ello, se acerca un poco a mi cara. Huelo su colonia, o serán sus feromonas.

—No hagas eso —dice volviendo a su sitio.

—No haga qué.

—Excitarte. Sé que estoy muy bueno, pero casi... Lo siento, Holly. No pude parar.

—Paraste en el momento adecuado, es lo importante. Tampoco es que me hubieras preñado, ¿sabes?

—Ya. Pero no es justo.

—Bien por ti —digo dándole un mordisco a mi tostada. Wayne no tuvo problema en hacerlo sin permiso.

—Entonces, ¿no puedes quedarte unos días, o unos meses? —dice sonriendo. No puedo evitar echarme a reír y niego con la cabeza.

—Acabarías haciéndolo, y esta no es mi casa. Tengo que volver. Y bueno... esto es solo atracción física, reconócelo.

—Podríamos llegar a amarnos. Me gusta tu carácter tan... independiente. Serías una buena reina.

—No tendrías cachorritos.

—Pero tengo más hermanos.

—Basta, Jackson. Ya me hicieron esa proposición una vez y entonces sí que estaba enamorada. O eso creo. No somos pareja, no nos queremos, solo...

—Follamos bien —dice en mi oído y me da un escalofrío—. ¿Ves? Eres una gran compañera para jugar en la cama.

—Está bien. Me voy. Ha sido... todo un placer.

Me levanto y él hace lo mismo, tomándose de la cintura y dándome un beso con sabor a café y a deseo. Lo aparto con suavidad.

—Tengo que despedirme de mi hermana. Gracias por todo.

—No, gracias a ti. Nos salvaste y jamás lo olvidaremos. Si alguna vez estás en apuros, que probablemente así sea, puedes venir, también tus hermanas. Mientras yo sea el alfa, sois bienvenidas a la manada.

—Es un honor.

Salgo de casa hacia el porche. Alguien ha lavado mi ropa y está en una bolsa. La cojo. Mi hermana está esperándome.

—Así que... vaya. Jackson está muy recuperado.

—Siento si... te ha molestado.

—¿Por qué me iba a molestar? Me encantaría que te quedaras con él, aunque sé que no es posible.

—¿Por eso estabas seria?

—Sí. Me hubiera gustado que te quedases algún día más. He hablado con mi hermano y dice que en un mes o así puedo ir a visitarlos. Tal vez me lleve él —dice con una sonrisa pícaro.

Alzo los ojos y asiento. Si viene él, bueno... no sé. La abrazo con ganas y nos hacemos una foto para enseñársela a mis hermanas. A nuestras hermanas.

—Me apetece mucho que las conozcas, Linda Grace Wolf. Te esperamos pronto.

—Toma —dice dándome un papel—, es mi renuncia ante notario de la herencia de mamá. Me parece que no es justo que tenga una participación y, de todas formas, mi hermano tiene dinero de sobra. Tengo una buena asignación.

—Gracias —digo sorprendida—. Prométeme que vendrás pronto.

—Sí, lo haré. Te lo prometo. Ahora las cosas se van a poner algo complicadas, hay un consejo de lobos, van a desterrar a nuestro primo Joe.. no sé. Jackson va a tener dificultades, por suerte, está mucho mejor.

—No hace falta que testifique, entonces.

—No. Mark estaba allí. Lo vio todo, aunque será difícil de explicar por qué un tipo de casi dos metros explotó. Puede que digamos que tenías un arma de plata o algo así. Tú no te preocupes. Aunque deberías averiguar por qué te pasan esas cosas tan raras.

—Como si convertirse en lobo no fuera raro —digo con una sonrisa. Ella suelta una carcajada.

—Ahí te doy la razón. Me ha encantado conocerte, Holly.

Nos volvemos a abrazar y me monto en mi viejo coche. Creo recordar por dónde llegar al hostel, así que, aunque me pierdo por una calle, acabo por encontrar el camino adecuado. Espero que Lisa no esté, porque no me apetece verla.

Entro en la recepción y voy a pagar la estancia, pero alguien la ha pagado por mí, aunque la señora no me dice quién. Bueno, no voy a protestar, mi economía no es tan solvente como para no aceptar un regalo.

Subo a mi habitación, mirando de reojo el piso tres, pero Lisa no está. Recojo todo y tengo que hacer dos viajes para llevarme todo. Porque por supuesto que me lo llevo. Me lo merezco.

Con dificultad, meto todo en el capó y miro alrededor.

—San Francisco, que te den —dijo en voz baja.

Bill se acerca desde la calle, caminando y me ve.

—¿Te vas? —dice olisqueándome con disgusto.

—Me voy de esta puta ciudad y me alejo de cantidad de gente que me cae mal.

—¿Cómo yo?

—Es posible.

—Lo siento, Holly, pero seguiré intentándolo. Al final te acabarás acordando de que me amabas y dejarás de acostarte con esos licántropos a los que vuelves loco. No estás hecha para ellos.

—¿Y para ti sí?

—Por supuesto. Soy tu par.

—Mira, Bill, déjalo. Déjame en paz y no te acerques a mí, ¿vale? Y si eso que dices que soy una reencarnación de tu amante o lo que sea, hazme un favor. Espera a que la palme y lo intentas con la siguiente.

Me meto en el coche y lo dejo con la boca abierta. Salgo de la ciudad, que sí, es todo lo bonita que quieras y ha tenido cosas muy buenas, como conocer a mi hermana y de alguna forma, descubrir lo que, según ellas, soy, aunque sigo teniendo dudas. Pero las cosas malas tienen más peso.

Paro en un semáforo y me enciendo un cigarro. Continúo el viaje, poniendo un antiguo CD de música en mi viejo reproductor, de Shania Twain con la canción «Man i feel like a woman» y la canto a voz en grito mientras enfilo mi coche por la US-101 North.

Lo mejor de ser mujer

The best thing about being a woman

Es la prerrogativa de divertirse un poco y

Is the prerogative to have a little fun and

Oh, oh, oh, volverse totalmente loca, olvida que soy una dama

Oh, oh, oh, go totally crazy, forget I'm a lady

Voy a usar camisa de hombre y mini falda

Men's shirts, short skirts

Oh, oh, oh, realmente ser salvaje, sí, haciéndolo con estilo

Oh, oh, oh, really go wild, yeah, doin' it in style

Oh, oh, oh, entrar en acción, sentir la atracción

Oh, oh, oh, get in the action, feel the attraction

Colorear mi cabello, hacer lo que me dé la gana

Color my hair, do what I dare

Oh, oh, oh, quiero ser libre, sí, para sentir como me siento

Oh, oh, oh, I wanna be free, yeah, to feel the way I feel

¡Hombre!, me siento como una mujer

Man! I feel like a woman

A partir de ahora, se acabó de liarse con licántropos, por muy bien que lo hagan, o con otros seres sobrenaturales. Se acabó de meterme en líos, de acudir a ayudar o meterme en medio de peleas. Estoy fuera de brujerías o mierdas de esas, no quiero saber nada de nada.

Paro en una gasolinera y me cojo una lata de coca-cola cuando pago. Dos tipos rubios, como nórdicos, me miran curiosos. Me largo lo más rápido posible. Huelen a lo que sea, pero no a humanos. No sé por qué motivo soy capaz de detectarlos.

Salgo deprisa y por fin llego a Eureka. Aparco en casa y sin sacar las maletas, entro y por fin me pongo mi propia ropa para ir a ver a mis hermanas. Casi son las seis, así que incluso llego a ayudarles con las cenas.

Cuando entro en el restaurante, Birdie me ve y se lanza a mis brazos, casi llorando. Mac se acerca y también me abraza. Cuánto me alegro de verlas. Me cogen de la mano y vamos hacia la barra. Jace está allí, tomándose un café. Me mira, casi sonriendo, pero se le congela la sonrisa cuando me huele. Me encojo de hombros y entro a la cocina.

—Linda Grace es monísima, tienes que contarnos todo.

—Os prometo que os diré al detalle. Ahora estoy algo hambrienta. ¿Podéis dar de comer a vuestra hermana?

—Claro que sí. Ha sobrado chili con carne y te hago una ensalada —dice Birdie. Winnie entra para saludar y vuelve a salir.

—¿Por aquí todo bien?

Ellas se miran y se encogen de hombros. Mac suelta una risita.

Oh, oh.

Capítulo 12. Cuando piensas que todo va a ir bien, va alguien y lo j... lo fastidia

Termino de comer mientras mis hermanas recogen todo. Jace se ha ido, mirándome con no muy buena cara. Me da igual. O qué se pensaba. La gente va desapareciendo del restaurante, es la hora de irse a casa, a comprar o recoger a los niños de las actividades deportivas. Para nosotras, la hora feliz porque nos solemos quedar solas. Es cuando aprovechamos para descansar, ir a dar una vuelta, o hablar, por supuesto.

Me siento en una de las mesas con un café y un trozo de tarta, esta sí que es buena y enseguida acuden las dos, que se ponen frente a mí. Están nerviosas y no sé si es bueno o es malo.

—¿Qué ha pasado? Vamos.

—Estás muy cambiada —dice Birdie señalando mi pelo—, te noto algo distinto, no sé, tu aura.

Levanto una ceja. ¿De verdad?

Ellas se ríen y se toman de la mano.

—Mira, sé que te resultará extraño, pero, y antes de que te pongas nerviosa, te diré que estamos muy emocionadas y convencidas.

—Mira, Birdie, como no empieces a hablar, tú o esta hadita, me voy a cabrear.

—Vale. Bueno, además de hada, somos algo más. ¿Recuerdas esa serie antigua que veíamos en el cable, una que se llamaba Embrujadas? ¿Sí?

—Sí, una estupidez —digo pensando que en realidad, no sabíamos cuánto de real podría ser el tema de brujería o ¿demonios? Por dios, que no existan. Las miro con paciencia infinita a punto de agotarse.

—Verás, es que nosotras somos brujas. O sea, Mac y yo. Y seguramente tú lo seas.

Achico los ojos y me pongo seria.

—¿Quién os ha metido esa mierda en la cabeza? No lo sabemos.

—Que sí —dice Birdie. Es la más emocionada, pensando que no tenía nada y ahora sí. Se lo leo en la cara sin necesidad de ser telépata.

—A ver, ¿de dónde habéis sacado eso?

—Mira, vino un día una mujer al restaurante —empieza Mac—, creo que fue hace dos días o así. Se quedó atónita, según dijo, al leer nuestras auras. Dijo que eran brillantes, la mía dorada que significa ser una sanadora y la de Birdie, violeta, que significa poderes espirituales. Preguntó que si éramos tres hermanas.

—Eso lo sabe cualquiera. Y de hecho, somos cuatro.

—Pero Linda no cuenta porque no vive aquí y solo es un poco hermana. Dijo que las tres juntas tendríamos mucho poder.

—¿Y cuánto os cobró?

Ellas dan un respingo y se miran.

—Para ser parte del aquelarre de la ciudad, que no sabíamos que existía, hay que pagar una cuota, claro, con algo tienen que mantener la tienda, los suministros. Mira nos han regalado este collar de protección —dice Birdie mostrando un colgante negro. Mac muestra el suyo.

—¿Os habéis quitado el de mamá?

—No, no, está más largo —contestan sacándolo—. Y hemos ido a la primera reunión. Ha

sido alucinante. Son todas chicas de Eureka. Y la Dama Blanca es la dueña de la tienda Mystic Grove, se llama Artemisa, bueno no es su nombre real, pero es el nombre espiritual.

—¿Qué cuota? —insisto.

—Cien dólares.. nos ha hecho descuento por ir dos.

—¿Cien al mes? ¿Estáis locas? Como si fuésemos bien de dinero.

—Haremos un ritual de abundancia y un hechizo especial para tener más clientes.

—Si tenemos más clientes no vamos a poder atenderlos.

—Ahora que has vuelto, sí. De hecho, quiere conocerte. Dice que siente la energía que tienes.

—Y eso, ¿cómo lo sabe?

—La llevamos a casa. Ella lo sintió.

—¿Estuvisteis en mi casa con una extraña? —grito.

—No la dejamos sola —se defiende Mac.

—Bueno, y tu tutora hada qué dice.

—No está en contra de la brujería, dice que debo encontrar mi propio camino. Aunque hadas y brujas sean enemigas. De hecho, las hadas a veces practican la magia. Es que... no... no he conseguido pasar las pruebas que me puso. Tal vez no soy tan... hada, porque soy medio bruja.

—Las hadas y las brujas son enemigas, o eso he oído.

—Ah, bueno, en realidad Artemisa es Wiccana. No practica la brujería que dice que hay por ahí. Todo es puro y blanco. Por favor, ¿podrías venir?

—Oh, sí, claro que iré. Esta misma noche.

Me levanto y las miro. Vaya par de ingenuas. Iré esta noche y le cantaré las cuarenta a esa tal Artemisa. Salgo del restaurante y voy para casa, tengo que subir las maletas y recoger las cosas que ni siquiera abrí en San Francisco. Aunque esos vestidos, en la ciudad, de poco me servirán. Creo que los pondré a la venta por alguna de esas aplicaciones.

Llego al coche y veo a un licántropo apoyado. Jace. Lo miro con mala cara y abro el capó para sacar dos maletas.

—Hueles a vampiro y a licántropo. ¿Te vas acostando con todos o qué?

—No seas gilipollas o te mandaré a la mierda muy rápido. Soy una mujer libre y lo sabes. Además, a ti qué coño te importa.

—Me importa porque Wayne te ama. Y ahora no puede defender su honor.

Me echo a reír mientras saco las maletas y las arrastro hacia el portal. Él me sigue.

—En serio, Holly. Mi hermano te ama.

—¿Por eso se acostó con esa perra? ¿O por eso asesinó a mi tío Ben? ¿Sigo?

—Lo de la... loba fue a causa de las hormonas de tu hermana. Salió trastornado y ella estaba disponible. Pero no la marcó, como a ti. Y le rajaron cerca de tu casa.

—Claro, porque iba a robarme unos libros de mi familia, unos que le enseñé en privado.

—No lo sabía.

—Me marcó sin mi permiso... ¿quieres que continúe?

—Todo lo ha hecho por la manada.

—Ja.

Me vuelvo y sigo andando hasta el ascensor. Meto las maletas y él se cuela. Le doy al botón y me cruzo de brazos.

—Hueles bien —dice olisqueando.

—Vete a la mierda, Jace.

—No, en serio, debajo de el olor asqueroso del vampiro y de mi primo Jackson, hay algo.

El ascensor se abre y él se retira para que pase. Al menos, me ayuda con las maletas y las entra en el piso. Está como siempre, aunque no sé. Percibo algo.

—Aquí huele a algo podrido. ¿Te dejaste comida en la nevera?

—No, para nada. Y si había algo, mis hermanas lo habrían retirado.

—¿Puedo?

—Adelante, perrito —digo. Él me mira enfadado, pero olisquea.

Debajo de mi cama, hay un bulto. Él alarga la mano, pero lo paro.

—Espera, no lo toques. Yo no he puesto eso ahí.

Voy a por la escoba y lo saco. Me pongo guantes de jardinería y lo abro. Al hacerlo, el efluvio es mucho mayor. Es un amasijo de hierbas con un líquido espeso y negro.

—Una vez vi algo así —dice Jace.

—¿Y qué mierdas es esto? —pregunto mientras lo meto en una bolsa de basura y la cierro.

—Yo diría que es magia negra. Algún tipo de hechizo. ¿También te has tirado a una bruja?

—¿En serio, Jace?

Voy a sacar la bolsa a la basura, pero luego me lo pienso mejor. Si esta noche vamos a esa tienda de alguien que pretende ser bruja, se lo tiraré a la cara, porque sin duda ha sido ella. Tal vez para convencerme de que me una y por supuesto, pague.

—Bueno, Jace, estoy muy cansada de tíos hormonados que solo quieren follar o joder, que para el caso es lo mismo. Lárgate y déjame en paz.

—No me has preguntado por Wayne —contesta ofendido.

—Les pregunto a mis hermanas —Hago una pausa—. ¿Cómo va?

—Espacio. El veneno fue muy fuerte. ¿Tienes idea de qué le atacó? Nadie ha visto nada así. Tía Misa dice que le recuerda a algo, pero no localiza la información.

—¿Esa tía que tiene una enorme biblioteca? —Jace asiente—. ¿Estáis seguros de que no fue un vampiro?

—Los vampiros no tienen veneno.

—Quizá se untó las garras con veneno, yo qué sé.

—Es una opción que ya sopesamos, pero ese día no sentimos que hubiera en la ciudad y Remy nos lo confirmó.

—Ni idea. Tengo mucho que hacer, Jace. Estoy agotada por el viaje. Tengo dos maletas que recoger en un armario que ni me cabe y luego ir a trabajar. Ya no puedo más.

—Lo siento —dice dudoso—, recuerda que seguís siendo amigas de la manada y que si eso —señala la bolsa—, es algo peligroso, dímelo. Soy el alfa de sustitución.

—Vale.

Voy a la puerta y le abro para que salga. Se vuelve y me guiña el ojo.

—Mi primo me contó lo que hiciste por ellos y también lo de tu hermana. Me siento muy orgulloso de ti.

—No sé si mandarte a la mierda o a tomar por el culo, Jace. Venga, lárgate.

Se marcha y cierro la puerta. Malditos lobos y sus cosas de manadas. Pongo una de las maletas sobre la cama. Creo que voy a seleccionar lo ponible, lo vendible y lo que daré a mis hermanas. Pesa mucho y seguro que Tyler me ha metido más de lo que yo vi.

La abro y sí, los vestidos a un lado, todos plegados ordenadamente. Al otro, al menos diez pares de sandalias, botas, un abrigo de piel y varios frascos de colonias distintos. También hay cremas de esas que valen el sueldo de seis meses y un joyero. No puedo creerlo.

Lo abro, nerviosa, y veo una gargantilla de diamantes, con dos pequeños pendientes a juego.

Esto vale miles de dólares. Voy sacando todo, alucinada y reviso los vestidos. Algunos tienen muy poca tela, pero otros son más elegantes. Debajo de ellos hay otro paquete y una nota con mi nombre.

En una elegante caligrafía y probablemente a pluma, el rey me ha enviado un mensaje.

Querida Holly Rubens,

A pesar de que rechazaste mi generosa oferta de follarte por cada uno de tus delicados y deliciosos orificios, acepto que te hayas ido. Tu intervención fue importante para salvar mi preciada (sobre todo para mí) vida, así que quedas perdonada.

Bufo y lo insulto, pero sigo leyendo.

Me he permitido, puesto que sé que tu economía no es la mejor, incluir unos regalitos especiales, aconsejado por Tyler. No me encantaría que los vendieras, pero entiendo que debes alimentar ese cuerpo tan sugerente. Por eso, de momento, te dejo un paquete para unos cuantos meses.

Espero sinceramente que vuelvas a San Francisco y podamos retomar nuestro affaire tan placentero.

Tuyo,

Eugene.

Abro el paquete y confirmo que son billetes de cien dólares, casi nuevos, atados con una goma cada veinte y hay al menos quince... ¡treinta mil dólares! Es uff, un alivio enorme. Y no siento ningún pensamiento absurdo de no aceptar el dinero. Me lo gané.

Lo guardo y pienso dónde esconderlo. Hay que comprar una cafetera nueva y arreglar el aire acondicionado del restaurante. Tal vez compre un nuevo sofá. Y si puedo vender el collar, aunque no los pendientes porque son pequeños y me encantan, lo mismo me dan unos miles más.

Recojo lo más valioso en el fondo falso de mi armario y recuerdo que hay otra maleta. Estoy como cuando era niña en Navidad.

La abro y veo ropa de invierno pero normal, cazadoras, pantalones, botas, jerseys, algo que se puede llevar, gracias al cielo. Hay una nota.

Lo siento por todo, espero que estas prendas te sean útiles. No te olvidaré.

Tyler.

Joder, esta es de parte de ella. Me siento un poco mal por cómo la traté. Tal vez un día de estos la llame. Saco la ropa, toda de mi talla y de buenas marcas. Jamás he tenido algo tan delicado, a la vez que funcional. Incluso hay un bolso. He de reconocer que tiene muy buen gusto. Suspiro y sigo recogiendo.

Mañana repartiré todo con mis hermanas. Hoy toca trabajar un rato y luego ver que nos dice esa bruja.

Meto esa cosa de debajo de la cama en otra bolsa y me voy para el restaurante. La dejo fuera, en el patio interior. No quiero que, si es algo malo, influya.

Los clientes me saludan sorprendidos ante mi cambio de look, pero enseguida todo vuelve a la normalidad, hasta que a las nueve, cerramos. Ellas están muy nerviosas por todo y yo me meto la bolsa en la mochila, sin decir nada.

Conduzco hasta el centro, donde está la tienda Mystic Grove, en la que nunca me había fijado y aparcamos a una manzana. Luego, ellas caminan de la mano, dando saltitos y yo miro alrededor. El distrito, en el centro, no suele ser malo, pero no hay nadie por la calle y no me extraña, está haciendo mucho frío.

Entran por el callejón, la tienda está cerrada a estas horas. Dan tres golpes rápidos y dos despacio, lo que me hace bufar. Alguien les abre y entramos las tres. Accedo a un almacén reconvertido en una especie de sala de yoga, con cuadros místicos y símbolos esotéricos. Hay cuatro mujeres más, todas tan ilusionadas como mis hermanas. Ellas me presentan aunque paso de sus nombres. Van vestidas con colores pasteles o blancos y mis pantalones y jersey negro destacan como una cucaracha en un cubo de palomitas.

Se descalzan y se sientan en una alfombra, esperando a la tal Artemisa. Yo lo hago en una silla, en el lateral. Una de ellas se levanta y pone un CD de música de ambiente, algo como tribal, pero suave. Ellas se balancean cogidas de la mano. Me reiría si no fuera porque pienso que las están estafando.

La puerta de la tienda se abre y hay una corriente que mueve las velas que están puestas por todas partes. El olor a incienso entra de golpe, lo mismo que la mujer. Es una señora con un poco de sobrepeso, de unos cincuenta y muchos, que lleva un pañuelo atado en la cabeza, aunque su cabello blanco cae hasta la rodilla. Lleva un vestido rosa brillante, con flecos que, por su baja estatura arrastra por el suelo. Y su cara. Es todo un poema. Mira que a mí me gusta pintarme los labios de rojo, pero suelo compensar poniéndome solo máscara de pestañas. Ella, no. Lleva los finos labios con un rosa tan fuerte que asusta. Los ojos, en colores del arcoíris y las mejillas como si la hubiera maquillado una niña pequeña. ¿En serio?

—Bienvenidas, hijas mías —dice con una voz algo más ronca de lo que esperaba.

—Bienhallada, madre —dicen todas. Me muerdo los labios para no echarme a reír.

Se sienta en un cojín, frente a ellas y la miran con arrobos. Ella se vuelve hacia mí y me indica que me siente.

—¿Eres la hermana de estos dos soles, verdad?

—Hoy solo vengo a mirar —digo.

—Está bien. —Se gira hacia ellas y sonrío. La huelo y sí, no huele como Ariadna. Es solo una humana—. Hoy hablaremos del solsticio de invierno, pronto será y haremos un ritual para que traiga abundancia y amor a nuestra vida.

—Me gustaría saber más sobre el solsticio de invierno —dice Birdie. Ella asiente, como si fuera una reina saludando.

—Ah, queridas, el Solsticio de Invierno... La noche más larga del año, donde el velo entre este mundo y los reinos invisibles se vuelve casi imperceptible. En este momento, el sol, agotado por su largo viaje, alcanza su punto más bajo en el cielo, cediendo ante la oscuridad. Es en esta noche, justo cuando la sombra parece triunfar, cuando renace el poder del sol. Un milagro cósmico, hijas mías, una danza sagrada donde la luz, aunque débil, comienza su ascenso desde las profundidades del abismo. Es en este momento cuando nosotras, las que entendemos los secretos del universo, debemos aprovechar esta energía. El frío nos quiere hacer creer que estamos indefensas, pero en realidad, es cuando nuestros poderes están en su cúspide. La oscuridad es nuestra aliada, y el sol, aún débil, nos entrega sus últimas chispas de poder... si sabemos cómo capturarlas. Así que, preparad vuestras ofrendas, afilad vuestras intenciones, porque esta noche no es una más. Es la noche donde el destino del año venidero está a nuestro alcance. Pero solo para quienes tienen la astucia de entenderlo...

—¿Y qué ofrendas traeremos? —dice Mac.

—Yo las prepararé, solo necesitaremos alguna piedra especial que encargará a una bruja, sin importar el coste —dice como si estuviera afligida. Enarco las cejas. ¿De verdad estoy escuchando esto?

—Nosotras te ayudaremos con ello —dice una mujer de unos cuarenta entusiasmada y todas asienten.

—Oh, no, no debería aceptar... pero bueno, la tienda tampoco está dando tanto.

—¿No se supone que hace rituales de abundancia? —pregunto sin aguantar más.

—Ah, sí, hice uno para que me ayudase a abrir la tienda, pero tampoco quiero abusar, ya sabes. El Universo es abundante, pero hay que repartir la energía.

—Claro, por supuesto —dice otra muchacha.

Me quedo con los brazos cruzados mientras disponen el día y lo que van a necesitar. Si no he calculado mal, les va a sacar otros cien pavos a cada una. Lo que no sé es cómo la puedo desenmascarar, porque están todas como tontas mirándola.

Después de hacer una meditación corta, una de las chicas va a preparar unas infusiones y mis hermanas se acercan a mí.

—¿Qué te ha parecido? ¿A que es divina?

—Bueno, no sé decirte. Es pronto para opinar. Tal vez ella sepa una cosa. Lo encontré en casa antes. ¿En serio que no la dejasteis sola en mi casa?

—No, no. De hecho solo se asomó al salón, nada más. Te lo prometo —dice Mac—. ¿Qué es?

—A ver, que lo diga ella. Lo llevo en la mochila.

—Artemisa, mi hermana trae algo para que puedas identificarlo.

—Claro que sí, hijas mías, ¿es alguna piedra o señal?

—Algo así.

Abro la mochila, saco la bolsa y abro la bolsa de basura. He sido previsora y cogí los guantes, así que abro la bolsa y se ve el atado con ese olor desagradable.

Artemisa da un salto atrás y se pone histérica.

—¡Saca eso de mi local! ¡Fuera de aquí! ¡Vete!

—¿Pero qué es eso? ¿Por qué?

—Si eso estaba en casa de tu hermana es que está maldita. Que se vaya. Marchaos todas.

Cierro la bolsa y mis hermanas me miran consternadas. Las otras chicas se están abrazando a dos metros de mí. Salgo por la puerta del almacén y tiro la bolsa en un cubo del callejón, no quiero saber nada de ella. Camino deprisa hacia el coche, más cabreada que un mono y mis hermanas me siguen, cuchicheando.

—¿Qué? —digo volviéndome y ellas dan un brinco. Mac se atreve a hablar.

—He leído que si... estás maldita, los demonios vendrán y se te llevarán.

—Pff, después de lo que he pasado, no tengo ningún miedo. Pensaba que teníais más cabeza. Esa mujer es una farsante y os está sacando la pasta que no tenemos.

—No, ella es...

—Bah, déjalo. Volvamos a casa.

Nos metemos en el coche, un trueno resuena por todo el cielo y ellas, que van atrás abrazadas, se encogen. Si es que no me puedo ir unos días, porque todo se va a la mierda.

Capítulo 13. ¿Harta de complicaciones? A mí me sobran

Estoy abriendo el restaurante y llegan mis hermanas, tan contritas. Mac me da un beso y Birdie me abraza.

—Hemos estado hablando. A lo mejor tenías razón. A Mac se le ocurrió buscarla en internet, y resulta que se llama Betty y ha tenido otras tiendas esotéricas en pueblos pequeños de los que, un día, se largó.

—Claro, cuando descubrieron que era una estafadora.

—No volveremos, de verdad. Aun así, siento que soy bruja —dice Birdie.

—Tenemos que hablar, todavía no os he contado todo lo que pasó en San Francisco y es importante.

—Vale, esta noche hacemos pizza casera y nos cuentas todo.

La gente empieza a entrar. Ayer cayó una buena tormenta, hoy seguro que cae otra, y sin embargo, dormí de maravilla. Desde luego, dicen que el dinero no da la felicidad, pero tener un buen pellizco que te solucione los problemas del día a día, ayuda y mucho.

Empiezo a hacer cafés y Birdie saca su bizcocho, luego tocan los almuerzos. Mientras estamos allí, entra el ayudante del sheriff, Thomas, que nos saluda y se sienta a tomar un café. Es raro, porque no suele venir y menos en horas de trabajo. Es un tipo serio.

—Ey, Holly, has vuelto.

—Pues sí, aquí estoy —digo sirviéndole un café.

—Quería preguntarte algo, si no te importa.

—A ver —digo con el puño apoyado en la cadera. Él me mira serio.

—Verás. Sé que estás en el mundo este de los licántropos —dice susurrando—, y me han dicho que has conocido a vampiros —vuelve a susurrar—, y que ayer estuvisteis en ese sitio de brujas —dice de nuevo en voz baja. Si no fuera porque es un poco patético, me echaría a reír.

—¿Y?

—Verás, es que...nosotros no tenemos mucha experiencia. ¿Podrías acompañarme a la comisaría?

—¿Me estás deteniendo?

—No, no, por Dios. Es solo que... me gustaría si pudieras ver algo. Sé que tú tienes más estómago que tus hermanas, o sea, quiero decir —Ya empiezo a impacientarme—, que eres más valiente, más madura. Y podrías ver algo desagradable.

—¿Qué ha pasado?

—No puedo decírtelo, no aquí. Hay muchos oídos.

Echo un vistazo y sí, hay licántropos que parecen distraídos pero seguro que no pierden detalla. Incluso está Remy. Hoy está nublado.

—Chicas, vuelvo enseguida. Un tema de una multa.

—¿Qué? —dice Mac— ¿Necesitas un abogado?

—¿Para una multa? Anda ya. Vuelvo pronto.

Me quito el delantal, cojo el abrigo y el bolso y salgo con el ayudante. Supongo que esto desatará rumores, pero a estas alturas de mi vida, me la sopla todo.

Me subo en el coche de policía, delante, porque me niego a ir detrás, donde detienen a los sospechosos y a veces vomitan, o al menos, huele como si lo hicieran. Thomas parece dudar,

pero asiente.

Llegamos enseguida a la comisaría y el sheriff me mira con desaprobación, aunque acepta. ¿Qué coño pasa?

—Queremos que veas algo. Y nos confirmes si... bueno.. échale un vistazo, ¿vale? Si necesitas vomitar, hay una papelera.

—¿Pero qué?

Me llevan al sótano, donde está la morgue. La médico forense es una mujer que ya debería estar jubilada y sé que el sheriff ha pedido un sustituto, pero no se lo mandan y mientras, sigue ella. Hay varios cuerpos, pero ellos se dirigen a uno de pequeño tamaño. Por Dios que no sea un niño.

—Vas a ver a... alguien a quien han asesinado y es un poco... desagradable —me dice Thomas.

—Acabemos con esto, por favor. Aquí huele fatal.

—A formol. Yo sigo usándolo —dice la forense retirando la sábana de plástico.

Conforme va apareciendo el pelo blanco, empiezo a imaginarme quién es. Su rostro, con el maquillaje corrido, tiene un rictus de terror. La doctora sigue bajando la sábana y veo sus pechos algo flácidos, pero lo otro hace que me vuelva. Su vientre está abierto, por tres incisiones que parecen garras.

—Joder, mecagüen la hostia —exclamo girada— Mierda. Joder. ¿Por qué me traéis a ver esto?

—Tú sabes... no pudimos ver el ataque a Wayne. Solo queríamos saber si era algo parecido. Jace ha dicho que no venía. Que no era asunto de la manada.

Me vuelvo, de nuevo, aguantando el vómito. Las incisiones son rectas, no propias de los lobos, y tampoco de los vampiros, porque habría cuatro al menos. El interior del vientre está hecho papilla, destrozado. Me giro y me aparto unos metros. Creo que tendré pesadillas para el resto de mi vida.

—¿Tenía... tenía veneno? —consigo decir.

—Sí —dice la forense—. Es mil veces más potente que el del dragón de Komodo, no solo paraliza, sino que coagula la sangre.

—¿Y hay algún antídoto? Porque a Wayne le vendría bien.

—Seguramente una transfusión. Pero jamás pude ver al señor Wade.

—Es un hombre fuerte.

—Te agradecemos que nos hayas confirmado que podría ser el mismo animal.

—¿Dónde la encontraron? —pregunto mientras salimos.

—Es raro, pero ella estaba rebuscando en la basura.

Cierro los ojos. Mierda. En la misma basura donde eché la cosa esa. Y a Wayne le hirieron cuando estaba cerca de mi casa. Joder.

—Gracias, Holly, nos has ayudado mucho. Te acerco al restaurante.

—No, tranquilo, iré andando y de paso aprovecho para ir al supermercado, a ver si se me quita este mal de ánimo.

—De acuerdo. Lo siento, pero que sea lo mismo nos ayuda en parte.

—¿Qué vais a hacer?

—Nosotros no podemos con esto. Vamos a llamar a uno de esos detectives, una sección especial de esa gente que sabe que todo lo sobrenatural existe.

—Creo que es lo mejor, Thomas. ¿Estaremos en peligro?

—No lo sé. Tal vez esa mujer estaba en el lugar equivocado, como le pasó a Wayne. Parece

algo al azar, pero nunca se sabe.

—Si necesitáis algo, me dices.

—Gracias, Holly, y de nuevo siento que hayas tenido que ver eso.

—Ya.

Me alejo de la comisaría. La verdad es que no necesito comprar nada, pero sí que me dé el aire. A ver esa mujer no me caía bien, pero destriparla... no es algo que me parezca correcto.

Supongo que al no ser sobrenatural murió al instante. Al menos no está sufriendo tanto como Wayne. Tal vez...

Me acerco a su casa y llamo a la puerta. Mis hermanas me dijeron que lo habían trasladado allí y que tiene una enfermera permanente.

Jace sale del garaje, parece que se iba a trabajar, pero para el coche y sale.

—¿Qué ocurre?

—Tengo que hablar contigo, alfa.

—Sí, claro. ¿Es sobre el asesinato?

—¿Lo hablamos dentro?

Él abre la puerta y pasamos a la biblioteca.

—Luego puedes subir a ver a mi hermano, si quieres.

—Tal vez. Me han hecho ver un puto cadáver porque tú te negaste.

—No era un licántropo, ni cualquiera de nuestros protegidos.

No sabía que tenían más protegidos que nosotras, pero lo paso por alto.

—La mujer tenía la misma herida que tu hermano y también veneno.

—No jodas.

—Si hubieras ido, lo sabrías. Wayne hubiera acudido.

—Él está inconsciente. Yo tomo las decisiones.

Su hermano Carlson aparece y al verme, retrocede.

—Pasa. Me dice Holly que han atacado a alguien como a nuestro hermano.

—¿En serio? No falta ningún licántropo que yo sepa.

—A una humana. Betty no sé qué, de la tienda de Mystic Grove.

—Me suena esa tienda. Mi mujer ha ido alguna vez por ahí —dice Carlson—. ¿Y dices que le han atacado de la misma forma? ¿Le han rajado el vientre y envenenado?

Me dan arcadas y Jace mira con reproche a su hermano.

—Pues ni idea. Oye, Jace, voy al aserradero. Veo que estás ocupado.

—Sí, ve.

Se larga y él se levanta, abre un armario y pone un dedo de whisky.

—Bebe.

Me lo tomo de un trago y al menos se me asienta el estómago.

—Vamos a ver a Wayne.

Han pasado muchos días desde que le dije que no quería saber nada de él y en parte me siento culpable. Lo vi en el hospital, desde lejos, pero ahora...

Subimos las escaleras y entra en la habitación, que huele a hospital. Una mujer grande y presumo que *licos*, está leyendo un libro, cerca de la cama. Él está bastante desmejorado. Pálido, diría que ha perdido bastante peso.

—Zoe, quita las vendas, quiero ver las heridas.

Ella obedece sin rechistar y levanta el cuerpo inerte de Wayne. Lo siento mucho. El corazón se me revuelve al verlo así, tan indefenso.

Las heridas están en carne viva todavía, no han cerrado, pero al menos, el vientre está

cubierto. Tienen la misma forma que vi en la mujer.

—Sí, mismas heridas. Deberías hablar con el sheriff. Además, creo que van a traer a un detective especial. Supongo que vendrá a veros.

Me acerco a la cama y toco la piel de su brazo. Él siempre es cálido y ahora está fría y húmeda.

—¿Puedo estar unos minutos? Sola.

Jace asiente y ambos salen. Cojo una silla y me pongo a su lado.

Su rostro tan atractivo está algo desmejorado y le han recortado mal la barba. Pero al menos ya no lleva respirador. Tiene varios goteros puestos y el pecho monitorizado. El pulso es débil.

—Joder, Wayne. ¿Por qué?

Le tomo la mano, que descansa sobre la cama y acaricio sus dedos, que tanto placer me han llegado a dar. No quiero decirle nada, solo estar un rato. Deseo que se cure, que se ponga bien, a pesar de todo. No comprendo qué ser puede herir así a un licántropo, a un alfa como él. Acaricio su brazo, no sabía que tenía hambre de tocar su piel.

Jace carraspea detrás de mí, así que dejo su mano y me levanto. Escondo la cara para que no vea mis ojos rojos, a punto de llorar. Bajo las escaleras y casi sin despedirme, salgo de la casa Wade. Puta mierda.

Capítulo 14. Media vida concentrada

Por fin hemos acabado la jornada, gracias a la tormenta, algo más pronto de lo normal. Vamos a casa y yo todavía no les he dicho nada. Será complicado porque además ya están hablando de rituales otra vez.

Entramos en la casa y examino cada rincón, por si acaso. Luego, las invito a ver todos mis regalos, sin mostrar el dinero de momento. Ellas alucinan.

—¿Pero qué has hecho para que te regalen estas cosas?

—Conocí al rey de la Corte Negra. Es que es una larga historia. Mirad, la ropa se queda aquí y podéis elegir lo que queráis. Lo demás podríamos venderlo. Pero ahora quiero una pizza.

—Sí, además nos tienes que explicar para qué te quería Thomas.

—Después de cenar.

—Vale, la voy a preparar.

Ambas pasan a su casa y pongo el móvil a cargar, me he quedado sin batería y no tenía el cargador. Enseguida salen varios mensajes. Leo el primero de Linda Grace, mi hermanita, de hace una hora.

Espero que estés bien y tus hermanas también. He convencido a Jackson de que vayamos en un par de semanas. Si te va bien, iremos. Yo creo que está deseando volver a verte. ¿Qué hotel me recomiendas? Y no digas de ir a tu casa, porque no me fio de que mi hermano acabe en tu cama.

Me echo a reír y le digo un par de hoteles. Me contesta al instante.

Ay, pensaba que ya te habías olvidado de mí.

No tenía batería. ¿Qué tal todo? Tu primo y eso.

Ha pedido perdón y al final Jackson no lo ha expulsado. Dice que dará la vida por la manada y todas esas mierdas que nadie se cree. Pero mi padre siempre dice mantén a tus enemigos bien cerca, o algo así.

Sí, algo así, contesto riéndome.

¿Todo bien?

Más o menos. Han asesinado a una mujer de la misma forma que hirieron a Wayne. Es preocupante. Tal vez haya algún tipo de monstruo suelto por aquí.

Espera que se lo digo a Jackson.

No...

Pero el teléfono me suena. Lo descuelgo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué me está contando Linda?

—Eso, que han asesinado a una mujer humana tal y como hirieron a Wayne.

—Debería ir por allí. Mañana podría estar.

—¿Para qué? ¿Te parece que no tienes suficientes problemas?

—Bueno... para protegerte.

—Venga ya, Jackson. Por favor. Venid cuando tengáis pensado, pero primero arregla tu casa. No vaya a ser que te largues y yo qué sé, tu primo se meta en líos.

—Ya, eso es cierto. Linda, márchate de aquí.

—Oye que es mi teléfono. Si le quieres decir que te la quieres tirar de nuevo no me voy a asustar.

Me echo a reír y Jackson pone el mute. Luego vuelve a quitarlo.

—Lo siento, ya sabes como es. No tiene pelos en la lengua.

—Ya.

—Pero tiene razón. Me encantó y me quedé con más ganas.

—Bueno, ya veremos. Las noches son frías y largas aquí. Pero están... los Wade.

—Sí, tengo que pedir el permiso de visitar la ciudad, es una regla de cortesía.

—Jace se puso muy pesadito, como si siguiera perteneciendo a su hermano, así que no sé yo.

—Eso lo veré.

—Mira, te digo una cosa. Yo no pertenezco a nadie, me acuesto con quien quiero y ahora mismo no estoy enamorada. Acepta eso o pasa de mí.

—Vale. Está bien.

—Dame el teléfono —dice Linda y ella se pone—, tienes a mi hermano, ¿cómo se dice? ¿Encoñado?

Me echo a reír de nuevo. Se va a llevar muy bien con Mac, aunque ahora está en plan tonta del culo.

—Avísame cuando vengáis.

—Vale. Besos a mis hermanas.

Sigo revisando los mensajes. Tengo uno de Tyler en respuesta al que le envié dándole las gracias. No sé si avisarles. También uno de Lisa, preguntándome si he llegado bien. Me debo estar volviendo blanda, porque le contesto.

Todo bien, gracias.

Me alegro. Espero que tus hermanas estén bien. Aquí hubo mucho lío con lo del rey y Ariadna se quedó algo decepcionada de que no fueras a verla.

Bueno, ya sabes por qué me fui. Por cierto, ¿le puedes preguntar qué es esto?

Menos mal que se me ocurrió hacer una foto de esa cosa. Se la mando.

Parece algún ritual, ¿dónde lo encontraste?

Bajo mi cama.

Eso suena muy mal. Ahora mismo voy a verla y te digo algo.

No hay prisa, me deshice de esa cosa.

Me preocupas. Te informaré.

Me encojo de hombros y cierro el teléfono. Con él en la mano, paso al piso de mis hermanas, ya cómoda y en zapatillas. Huele de maravilla y me siento en el sofá. Echo de menos a tío Ben, sus consejos. Tal vez él nos podría ayudar. He decidido no contarles lo de eso que podría ser una reencarnación de no se quién. Creo que les voy a evitar los detalles más escabrosos.

Birdie saca las pizzas caseras y Mac unas cervezas.

—Linda ha dicho que en poco vendrá a vernos.

—¡Qué bien! —dicen las dos.

—¿Se alojará en casa? Así podríamos hablar —dice Birdie.

—Creo que viene con su hermano, así que bueno.

—Tú tienes una habitación en casa y aquí, la de tío Ben está... limpia. Pueden quedarse.

—No, me parece que no. Iban a mirar un hotel. Está bien. Déjalo así.

—Tu te has liado con el hermano, ¿a que sí?

Me encojo de hombros. Puede que empezar con mi estancia en el rancho Aullidos vaya a

ser lo más ligero mientras cenamos. Aunque al final haya una batalla en la que tampoco voy a decir que hice explotar a un licántropo. Ni siquiera estoy preparada para admitirlo, como para horrorizar a mis hermanas.

Mac mira en internet una foto del rancho Aullidos donde aparece Jackson con una camisa, montando a caballo.

—Madre mía, está buenísimo. Ya nos puedes contar todo. ¿Es tan bueno como Wayne en la cama? Creo que quiero hacerlo con un *licos*. Tal vez con Jace —dice Mac.

Birdie se echa a reír y, mientras tomamos la pizza, les voy poniendo al día de casi todo lo que me sucedió. Acaban de comer, y bueno, toca hablar del rey de la Corte Negra y de sus regalos.

Ambas me escuchan con la boca abierta, sin moverse. Joder, si es que parece que ha sido media vida. Al menos, ahora estoy tranquila y en casa.

Capítulo 15. Cuando piensas que todo ha pasado y llegan los problemas de visita.

Creo que no durmieron nada después de lo que les conté de la corte, porque esta mañana llevan unas enormes ojeras que no han podido tapar con maquillaje. Me abrazan ambas cuando salimos del bloque y me toman del brazo, pero guardo mi impaciencia para otras personas. Sé que ellas solo quieren consolarme, darme amorcito del de verdad. Empieza a llover y nos ponemos las capuchas porque total, estamos cerca del restaurante.

Abro la persiana y Birdie me toca en el brazo. Me giro y suelto un juramento. Ahí están, Lisa y Ariadna, que por suerte para mí, solo lleva un vestido y un abrigo negro, pero su mirada, intimida.

Les indico a mis hermanas que abran la cafetería. Algunos clientes ya rondan y quieren su desayuno.

—¿Qué hacéis aquí? —digo sin poder evitarlo. La lluvia me moja y sin embargo, a ellas parece evitarla.

—Sé cortés, Holly, invítanos a un café. Hemos venido por lo del maleficio.

—Joder, pues si lo tiré a la basura.

—Eso no te lo quita, Nebol —dice Ariadna.

—No me llames así. Pasad, de todas formas, me estoy mojando.

Entran y me voy al despacho, donde dejo mis cosas. Mis hermanas ya están haciendo café y me miran con una pregunta.

—Luego os cuento.

Me pongo el delantal y juro que será la última puta vez que salga de Eureka, porque salir solo me ha traído complicaciones.

Voy a su mesa con la jarra del café y dos tazas en una bandeja.

—¿No tienes infusiones?

—Solo té.

—Me vale —dice Ariadna. Le sirvo el café a Lisa que todavía guarda su cara de culpabilidad—. La tarta huele muy bien. No hemos desayunado.

—Ahora lo traigo todo.

Sirvo café en varias mesas y llevo el té a la de Lisa. Mis hermanas se acercan, aunque les he dicho que no lo hagan.

—Qué bonitas son —dice Ariadna, pasando la mano delante de ellas, como si espantara una mosca—, vaya, interesante.

—Señora, ¿es usted una bruja de verdad? —dice Birdie, como si fuera una niña pequeña. Bufo.

—Sí, cariño. Creo que serías una buena aprendiz, tienes lo que hay que tener. Aunque tu hermana, su mezcla es de hada. ¿Sabías que las brujas y las hadas somos enemigas? Aunque por supuesto, eres la hermana de Holly. No te haré nada.

Mac da un paso hacia atrás, pero Birdie está entusiasmada.

—Basta ya. Tomaros esto y os largáis —digo llevándome a mis hermanas a la cocina— Birdie, no. Por favor. No es buena gente. Hazme caso de una vez.

—Vale, pero esto no nos lo contaste.

—Esta noche. Por favor. No os acerquéis.

Salgo de nuevo a la barra y aparece Jace, que mira de reojo a las dos mujeres. Lisa se inclina con respeto y él parece crecerse. Ya sé que ella es cambiante, pero mierda.

—Hola, Holly, tengo buenas noticias.

—Dime —digo sirviendo el café.

—Ayer se le cerraron un poco más las heridas. Incluso el pulso mejoró. Creo que fue por tu visita. Podrías volver a pasarte. Le haces bien.

—¿Estás seguro? ¿Cómo voy a hacer yo algo así?

—No sé. Eres especial —Se vuelve hacia mí y se agacha—. ¿Por qué hay una bruja sentada en una mesa? ¿Tiene que ver con eso que encontraste?

—Eso parece. La conocí en San Francisco y han decidido venir por su cuenta. Yo no las invité.

—Está con una cambiante, pero no una licántropo. Ha sido educada. Y es muy guapa. Puede que me presente.

—Me da que no le vas a interesar, tal vez si no llevases un colgajo entre las piernas.

—Eh, que no es un colgajo. Ah, vale, entiendo. Bien, no pasa nada. Pero oye, si esta noche puedes, pásate un rato. Por favor.

Se toma el café rápido y sus ojos de cachorrito me hacen decir que sí. Menuda cara tiene. Mac sale y le guiña el ojo. No sé si estos dos acabarán liados. Lo veo marcharse con la camioneta y suspiro. ¿Me lo creo o no?

Sigo con las mesas, impaciente para que se vayan, pero están tranquilamente hablando, cuando un terremoto me abraza y casi se me cae la bandeja que llevaba. Me giro, y la dejo en una mesa. La abrazo con ganas.

—¡Linda! ¿Cómo...?

—Hola, yo también quiero un abrazo —dice Jackson. Alguna de las clientes ha sacado un suspiro. Es el típico tío de camisa de cuadros con una camiseta debajo, vaqueros ajustados y botas. Le falta el sombrero, aunque lleva un gorro de montaña. Eso sí, sin cazadora.

—¿Pero no decíais que vendríais en unas semanas? —digo a Linda. Mac y Birdie salen de la cocina al escuchar el jaleo y al verla, la reconocen y se lanzan a sus brazos. Me giro y Jackson me toma por detrás, roncando en mi cuello.

—Por favor, compórtate —digo, pero sonrío. Él me da un suave beso en los labios, lo que hace que Mac silbe.

—Este es mi hermano Jackson, mis hermanas Birdie y Mac.

Él se acerca a ellas y les da unos abrazos. He de decir que es muy cariñoso y amable para ser un alfa.

—Vamos a coger una habitación en un hotel muy cerca de aquí.

—De eso nada —dice Birdie antes de que pueda negarme—, hay dos habitaciones libres en cada uno de los pisos.

—Me pido el de Holly —dice Jackson. Ruedo los ojos y les indico una mesa vacía..

—Anda, sentaos a desayunar.

—Yo estoy hambrienta —dice mi hermanita pequeña. Es adorable.

—¿Y Mark? ¿Está bien?

—Vigila a mi primo, con mis hermanos mayores que han llegado al rancho por unos días. Todo está controlado —dice Jackson.

—Eso espero. Venga, ¿quieres un chocolate, Linda?

—Que sean dos —dice Jackson mirándome. Creo que él usaría el chocolate para otra cosa.

Me voy hacia la cocina y mis hermanas me miran, riéndose.

—Caramba con el hermanito. Está a la altura de Wayne y además es más simpático.

—Por favor. Basta. De verdad.

Busco la jarra de chocolate y lleno dos tazas bien calientes, con dos pedazos de bizcocho. Lisa está mirando con detenimiento a los recién llegados, quizá preguntándose o sabiendo quiénes son.

Me da igual. Les llevo todo y Jackson quiere cogerme de la cadera, pero me aparto sutilmente y le miro con una advertencia. Él levanta las manos y Linda se echa a reír.

Lisa se acerca a mí para pagar.

—Oye, Holly. De verdad que hay que hacer algo con esa maldición. Si nos dices dónde la tiraste, la recuperaremos para estudiarla. Estamos en el hotel Paradise.

—No creo que esté. Asesinaron a una mujer y peinarían todo el lugar. Pero si os apetece mirar, calle Drive, al lado de una tienda esotérica llamada Mystic Grove. La asesinada era ella.

—¿Una bruja?

—No, no lo era, era humana que se dedicaba a estafar a jóvenes inexpertas.

—Te diremos algo. Esa niña es tu hermana, ¿verdad?

—Sí. ¿Por qué?

—Es una licántropo. Es, cuanto menos, extraño.

—Lo sé. Pero es una historia que no os interesa. No me hace ninguna gracia que hayáis venido.

—¿Crees que no se te nota? Ari está disgustada. Piensa que te están maldiciendo para que no saques tu potencial. Podrías ser...

—Me da igual, ni siquiera lo deseo. Pero tampoco quiero que nadie se vea perjudicado. Acepto vuestra ayuda.

—Está bien. Te digo algo por el móvil o tal vez, si no estás muy ocupada con ese lobo fogoso, podamos vernos esta noche. Habitación trece.

—Ya veremos. Se me acumulan las tareas.

Por fin se van las dos y respiro un poco más tranquila. Jackson se acerca.

—Conozco a Lisa de vista, ¿qué hacen aquí? ¿Es por los asesinatos?

—Algo así.

—Oye, que si te molesta, puedo tomar una habitación, pero deja que Linda se quede con tus hermanas.

—No me molestas, Jackson, es que no quiero que pienses que hay algo más.

—No lo hay, de momento —dice guiñándome el ojo.

Masajeo el puente de mi nariz, y la mañana parece que se va tranquilizando. Birdie limpia las mesas mientras charla de vez en cuando con los hermanos, la gente se está marchando a casa. La puerta se abre y entra el ayudante del sheriff, Thomas, seguido de alguien. No puede ser.

—Hola, Holly. ¿Te acuerdas de que te dije que iba a pedir ayuda a ese tipo de equipos especiales? Resulta que el agente Carter estaba por la zona y ha accedido a investigar los hechos.

—Joder —exclamo sin poder evitarlo y Thomas da un respingo.

—Hola, Holly, nos volvemos a ver —dice Bill—, ¿podemos hablar?

—Pasa a mi despacho. Thomas, que te pongan un café.

El hombre se queda parado, pero como Mac le sonríe, se sienta en la barra.

Sigo el pasillo hasta el despacho y me siento. Él mira alrededor, no sé si evaluando el caos ordenado que tengo y acaba sentándose enfrente.

—¿Agente de la ley?

—Sí. Soy investigador de la Agencia de Crímenes Sobrenaturales, creo que no te lo había mencionado.

—No. Eres muchas cosas que desconozco.

—Y que me encantaría mostrarte —dice mirándome con deseo.

—Para el carro. Céntrate en los asesinatos. Atacaron a Wayne y a esa tal Artemisa con la misma arma, o fue el mismo ser. Ni idea. Y fueron envenenados. Si no hubiera sido porque es un licántropo, habría muerto.

—Eso ya lo sé. Necesito preguntarte algo más. Tu relación en ambos ataques. Y tranquila, esto quedará entre nosotros. Creo que Wayne fue atacado al lado de tu casa y tú acababas de salir del local.

—¿Me estás acusando de algo?

—No, pero no negarás que no es casualidad.

—No tengo ni la más remota idea, Bill. Y deberías marcharte a hacer tu trabajo y no molestarme.

—Quería verte. Hay un perro ahí fuera que babea por ti. Lo noto. No deberías...

—Joder, puto psicópata. Eres un acosador. Se te ha metido en la cabeza yo qué sé y es que te lo crees a pies juntillas. Márchate.

Se levanta con parsimonia y me mira, con ojos acerados.

—El día que descubras la verdad me pedirás perdón de rodillas.

—Antes me tiro por el balcón.

Él sonríe y sale del despacho. Enseguida entra Jackson y me abraza.

—¿Quién era ese? No lo he identificado.

—Un imbécil integral.

Me toma de la barbilla y me deja un suave beso en los labios, pero sé que él no se ha ido, así que lo beso con ganas y enseguida noto su excitación. Que se joda. Me da igual que sea un polvo de cabreo. Me separo y cierro la puerta con pestillo. Él sonríe de oreja a oreja. Limpio la mesa y él mete la mano por debajo de mi falda y arranca mis bragas.

—Te compraré otras.

La embestida es certera y en el punto perfecto. Entra y sale, sobre la mesa de mis despacho y jamás volveré a mirarla igual. Gruñe en mi cuello, lamiéndome la oreja, su mano ágil está retorciéndome el pezón bajo el sujetador. Empujo con las piernas y siento que me viene, gimo y me dejo llevar, acompañada de él, que, por supuesto se abstiene de marcarme.

—Cuánto te deseaba, Holly —dice subiéndose la cremallera—, pero esta noche repetimos más despacito.

—Mmm. Vale.

Me arreglo, aunque no llevo ropa interior, pero bueno, qué vamos a hacer, procuraré no agacharme. Abro la puerta y me encuentro con alguien que desde luego no esperaba. Con un movimiento rápido, mete la mano por debajo de mi falda y luego se la lleva a la boca.

—Deliciosa.

Jackson empieza a cambiar y lo paro, haciendo que se calme.

—No es más que el rey de San Francisco —digo maldiciendo mi mala suerte.

Capítulo 16. Todos juntos pero no revueltos

—Sal de mi despacho, por favor —digo indicando el camino al rey que, por supuesto, lleva a Tyler detrás. Ella me mira con una disculpa en su cara.

—Realmente sabes bien, aunque eso ya lo sabía —dice Eugene mirando a Jackson. Lo que me faltaba. Machos al rescate. ¿Qué se han creído?

—¿Por qué habéis venido? —digo mirando al rey, que se ve más alto y atractivo con su jersey de cuello alto y negro y pantalones de franela. Tyler lleva un jersey negro más finito y una falda de cuadros.

—No es muy educada esa actitud.

—Vampiro, no deberías estar aquí.

—Jackson —digo mirando alrededor. Los clientes no nos pierden de vista. Saben que pasa algo, pero no identifican—. Ve con tu hermana. Sentaos en una mesa, por favor —digo acompañándolos a una que hay libre en el lado contrario.

—No me importaría tener el mismo trato que ese perro —dice el rey oliéndome. Por suerte, Bill y el ayudante del sheriff se han ido. Casi tengo ganas de reírme por lo ridículo de la situación.

—Nadie os ha llamado —empiezo a decir. Tampoco quiero ofender a un vampiro tan poderoso.

—Ha sido culpa mía —dice Tyler—, le comenté a su majestad que estaban ocurriendo unos asesinatos en Eureka. La Corte Negra es aliada de la manada de los Wade y nos escapamos a ver qué pasaba.

—¿Y la Corte? ¿Está sola?

—En realidad, nadie sabe que me he ido. A veces me retiro una semana a una cripta en el sótano para regenerarme. No me echarán de menos. Y Tyler siempre me acompaña. Cuéntame todo.

Sin sentarme, les hago un resumen detallado de lo que ha pasado, incluyendo la presencia de Bill Carter.

—¿Lo conoces?

—Sí, es un tipo independiente, o sea, depende del gobierno humano y sobrenatural. Se cree algo así como Harry el sucio. Estuvo muy pesado cuando lo del licántropo.

—Sí, está obsesionado conmigo —acabo confesando.

—¿Y quién no? Si tienes un olor, un cuerpo... No sé. Hasta Tyler se pone caliente contigo. Ella baja la cabeza. Sí, lo sé.

—Bueno. Pues es todo lo que sé. Podéis... ¿iros?

—No. Tenemos una habitación en el Paradise, la número catorce — Me echo a reír de buena gana. Me miran raro, pero se encogen de hombros. No saben que al lado está la bruja—. Nos quedamos unos días. Además debo presentar mis saludos al alfa enfermo y al nuevo alfa.

—Ojalá encontréis entre todos ese ser. Pero compórtate. No... muerdas a nadie.

—A nadie que no se deje, no.

—Hemos traído reservas de sangre, no te preocupes... Holly.

—Nos vamos, que huele a perro mojado. Tyler te informa.

Se va como si saliera una estrella de cine y Tyler me mira de nuevo con una disculpa.

Jackson se acerca de nuevo.

—¿Qué narices hace el rey aquí?

—No lo sé. Pero ya estáis todos y yo solo querría largarme corriendo.

Lo dejo ahí y me meto en el despacho. Ordeno la mesa y me siento. Joder. Me alegro de haber encontrado a mi hermana, pero también se me acumulan las complicaciones.

Mis hermanas entran con los ojos bien abiertos.

—¿Quién era...? Dice Linda que era el rey vampiro. ¿Es ese que...?

—Sí, es ese que.

—¿Y por qué no lo has echado?

—¿Tú crees que se puede expulsar a un vampiro como él que tiene miles de años así como así? Y, dentro de lo que cabe, es pacífico.

Mac bufa imitándome. Entran Linda y Jackson. Levanto las manos exasperada. No puedo más.

—Mirad, me voy a dar una vuelta, lo necesito —Jackson me mira esperanzado—. Sola. Me voy sola.

Me quito el delantal y Linda lo coge para ayudar. Me encojo de hombros, cojo la cazadora y el bolso, me planto el gorro y salgo. Está anocheciendo y realmente el día está oscuro, no me extraña que el rey haya venido sin problemas. Camino un rato por las calles por donde van las personas deprisa, conocen el tiempo y no va a ser agradable. Paso por la tienda de Mystic Grove. Está tapiada y hay una cinta amarilla en el callejón. Muevo la cabeza pesarosa. Tampoco es que desease la muerte de esa mujer, la verdad. Solo era una pequeña estafadora.

Entro en un café y pido un chocolate caliente. Es algo más líquido de lo que solemos servir en el Rubens, porque nosotras lo hacemos estilo español, más espeso, pero es dulce y cálido. Salgo con él a la calle y me dirijo hacia la mansión Wade. Quiero ver si es verdad lo que dice Jace, que él ha mejorado.

Me abre Katy y me deja pasar. Todavía llevo el chocolate, así que lo termino y ella, amable toma el vaso de plástico para tirarlo.

—Voy a ver a Wayne. ¿Está Jace?

—No, pero pasa, Holly. Me dijo que en cualquier momento que vinieras podrías ir a verlo.

—Gracias.

Subo las escaleras de dos en dos. No sé por qué, estoy nerviosa. La enfermera me saluda y después de quitarme el abrigo, me acerco a Wayne. Ella le quita el vendaje para mostrarme que se han cerrado las heridas, aunque sigue inconsciente. Me mira con esperanza. Ella es una licántropa de la manada y sé que adora a Wayne, como todo el mundo.

—Me voy a sentar un rato con él, ¿de acuerdo?

—Si no te importa, aprovecharé para darme una ducha.

—Claro, adelante.

Me siento en la cama mirándolo. Me parece que tiene algo de mejor color, pero no sé. Tal vez es que quiero que mejore. Todavía no sé qué siento por él, si esa atracción se anuló con sus decisiones.

Le tomo de la mano y acaricio sus dedos. Deseo con todas mis fuerzas que se ponga bien. Tal vez sea eso, puede que tenga ese tipo de energía o lo que sea para poder curarlo. Acaricio su brazo fuerte y desnudo. Su piel se eriza un poquito y lo miro a la cara. Sigue con los ojos cerrados, pero ha hecho un movimiento.

Como no hay nadie, hago algo temerario. Me acerco a sus labios y le doy un beso, paso la lengua por ellos, intentando estimularlos. Me aparto y lo observo, pero no parece surtir efecto. ¿Qué me pensaba? ¿Que era el bello durmiente y yo su princesa?

Acaricio el rostro con ternura, la verdad. Hoy lleva la barba algo más recortada.

—Ay, Wayne, si supiera por qué hiciste esas cosas, me gustaría poder... perdonarte. —Mi boca empieza a vomitar palabras y le voy contando lo que está ocurriendo, lo que me pasó. Susurro, no quiero que nadie lo escuche y aprieto su mano, nerviosa.

Escucho la puerta del baño y me quedo callada. La enfermera entra y me sonrío. Acaricio el rostro del lobo y me levanto.

—¿Volverás mañana?

—Posiblemente, según el trabajo, sabes... no quiero dejar a mis hermanas tiradas.

—Sí, lo entiendo. Puedes venir de noche si te apetece. Yo suelo estar alerta y también viene mi hermana a cuidarlo, para que yo descanse. Tampoco es que se mueva mucho. Pero tengo fe en que tus visitas ayudan.

—Ojalá. Me gustaría que se recuperase.

Cojo mis cosas de abrigo y me despido. Bajo las escaleras y se abre la puerta, entra Jace, con un simple jersey aunque estemos a cero grados.

—Gracias por venir a verlo, Holly. ¿Cómo va el asunto de toda esa gente que ha venido? Tyler me ha pedido cita con el rey. ¿Crees que tengo que tomar precauciones?

—No, sé que ha venido a ver qué está pasando con esos asesinatos y... en parte... por mí. Cuando estuve en San Francisco, se encaprichó un poco. No sé, Jace. Yo no hago nada, te lo juro.

—Lo sé. Pero supongo que tienes algo. Jackson está loquito por ti. Pero está Wayne.

—Sabes lo que hizo tu hermano. No sé si puedo perdonárselo.

—Cuando despierte te dará las convenientes explicaciones, Holly.

—De todas formas, él necesita una loba para tener alfas. Yo no soy eso.

—Somos muchos en la familia, algún otro alfa habrá. Lo he visto torturado y lo he visto muy feliz por estar contigo. Enamorado.

—Déjalo, Jace, por favor. No puedo hoy con más dramas.

Salgo, poniéndome el gorro y caminando hacia casa. Paso por el café, que ya han cerrado, así que imagino que todos estarán en el bloque. Suspiro porque no estoy de humor y seguro que Jackson quiere echar un polvo. Y sí, son impresionantes, pero no hoy, no ahora.

Entro en casa y no hay nadie, pero Linda se asoma desde el piso de al lado sonriendo y me indica que vaya.

—Ahora paso.

Me doy una larga ducha y me pongo un pantalón y un jersey con zapatillas cómodas. Estoy hambrienta, cómo no. Entro en el piso de mis hermanas, han traído chili con carne del restaurante y ya han empezado a cenar. Birdie me mira con culpabilidad.

—No sabíamos cuándo venías.

—Está bien. ¿Hay algo para mí?

Jackson abre los brazos y Linda se echa a reír.

—Creo que dice de comer. Anda, hazle sitio.

Me siento entre Jackson y Birdie y Mac me da un plato y un tenedor. Linda me abre un botellín de cerveza y le doy un buen trago.

—¿Has ido a ver a Wayne? —dice Jackson olisqueando.

—Sí, parece que algo está mejorando. Las heridas se han cerrado un poco más.

—Me alegro, de verdad —contesta él—. Nos escapamos a verlo un rato y a Jace. No creo que esté muy contento de que, bueno, de que tú y yo..., pero no dice nada.

—Por favor, come y calla —digo malhumorada. A Linda se le escapa una risita. Vale, es un alfa, pero no manda en mí. Pero él sonrío y da un trago a la cerveza.

Hablamos del aspecto del vampiro y les cuento un poco cómo era su casa, sin entrar en detalles escabrosos. También me preguntan por la bruja y no sé muy bien hasta qué punto contarles, pero le digo que sí, que es una de verdad y no como era la tal Artemisa.

—Dijo que tenía potencial —comenta Birdie ilusionada—. ¿Crees que es cierto?

—Mamá era bruja, y nos llevó en su vientre, incluso a Linda le pasó alguno de sus genes. No sé muy bien cómo nos concibió, tal vez fue en un laboratorio. Tampoco sé qué pretendía. Lo que sí sé es que las cuatro somos hermanas y que nos cuidaremos unas a las otras para siempre.

Ellas me miran y asienten. Linda se levanta y me abraza. A veces, parece una adolescente, fuerte, pero supongo que echa de menos a su madre. Como yo.

—Y, Birdie, si Ariadna dice que tienes potencial, seguramente es porque es así. Solo te pido que pienses mucho lo que haces y que no te fíes de cualquiera.

—¿Podría preguntarle? ¿Te parece bien?

—Claro que sí. Hazlo. No creo que se vaya hasta que descubra qué está pasando y el tema de la cosa esa.

—Bueno, creo que deberíamos dormir —dice Mac—. Si no te parece mal, Linda dormirá aquí y Jackson en tu casa, en la otra habitación —dice mirándolo y él se encoge de hombros.

—Claro, está bien. Vamos.

Me levanto y las tres chicas se quedan recogiendo. La verdad es que estoy agotada, molesta y muy harta de todo. Jackson me sigue y entramos en el piso. Me vuelvo hacia él, pero me toma de la cintura y me da un suave beso, sin pretensiones.

—Lo siento, estaba deseando besarte, pero te noto cansada. Me iré a mi habitación y no te molestaré. Solo si... quieres algo, sílbame.

Sonrío porque es verdad que es adorable y le indico dónde está el baño, le doy todo lo que puede necesitar y me voy a mi habitación para terminar de recoger algo de ropa que me quedó sin meter en el armario. Mis hermanas han hecho la cama extra, gracias a todo. Escucho que sale del baño, solo tengo uno, y me da un beso de buenas noches en la frente.

Sería muy fácil dormir esta noche con él, que me diera calorcito del bueno, quizá pasar un buen rato, y lo más probable es que dormiría mejor, pero no estoy de humor. Me lavo los dientes, uso el servicio y me pongo un pijama calentito para meterme en la cama.

Noto algo de frío y una presencia. Un lobo. Alguien que me besa el cuello. Jackson ha incumplido su palabra, pero mi cuerpo traidor responde. No lleva camiseta y acaricio su espalda. De repente, escucho un gruñido y alguien lo quita de encima de mí. Escucho ruido en el salón, porque se están pegando. ¿Pero qué coño?

Me levanto y enciendo las luces. Jackson solo lleva un pantalón y gruñe furioso, porque el otro lobo, está mostrando los dientes.

—Wayne, ¿cómo.... Puede ser?

Él se vuelve, confuso y me mira. Me pongo entre los dos para calmarlos aun a riesgo que su furia lobuna me destruya. Jackson retrocede y se calma, mientras yo estiro los brazos en medio, como si pudiera parar el tren de mercancías que es un lobo furioso. Wayne parece reaccionar y mueve la cabeza mirándome.

—¿Me has llamado Wayne?

Capítulo 17. Cuando las hormonas campan a sus anchas

—¿Perdona? —pregunto mirándolo. Miro de reojo que Jackson está totalmente calmado y mis hermanas están entrando por la puerta, con Linda que lo coge del brazo.

—¿Qué le pasa? —dice Mac. Él la mira, confuso y luego me mira a mí. Se toca los labios. La madre que lo parió.

—Llamad a Jace —digo a quien sea. Birdie coge el teléfono.

—Escucha, Wayne, estabas enfermo...

—¿Me llamo Wayne? ¿Y tú? Sentí tu olor en mí y lo seguí. ¿Eres mía, verdad? No sé que hace este otro lobo aquí.

Jackson gruñe y les hago señas para que salgan todos de mi piso. Él se va disgustado. Acompaño a Wayne al sofá y se sienta. Se nota que ha perdido peso, pero sigue teniendo ese cuerpo tan magnífico. Me siento a su lado y le tomo de la mano.

—Soy Holly. ¿No recuerdas quién eres?

—Solo me acuerdo de tus labios, de tu cuerpo, de haber hecho el amor contigo. De que te amo.

—Ay, por Dios. Estás en Eureka y eres el alfa, algo te hirió y has perdido la memoria. No me amas, Wayne.

—No sé, yo creo que sí. Aunque no eres una loba. Yo sí lo soy.

—Exacto. Por eso no podemos estar juntos.

Mira a la puerta, confundido y molesto.

—¿Estás con otro lobo? También es un alfa. Lo he oído.

—No estoy con él. No estoy enamorada de él y además es tu primo.

—Porque me amas a mí.

Cierro los ojos y entonces él aprovecha para besarme, pero lo aparto con delicadeza.

—Wayne, tuvimos algo, es cierto, pero rompimos. Eso es lo que no recuerdas.

—Ah. Pero no puedo romper con alguien a quien amo. ¿Te hice daño?

—Algo así. Lo importante es que estás de pie y pronto recuperarás la memoria, seguro.

—Siento haberte lastimado, Holly. Sin duda estaba trastornado.

—Está bien. Te he perdonado, más o menos. Ahora vendrá tu hermano a buscarte.

Mira con recelo la puerta y alguien entra, despacio. Jace lleva un jersey, pantalones y deportivas y trae un abrigo en la mano.

—Te recuerdo, recuerdo que te quiero. ¿Eres mi hermano?

Jace me mira aterrado y asiento.

—Sí, yo también te quiero, Wayne. Somos hermanos y te estamos cuidando para que te recuperes. Vamos a casa.

—¿Puede venir ella? Le hice daño, hermano.

—Ya lo arreglaréis, pero no esta noche, ¿vale?

Accede, de forma pacífica y le pone el abrigo. Wayne se levanta y bajamos las escaleras. Los acompaño hasta el coche, pero entonces, el vampiro llega a joder la noche.

—¿Qué pasa aquí? —dice mirando a Wayne. Él empieza a gruñir.

—No, Wayne, no, es tu aliado.

—Es un vampiro.

—No va a atacarnos. Jace, por favor.

Pero Wayne se aparta y se convierte en lobo. Yo juro en todos los idiomas y Eugene se pone en posición de combate. Si ver a un vampiro puede ser espeluznante, esperad a verlo cuando van a luchar. Los colmillos han crecido y tiene garras con uñas muy afiladas.

Jace se convierte para aguantar a su hermano y también veo salir otro lobo del piso. Tyler llega corriendo y grita, pero Wayne pasa de largo del vampiro y se dirige hacia la zona del bosque. Por un momento, nos quedamos quietos, atónitos. Los dos lobos siguen hacia dentro, y vemos salir volando literalmente a Wayne del bosque al claro que hay delante de la casa. Incluso Eugene se queda mirando, asombrado.

—¿Qué narices está pasando?

Linda sale y empieza a temblar. La miro y niego con la cabeza. Es una niña, por Dios, pero ella hace saltar su ropa y se pone con su hermano, al lado de Wayne que está sangrando.

Eugene se pone delante de los lobos.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —Por lo visto él si sabe quién está en el bosque escondido.

—Reclamar lo que nos pertenece.

La vampira disfrazada de geisha sale del bosque, seguida por al menos unos veinte vampiros. Miro a mis hermanas aterrorizada, y Jace aúlla, imagino que estará llamando a los suyos, aunque dudo de que lleguen a tiempo.

Una mujer de unos cincuenta, algo regordeta y vestida con un traje rojo de lentejuelas, sale sonriendo del bosque.

—¿Qué hace la reina aquí? —dice Tyler asustada.

—Querido Eugene, a veces no te entiendo. No sé que haces con estos perros y con los sacos de sangre, por muy bonitos que sean. Aunque, a decir verdad, ha sido una suerte saber que estabas aquí solito con tu secretaria, así mato dos pájaros de un tiro.

—Haces mal en venir a mi territorio —dice Eugene. Los lobos se ponen a su lado, gruñendo. Espero que puedan aguantar porque ya he escuchado aullidos a lo lejos—, y haces peor en amenazarme. Sabes de lo que soy capaz.

—Lo sé, mataste a mi consorte. Te toca pagar.

—¿Es por eso? Era un hombre traidor y débil.

—Pero era mío. Y no, no es solo por eso. Has sido demasiado permisivo con humanos y perros. Es hora de ponerlos en su sitio.

Hace un gesto y aparecen más vampiros. Diría que hay al menos cuarenta.

Alguien se acerca caminando. Es Lisa. Parece que vaya de paseo.

—Vaya, vaya, estaba paseando y mira lo que me encuentro. Una pequeña escaramuza.

—Vete, cambiante, o morirás tú también.

—No. Hoy no tengo planeado morir. Pero puede que tú sí. La adivina ha dicho que será la noche en la que tengas la muerte definitiva —dice y la reina se estremece ligeramente. Bien por Lisa que está ganando tiempo.

—Dudo mucho que vosotros podáis plantarnos cara —pero hay un pequeño temblor en su voz. Levanta la mano y los vampiros sacan sus colmillos y las garras. El pelo de los lobos se eriza.

Camino hacia ellos y me pongo a su lado. No sé qué puedo hacer, pero haré lo que sea.

Lisa tiembla a mi lado, su ropa cae al suelo y aparece una magnífica pantera negra. Aprieta la cabeza contra mí, para que sepa que es consciente. Empiezo a cabrearme y les hago un gesto a mis hermanas para que se vayan, pero ellas están paralizadas. Tyler tampoco se mueve. Joder, puta mierda.

Un cántico empieza a escucharse, y algunos vampiros caen al suelo, tapándose los oídos. Ariadna aparece entre las sombras, con el rostro transformado y con un sonido espeluznante que dirige hacia ellos. La reina hace un gesto para que ataquen y ellos se lanzan con nosotros. Mis ojos se oscurecen y siento que me recorre la energía, como cuando hice estallar al licántropo. Pero los vampiros son esquivos y no es fácil acertar.

Concéntrate en su energía, dice una voz en mi cabeza. Los lobos despedazan y aúllan y veo un vampiro que se acerca a mí, pero al verme, se desvía. La reina me mira de reojo mientras se lanza a por Eugene. Creo que quieren algo de mí, así que si no me atacan, mejor para mí.

Saco algo por mis manos y al primer vampiro le estalla una pierna. La mira horrorizado y acaba por caer y uno de los lobos le arranca la cabeza. Sigo disparando lo que sea, dándoles de refilón, sobre todo a los que no están cerca de mis lobos. Los reyes luchan y jamás diría que ella tuviera tanta fuerza o poder. Tal vez incluso sea más vieja que Eugene.

Un vampiro joven se acerca a mí con malas intenciones y mi hermana loba se lanza a su cuello, antes de que pueda darle con mis rayos negros. El vampiro la lanza contra el suelo y entonces viene a mí. Estoy preocupada, más que furiosa y no me sale nada de las manos.

—¿Y ahora qué, «sorra»? dice porque por los colmillos no puede pronunciar la z. Me echo a reír y luego al ver a mi hermanita cambiada a humana, la furia me invade y acierto de lleno. El vampiro salta por los aire, salpicándome, de nuevo. Corro a ver a Linda. Está viva.

Tyler y Mac me ayudan a llevarla dentro del coche de Jace y Birdie se mete con ella.

Tyler ha sacado una pistola y se queda con ellas. Al menos hará lo que pueda. Mac se pone a mi lado. Sus manos brillan.

—Creo que puedo dar a alguno. No sé qué les hará.

—Está bien. Ten cuidado.

Volvemos y tres vampiros se nos acercan. Los lobos andan luchando y desgarrando, nadie vendrá a nuestra ayuda. Mac los apunta con sus manos y saca tanta luz que empiezan a quemarse. Es como si tuviera un sol en ellas. Aprovecho para lanzar mi rayo negro, al que tendré que poner nombre chulo porque lo es y acaban estallando. Nos chocamos las manos y seguimos avanzando, pero llegan seis lobos y se lanzan contra los vampiros. La reina da un paso atrás, ya no quedan más de quince y nosotros empezamos a ganar. Hace un gesto y empiezan a retroceder. Los lobos se colocan delante. Creo que hay alguno herido, pero no sé quién es. Maldita sea.

—Algún día volveré a por todos —amenaza la reina que va despeinada y herida.

—¡Matadla! —digo furiosa y un lobo negro se lanza por ella. Todos huyen hacia el bosque, seguidos por los lobos. Eugene se queda allí, y luego cae al suelo.

Tyler y yo vamos corriendo hacia él. Está mal.

—Mierda, voy a morir.

—Necesita sangre —dice Tyler levantándose la manga.

—No, tú me diste antes. Morirás.

—Me da igual, lo haré con gusto.

—Está bien, joder.

Le ofrezco mi muñeca y él me mira con gula. No estoy segura, pero él, antes de que pueda decir que no, hince los colmillos y empieza a sorber. Ronronea como si estuviera tomando algo delicioso y, cuando empiezo a sentirme débil, Tyler lo para. Gruñe, pero acepta. Lame mis heridas y se echa en el suelo.

Me levanto, algo mareada y Mac me ayuda.

—¿Cómo está Linda?

—Recuperándose.

Algunos lobos vuelven, heridos. Uno de ellos lleva un vestido rojo y me lo presenta a mis pies. Es un lobo oscuro, grande y poderoso. Wayne.

—Bien hecho. Ya no nos molestará más.

El lobo empieza a temblar y se convierte en un hombre desnudo y fuerte, diría que se ha recuperado algo. Los otros lobos van saliendo y apareciendo hombres y alguna mujer. Miro preocupada, no veo a Jace o a Jackson.

—Wayne ¿dónde está tu hermano y tu primo? ¿Y Lisa?

Él mira alrededor.

—Yo fui a por ella, como dijiste. No sé, me separé.

Linda sale desnuda, llamando a su hermano.

Wayne vuelve a cambiar y sale corriendo, con la compañía de los demás. Mac y Birdie llevan a Linda hacia la casa, aunque proteste.

Eugene se levanta, ya recuperado y mira el vestido.

—Lástima, tenía miles de años, pero era una zorra egoísta.

—Ya veo que estás bien. Podrías ayudarles a encontrar a los que faltan.

—Podría.

Tyler lo mira y se vuelve hacia mis hermanas, se va con ellas.

—¿Y por qué no vas?

—Casi muero, Holly, si no fuera por tu sangre prodigiosa, no lo cuento, así que muchas gracias. Quiero que me dones cada mes un poquito, te pagaré generosamente.

—¿Estás de coña? Vete a la mierda, Eugene.

—Voy a ser el rey de la Corte Negra y de la Roja, deberías tenerme un respeto —dice ofendido.

—No es no.

Veo de refilón algo que se acerca, como una sombra. Eugene lo mira aterrado. Se pone en modo combate. Esa cosa es algo que flota y lleva una capucha que esconde su cara, pero no sus garras de tres dedos.

—Es lo que atacó a Wayne, es venenoso —grito, porque Eugene se ha alejado de mí y el bicho ese lo ha seguido.

No es que el vampiro sea de mis favoritos, pero tampoco quiero que lo asesine. Mis ojos se vuelven negros y cuando el ser ha hecho que Eugene se paralice, ni idea de cómo, lo va a arañar. Disparo cuando lo roza y el ser estalla, dejando un polvo oscuro que se pega a nuestro cuerpo.

—Maldita sea —grito acercándome a Eugene. Tiene una herida en el pecho, pero es superficial, sin embargo, el veneno le hace temblar.

—Me ha herido... no pude... hacer nada. Si muero... joder.. no quiero.

Una sombra oscura se acerca a mí y veo a Ariadna.

—No me gustas, vampiro, pero me vas a deber una bien grande. Holly, tu sangre.

—Ya le di, joder.

—Y gracias a eso no ha muerto. No te puede morder, pero necesito un poco.

Saca un frasco de su abrigo con un polvo blanco y con una daga, me abre la palma de la mano. Duele y mucho. Aprieto el puño y dejo caer el líquido en el frasco. Burbujea y se vuelve rosa. Ella va a echarlo sobre las heridas y Eugene le coge la mano.

—No te queda otra que confiar —dice mirando con esos ojos oscuros, casi negros. Eugene acepta.

Ella vierte el líquido en las heridas y el vampiro se mueve violentamente, hasta que me indica que me siente sobre él. Le sujeto los brazos pegados al cuerpo con mis rodillas y mis

manos, hasta que deja de moverse.

Ariadna se incorpora un poco y la miro.

—Has estado espectacular, Holly. Sin duda eres Nebol. Podrías canalizar esos poderes. Yo te ayudaría.

—Habla de ello más adelante.

Miro al vampiro que tiene los ojos cerrados. Sigo sujetándolo y veo que sus heridas se cierran poco a poco. Entonces, noto su erección en mi trasero.

—¡Joder, puto vampiro!

Él abre los ojos y sonrío. Me quito como si quemase y él se recompone y se levanta. Se inclina hacia la bruja y luego ante mí.

—Os debo a las dos un gran favor que os pagaré cuando sea necesario.

—Deberías buscar a Tyler.

Él se va hacia la casa y miramos al bosque. Los lobos llevan a varios heridos. Veo que Jackson tiene varias mordeduras, pero me preocupa más Jace. Su cuello sangra abundante. Lo dejan en el suelo.

—Llevo curativo —dice Ariadna—, si me permites, alfa.

—Adelante —dice Wayne.

Saca otros dos botellines de su abrigo, estos son azules y se dirige a Jace, que es quien peor está. Le echa y su herida burbujea, se retuerce, doliéndose, hasta que se desmaya. Hace lo mismo por Jackson y después los otros lobos. Hay dos cadáveres más allá.

—Subamos a los heridos y vamos a la mansión Wade, en mi casa no van a caber —digo y todos aceptan.

Me pongo al volante, Jackson, Linda y Jace están atrás, Wayne va a mi lado, en silencio. Los otros lobos llevarán a sus hermanos que están mejor.

Llegamos y Linda ayuda a su hermano, Wayne coge a Jace en brazos y los dejan en los sillones. Van llegando todos y los colocan. Me suena el móvil. Lo miro, porque puede que sean mis hermanas.

Nos vamos a la ciudad, debemos tomar el mando. Suerte

Es Tyler. Que se vayan, mejor.

Mis hermanas llegan entonces, con el coche y entre todos, limpiamos, curamos y atendemos.

Me vuelvo hacia la puerta.

—¿Habéis visto a la pantera, a Lisa?

—No —dice un lobo que pasa por mi lado.

Estoy preocupada. Ariadna puede cuidarse de sí misma, pero no sé si ella estará herida. Sentiría mucho que le hubiera pasado algo.

—¡Ayudadme! —escucho a la bruja. Arrastra a alguien. Varios lobos se acercan y cogen a la mujer desnuda y ensangrentada. La dejan encima de la mesa, sin dudarlo.

Me acerco y Lisa me mira llena de dolor. Sonríe un poquito. Sangra desde la ingle, le han arrancado una pierna a la altura de mitad del muslo. No sé cómo soporta tanto dolor. Ariadna echa polvos azules que le hacen desmayarse. Al menos, deja de sangrar.

—Deberíamos llamar a una ambulancia —dice Birdie acercándose. Ariadna niega.

—La pierna no va a recuperarla, y yo puedo cerrar sus heridas. No podríamos justificar esto.

Siento ganas de llorar. Alguien tan... vital como ella. Alguien me toca el brazo. Wayne, desnudo y pesados, se acerca.

—¿Estás bien?

—Sí. He recordado todo. Tal vez transformarme lo hizo posible. Lo siento. Te dejaré en paz.

Asiento, sin saber qué decir y me acerco a Jace, que respira tranquilo. Jackson también está bien, lo mismo que Linda. Sonríe con tristeza. Sé lo que me va a decir.

—Ha sido una buena lucha. Estoy orgulloso de mi hermanita. Y vosotras lo habéis hecho bien.

—Sí. Ha sido una valiente.

Linda está quedándose dormida, apoyada en el hombro de su hermano.

—Mañana... nos iremos.

—Está bien, Jackson. Lo entiendo.

—No es por la batalla, ¿sabes? Es por otra lucha que tengo perdida —dice mirando a Wayne. Me encojo de hombros.

—Ni yo misma sé...

—Déjalo. Lo pasamos bien.

—Yo me quiero quedar un tiempo, hermano —dice una somnolienta Linda. Él me mira y asiento.

—Puede quedarse.

De repente, se escucha una explosión enorme. Salgo corriendo de la casa, seguida por Wayne y voy hacia el fuego. Nuestro bloque está ardiendo. El piso superior se ha derrumbado. Veo un puto vampiro que escapa del lugar. Wayne se mueve hacia él, pero lo paro.

—No. Ya está.

Se escuchan las sirenas de bomberos y me vuelvo hacia el alfa.

—Vete a vestir y luego vuelves, si quieres. Yo me quedo.

Él desaparece y llegan dos camiones de bomberos y el coche del sheriff, con Thomas y Bill.

—¿Qué ha pasado? ¿Tus hermanas?

—Estábamos en una fiesta en casa de los Wade, y escuché la explosión.

Thomas asiente y se acerca al fuego. Bill me huele.

—No sé cómo no me he enterado de la diversión.

—El ser que mató a la mujer e hirió a Wayne ya no está.

—Ya veo, ¿ha explotado? Porque llevas parte en tu piel. ¿Puedo tomar una muestra?

—Supongo.

Saca una bolsita y me sacude el pelo, para recoger una cantidad de polvo oscuro. Wayne viene corriendo y Thomas se sorprende.

—Señor Wade, qué bueno ver que está bien.

—Es lo que estábamos celebrando en su casa, que ya está bien —digo mirándolo. Él asiente comprendiendo.

Los bomberos terminan de apagar el fuego. Bill habla con Thomas y se marcha sin despedirse y Wayne me toma de los hombros. No sé si habrá llegado a nuestro piso, porque han sido rápidos, espero que no se hayan quemado nuestras cosas, los libros o el dinero. Porque si no, me veo durmiendo en el restaurante.

—Esta noche dormiréis en casa —dice Wayne. Asiento.

Se van retirando y Thomas se acerca.

—Mañana pásate y hablamos. Me ha dicho el investigador Carter que el tema del asesinato estaba resuelto.

—Así es, Thomas. Y sí, mañana iré a verte.

Wayne me lleva, del hombro hasta su casa. Mis hermanas me abrazan llorando y las tranquilizo.

—Saldremos de esta, somos una supervivientes.

Capítulo 18. No dirías que es el final, ¿verdad?

Hemos estado tres días en casa de Wayne, pero ya no quiero quedarme más. Tyler me ha enviado un cheque y al enterarse de la explosión de mi casa, ha reservado dos habitaciones en el hotel Paraíso, para mis hermanas y para mí.

Finalmente Linda se va con Jackson pero volverá en un par de meses. La despedida es cariñosa y sé que podría haber sido una buena pareja. Sin embargo, no siento lo que debo por él.

Me da un suave beso en los labios, se montan en el coche y se van. Wayne se ha despedido antes y Jace sale, todavía débil, a decirles adiós.

Hemos podido entrar en la casa y sacar algunas cosas, aunque creo que es peligroso. Por suerte o quizá sea el destino, ni el dinero ni los libros se han quemado, aunque están algo húmedos. Tardaremos un poco en poder usarlo. La ropa que estaba fuera de los armarios está para tirar así como las cosas de la cocina. No sé bien qué vamos a hacer.

Tengo cargado todo en el coche para marcharnos. Wayne sale y me mira. Estoy con mi cigarrillo, esperando a mis hermanas.

—En serio, podéis quedaros. Hay habitaciones de sobra. No... no voy a acercarme a ti, Holly.

—Lo sé. Pero necesito otra cosa. Estoy muy tocada, todas lo estamos.

—Está bien. Que sepas que puedes pedirme lo que necesites. Y si es dinero para reconstruir la casa...

—No sé si se podrá hacer algo. Me dirán algo la semana que viene. Quizá es el momento de empezar en otro lugar. Vamos a arreglar el piso que hay sobre el restaurante.

—Si es tan pequeño.

—Da igual. Sigue siendo un hogar. Y hay una buhardilla, tal vez sea habitable. Pero eso será la semana que viene. Necesitamos descansar.

—Fue... impresionante, eso que tú y Mac...

—Tampoco quiero hablar de ello. Por favor. Quiero una vida normal.

—De acuerdo.

Mis hermanas salen y nos montamos en el coche, en silencio. Conduzco hasta el hotel, que es bastante viejo pero lujoso, algo casi decadente, propio de tiempos pasados. Tenemos dos semanas pagadas, cortesía del rey ahora de ambas cortes, así que no nos quejaremos.

Llevamos todo arriba. Estaré sola en una gran cama y mis hermanas en la habitación de al lado en dos camas gemelas. No sé quién lo ha dispuesto así, pero si Eugene se piensa que va a venir, va a ser que no.

Lisa sigue convaleciente en el hotel, aunque ha cicatrizado bien, cosas de cambiantes. No la he ido a ver y tampoco a Ariadna, que está encerrada con ella, curándola.

Como me he enterado de que se van a quedar un tiempo, seguramente pueda hablar con ellas tranquilamente. Pero eso será otro día.

Me doy un largo baño relajante, y cuando salgo del agua, envuelta en el albornoz, me echo en la cama. Cierro los ojos hasta que empiezo a sentir frío. Cuando los abro, pensando en levantarme para subir la calefacción, veo dos sombras sobre mí, a tres palmos de diferencia, me doy un susto de muerte, pero no puedo moverme. Es una mujer y un niño, vestidos con antiguos trajes, ella de negro y con el rostro afligido.

—Gracias a Dios, puedes vernos —dice la mujer con un antiguo acento.

—Qué... ¿qué quieres?

—Tu ayuda. Hay un ser terrible que vive aquí abajo y que está absorbiéndonos. Ariadna me dijo que podrías hacerlo.

—¿Yo?

Un ruido se escucha por la pared y se abulta el papel. Ellos lo miran aterrados y desaparecen hacia arriba, por el techo. El bulto también lo hace.

Llaman a la puerta y casi grito. Abro, pálida y Ariadna asiente y pasa sin que la invite.

—Debemos ayudarlos, Nebol.

—Y dale. Yo no...

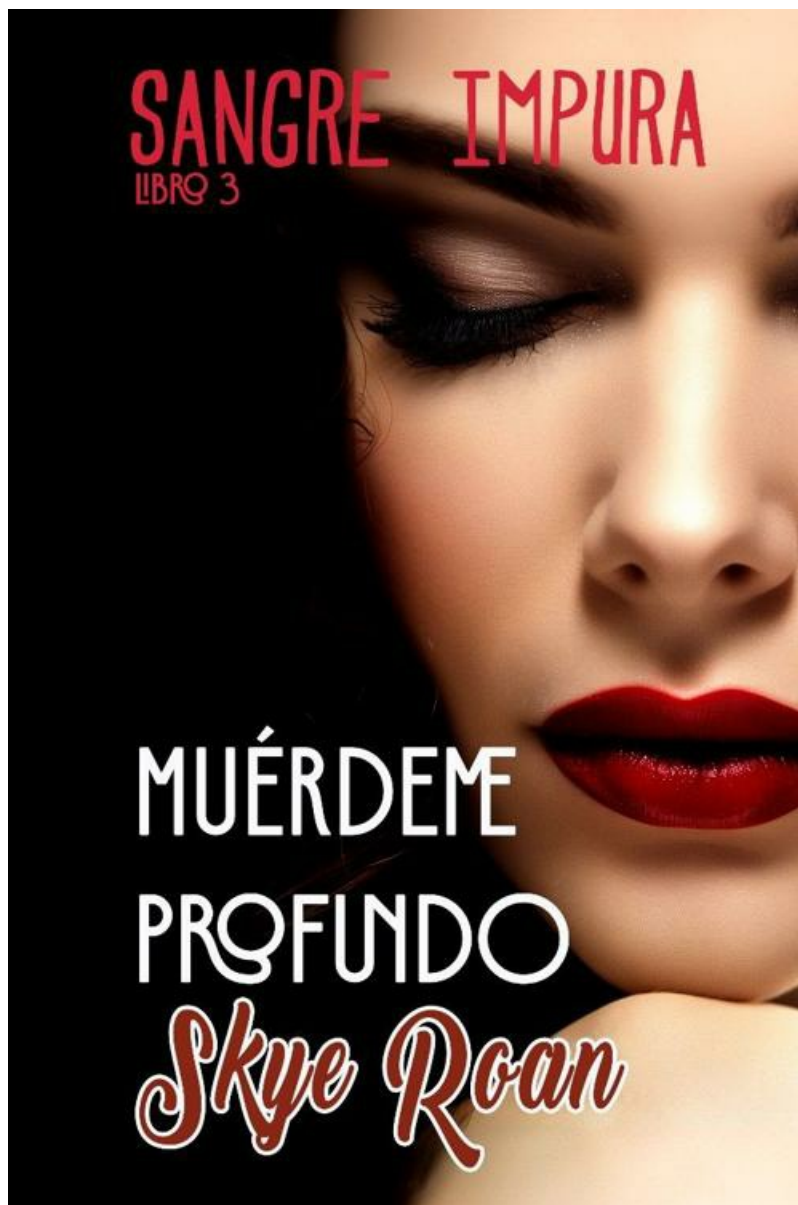
—No niegues más tu naturaleza, ¡acéptala de una vez o ese ser acabará primero con la vida de los desencarnados y luego cruzará el velo!

¿De verdad? ¿De verdad está pasando?

Ariadna me mira y luego toca la pared. Rezuma humedad. Mis hermanas se van a cagar de miedo cuando les diga que estamos en un hotel encantado. Con un suspiro, me voy a vestir. No me queda otra.

Continuará.

Próximos libros de la colección



Muérdeme Profundo

Sinopsis:

Trayectoria vital de las últimas semanas: De camarera a desintegradora de vampiros y de ahí a trabajar como exorcista...

De vuelta a mi pequeña ciudad, Eureka, al hotel Paradiso donde estamos residiendo temporalmente se me presentan más problemas.

¿De dónde se ha sacado alguien que puedo **expulsar a un demonio**?

¿Por qué tengo que visitar a la chamana de la tribu Wiyot, que por cierto tiene un sobrino para comérselo? (Lo reconozco, está buenísimo)

¿Y por qué mi **ex novio/alfa** se empeña en rondarme, después de lo que me hizo?

Lo que me faltaba es que en el bloque donde residimos y que están reconstruyendo encuentren un sótano con un contenido la mar de **macabro**.

¿Quién da más? Si existiera un premio para la persona a la que le pasan peores cosas, ganaría los tres primeros puestos. Pero no te cuento más.

Vente, abre el libro y cuidado, que resulta que los fantasmas sí existen.

(Nota de la autora: hay escenas explícitas de luchas y relaciones, pero sin ser exagerado, no te escandalices).

Enlace: <https://amzn.to/4dsicul>

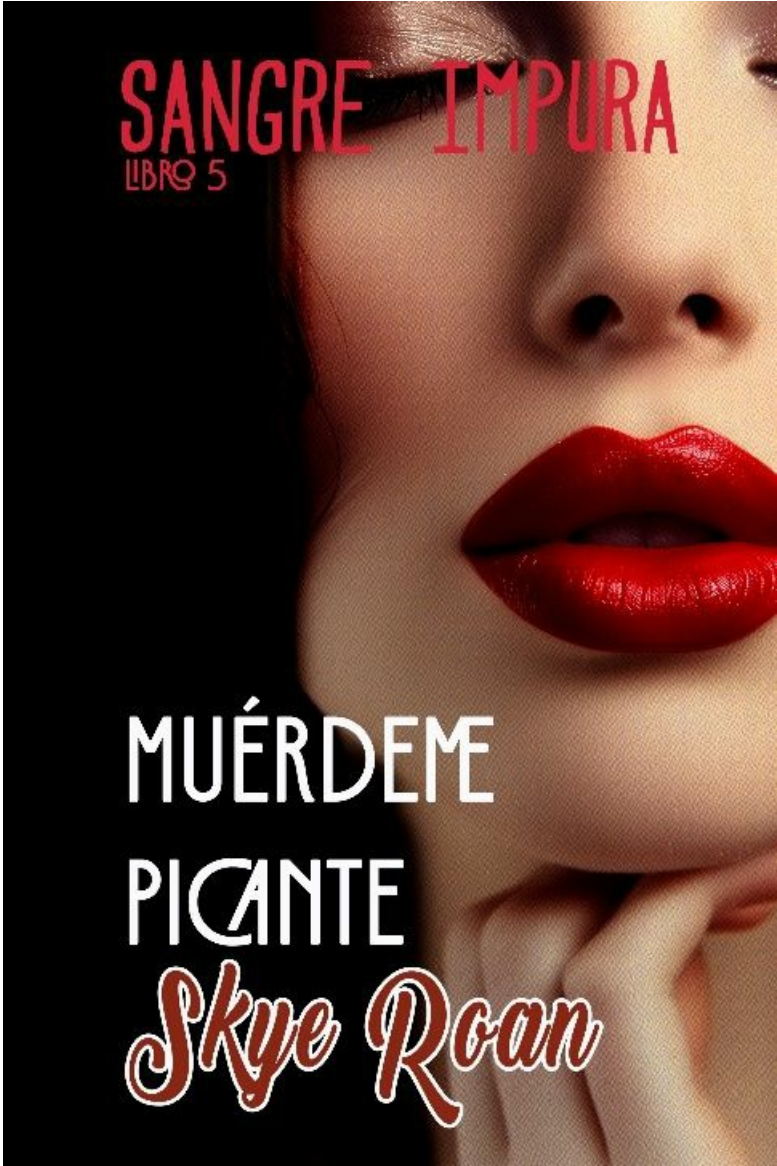
PRÓXIMAMENTE

SANGRE IMPURA
LIBRO 4

MUÉRDME

DULCE

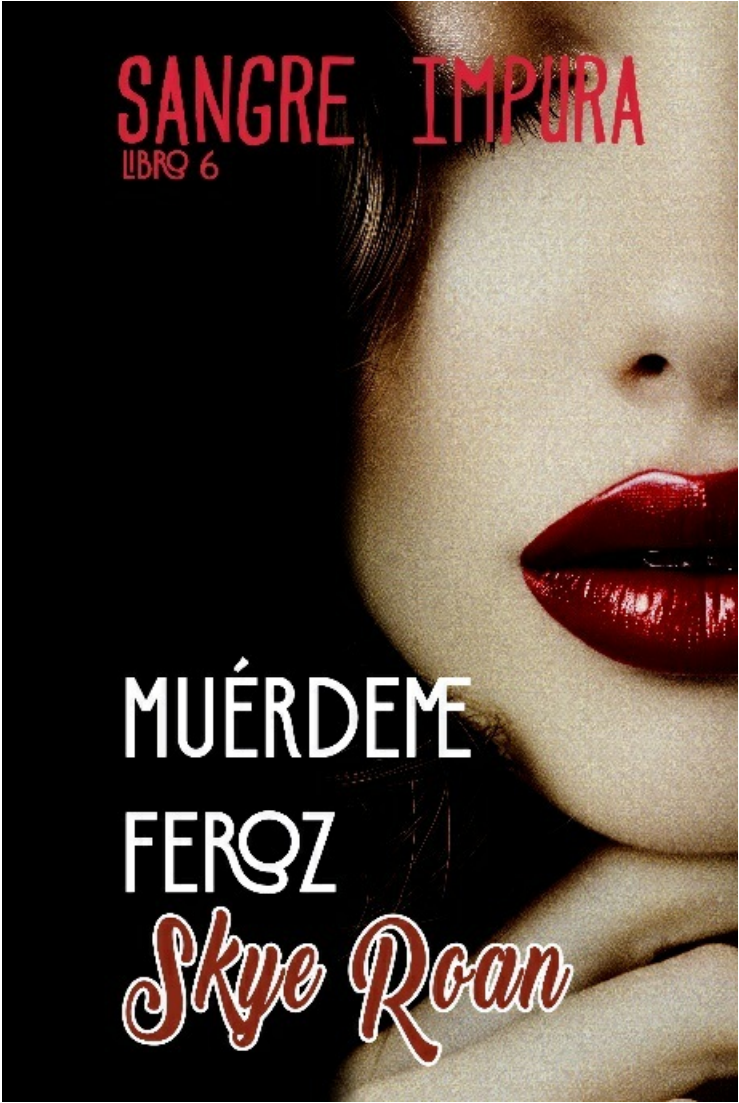
Skye Roan

The book cover features a close-up, high-contrast photograph of a woman's face, focusing on her nose and bright red lips. Her hand is visible, resting near her chin. The background is dark, making the subject stand out.

SANGRE IMPURA
LIBRO 5

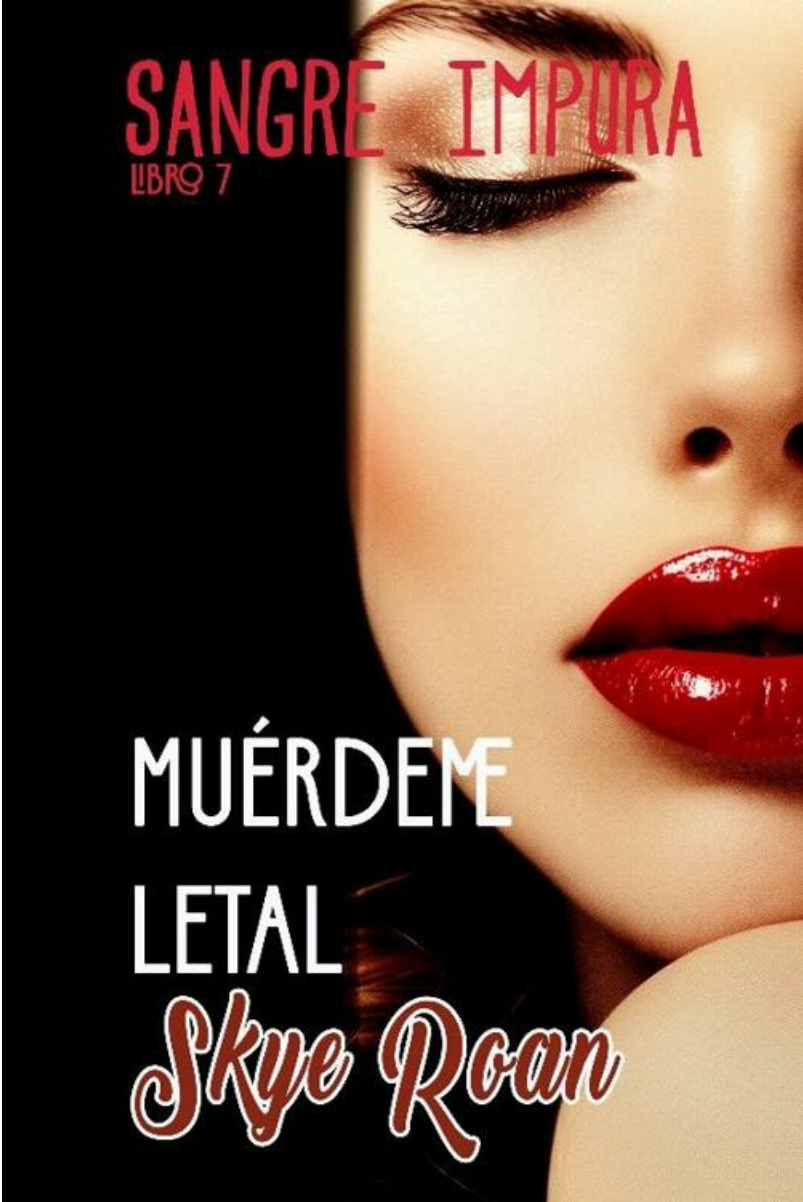
**MUÉRDME
PICANTE**

Skye Roan



SANGRE IMPURA
LIBRO 6

MUÉRDEME
FEROZ
Skye Roan



SANGRE IMPURA
LIBRO 7

MUÉRDME
LETAL

Skye Roan